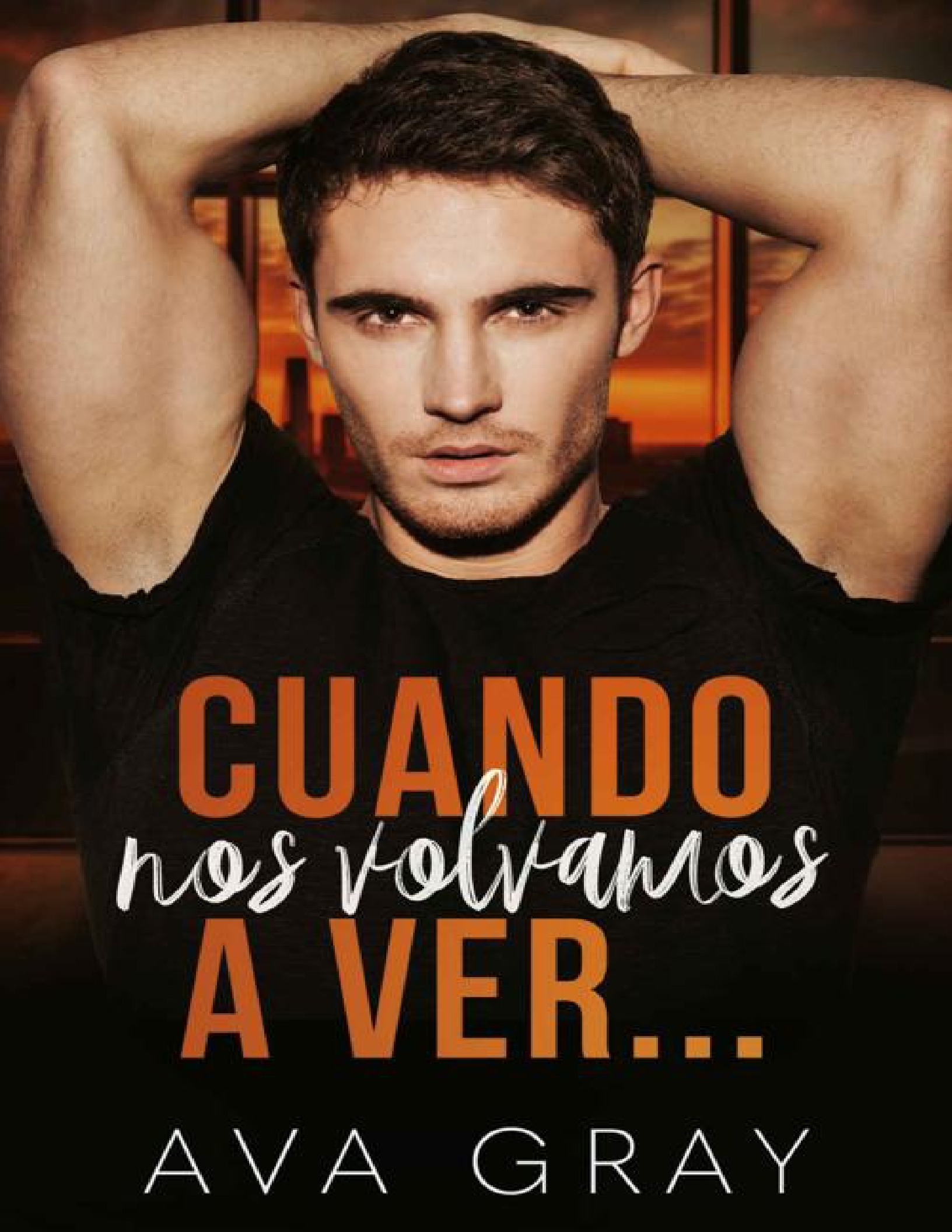

CUANDO
nos volvamos
A VER...
AVA GRAY

CUANDO NOS VOLVAMOS A VER…

AVA GRAY

Copyright © 2024 por Ava Gray

Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de este libro puede reproducirse de ninguna forma ni por ningún medio electrónico o mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito del autor, excepto para el uso de citas breves en una reseña de un libro.

Creado con Vellum

TAMBIÉN POR AVA GRAY

Los Millonarios Machos Alfa

Un Bebé Secreto con el Mejor Amigo de Mi Hermano || Simplemente Fingiendo || Amando al hombre que debería odiar || El Millonario y la Barista || Regresando a Casa || Doctor Papi || Bebé Sorpresa || Amo Odiarte || Otra Oportunidad || Una Falsa Novia para Navidad || Curiosamente Complicada || Una Mala Elección || Una Buena Elección || Una proposición de San Valentín || SELLada por un beso || Una Sorpresa Inesperada para el Jefe || Gemelos para el Playboy

ÍNDICE

Blurb

1. Abigail-Sam
2. Alex
3. Abigail-Sam
4. Alex
5. Abigail-Sam
6. Alex
7. Sammy
8. Alex
9. Sammy
10. Alex
11. Sammy
12. Alex
13. Sammy
14. Alex
15. Sammy
16. Alex
17. Sammy
18. Alex
19. Sammy
20. Alex
21. Sammy
22. Alex
23. Sammy
24. Alex
25. Sammy
26. Alex
27. Sammy
28. Alex
29. Sammy
30. Alex
31. Sammy
32. Alex
33. Sammy
34. Alex
35. Sammy
36. Epílogo

BLURB

El hombre del que estoy enamorada desde hace seis años ni siquiera recuerda quién soy....

Guardaba grandes secretos a Alexander Stone, mi falso ex marido.

Sí, nos habíamos casado tiempo antes para que él pudiera asegurarse el nombramiento de director gerente en la empresa de su padre, mientras me pagaba cheques que yo necesitaba desesperadamente.

Muchas cosas habían cambiado en los últimos seis años, es cierto... excepto una.

Aún recuerdo cómo hizo que se me acelerara la respiración cuando se acercó a mí.

Si se enterara de que había sido madre, su mundo se pondría patas arriba.

La madre... de *su* hijo.

Es un secreto que estoy dispuesta a proteger por todos los medios.

El sentimiento de culpa por ocultárselo se hace cada vez más pesado cada vez que me toca.

¿Qué pasará cuando se dé cuenta de que soy la misma mujer con la que se casó en el pasado?

Y que hay otro secreto que podría cambiar el curso de su vida para siempre.

ABIGAIL-SAM

"Vas a tener que dejar de deprimirte por culpa de ese gilipollas", declaró Michelle después de echarme una mirada.

Me había hundido en la encimera, apoyando a duras penas la cabeza con las muñecas dobladas. La sensación de pesadez iba empeorando a medida que avanzaba la tarde.

"Estás asustando a los clientes".

"Lo siento", logré decir antes de que otra cascada de lágrimas cayera de mis ojos.

"Cariño, estás muy mal, ¿verdad?". Michelle se acercó a la parte trasera del mostrador y me rodeó con sus brazos suaves pero fuertes. En aquel momento en que no tenía a nadie más que se preocupara por mí, ella me estaba dando conforto y consolándome.

Apreté la cara contra su cuello y me estreché entre sus brazos mientras lloraba por el interminable dolor. Me acarició el pelo y me dedicó unas palabras más de consuelo antes de empezar a dar órdenes al resto del equipo.

"Josh, no te preocupes por esos platos, necesito que te ocupes del mostrador".

"Pero... "

Podía percibir las conversaciones a mi alrededor. Eso no significaba que pudiera dejar de sollozar o prestar mucha atención. Michelle me abrazó durante un buen rato. En un momento dado, creo que estaba hablando con una clienta mientras decía que a veces se necesita el abrazo de una mamá. Yo no tenía madre, al menos ya no, y por eso Michelle sentía que tenía que actuar como tal conmigo. Cuando empecé a trabajar para ella, prácticamente me había adoptado y conocía toda mi historia.

Fuera o no una madre de verdad, sus abrazos eran los mejores del mundo.

Incluso cuando mi corazón estaba destrozado y hecho polvo, necesitaba su apoyo. Cualquier otro jefe me habría dicho que me recompusiera y volviera al trabajo. O me habrían metido en la cocina a fregar platos para que nadie pudiera verme. No quería ni pensar en la posibilidad de que me despidieran por eso. Eso, por supuesto, habría sido justo la guinda del pastel en mi horrible semana.

A medida que avanzaba el día, Michelle me hizo trasladarme a la parte de atrás. Las cascadas del Niágara seguían brotando de mis ojos. En aquel momento no eran más que dos agujeros de los

que salía dolor a borbotones. No podía ver porque lloraba demasiado.

Entonces ella me trajo un vaso de agua. Me esforcé por sorberlo entre mis suspiros agitados.

"Lo siento", conseguí decirle por fin.

"El dolor a veces te golpea inesperadamente, como ocurrió en este caso. Son cosas que pasan".

"¿El dolor? "

"El desamor es dolor. Es una gran pérdida. Tu cuerpo reacciona como si hubiera muerto un ser querido. Todos hemos pasado por eso. Sin embargo, saber que todo el mundo ha experimentado ese dolor no lo hace más fácil, ¿verdad? ".

Sacudí la cabeza. La opresión en el pecho y el martilleo en la cabeza no mejoraban.

"Crees que podrás fregar los platos el resto del día?".

Asentí: "Michelle". Me temblaba la voz; estaba demasiado nerviosa para preguntar. "¿Puedo tener la mañana libre mañana? Tengo que encontrar a alguien que me ayude a mudarme y a sacar todo del piso antes de las diez del viernes".

"¿Tienes que mudarte tan pronto? ¿No puedes esperar hasta final de mes? ".

Sacudí la cabeza. Sentía como si mi cerebro flotara en un mar de lágrimas. Estaba mareada y un poco mareada.

"Mierda, Abigail-Sam, ¿cuándo fue la última vez que comiste algo? Estás pálida como una sábana".

Se levantó y salió a toda prisa, antes de volver con un donut encerrado en un papel de envolver.

"Cómetelo", dijo.

Le di un mordisco. Suspiré y sentí que la tensión de mis hombros se aflojaba un poco. Vendíamos los mejores donuts del mundo. Una panadería mexicana del otro lado de la ciudad nos los entregaba todas las mañanas. Estaban buenísimos, suaves y dulces. Comer uno era como zamparse una nube de azúcar. En cuanto me lo metía en la boca, mi alma empezaba a cantar.

"Ahora explícame qué está pasando", dijo.

Me limpié un lado de la boca antes de empezar a hablar. "David no ha pagado el alquiler".

"Mierda".

"Ayer el casero me dio un ultimátum. Dice que tengo cuarenta y ocho horas para desalojar el piso antes de que me echen. Tuve un auténtico ataque de nervios con él. Lloré y entré en pánico. Incluso vomité. Le pregunté qué pasaba y me dijo que el alquiler del mes anterior no se había pagado y el de este mes tampoco".

Le di otro mordisco al donut para tener más fuerzas para afrontar el cuento.

"Dijo que le dio a David el aviso del alquiler y el gilipollas de mi ex novio se rio en su cara".

"¿Así que David sabía que te iba a pasar esto?".

Asentí: "Sin duda me tendió una trampa. No podía limitarse a romper conmigo y destrozar mis sueños. No, también tenía que destruirme. El contrato de alquiler está a mi nombre. Incluso está escrito en la factura de la luz. Espero que me la desconecten en cualquier momento. Así que, sin electricidad y con el alquiler impagado, todo es una justificación para desahuciarme. Sin embargo, le conté las cosas bien y el casero me concedió una prórroga de veinticuatro horas".

"¿Cuántas cosas tienes que trasladar para la mudanza? ¿Adónde vas? "

Emití un suspiro de derrota. "Anoche estaba demasiado alterada para pensar en lo que tenía que hacer. Conseguí meter ropa y ropa de cama en la maleta. Voy a tener que conseguir cajas para la mudanza y encontrar a alguien que me ayude, además de encontrar alojamiento".

"Vale, hagamos un plan y pensemos en algo. ¿Crees que puedes quedarte una o dos horas más para que podamos trabajar y hablar?".

Acepté contenta. Era tan buena persona conmigo. Me metí el resto del donut en la boca y engullí el resto del agua.

Michelle me dio una palmada en la espalda.

"Ve a enjuagarte la cara con agua fría. Te ayudará a sentirte mejor".

Con la cara limpia y los ojos hinchados, lo tiré todo al fregadero y empecé la rutina de prelavado. Eliminé todos los restos visibles de comida y metí los platos en el lavavajillas. Un baño de vapor inundó mi cara mientras procedía rápidamente con el lavado. Una vez terminado, como siempre, debía abrir el lavavajillas, dejarlo enfriar, vaciarlo y volver a empezar.

Arrastrar los platos de un lado a otro era un trabajo físicamente exigente. Claro, un solo plato no era tan pesado, pero una pila de veinte sí podía serlo.

"Bien, así que tienes dos días para dejar tu piso. Hoy y mañana", empezó Michelle.

Había sacado unos papeles y se había acomodado en la mesa de trabajo más cercana, en lugar de sentarse en su despacho. Llevó a cabo su tarea y yo fregué los platos.

"¿De cuántos muebles estamos hablando?", preguntó.

"No lo sé. Ni siquiera sé lo que habrá cuando llegue a casa esta noche. David está sacando sus cosas poco a poco. La semana pasada se llevó su X-box y su ropa. Ayer, cuando volví, la mesa y las sillas de la cocina ya no estaban".

"¿Se está llevando tus muebles?".

"Sí", odiaba admitirlo. También se había llevado el televisor. "Pensé que cuanto más se llevara, menos tendría que cargar".

Michelle soltó una risita.

"Es una buena forma de verlo. Aun así, no puedo creer que no pagara el alquiler".

"Yo tampoco me lo creo", comenté. La forma en que el casero me había mirado y se había reído de mí, como si no fuera más que basura, seguía siendo un puñetazo en las tripas. "Por fin le tocó a David pagar el alquiler. También parecía muy orgulloso de ello. En cambio, me estaba

jodiendo. Ahora me siento como una idiota. Acordamos que él cobraría su primer sueldo y luego pagaría algo también. Debería haber insistido en que me diera la mitad para el alquiler o algo así desde el principio. Pero no. Me había ablandado porque estaba trabajando duro para graduarse. Pensé que se merecía una recompensa".

"Eras tú quien merecía una recompensa. Trabajaste duro para que ese chico pudiera ir a la universidad. Le pagaste el alquiler, le diste de comer. ¿Alguna vez te dio algo con su dinero?".

Me di la vuelta y me subí un poco la manga. Justo encima de mi codo izquierdo había un pequeño tatuaje de un pájaro.

"Oh, te tatuaste una paloma muerta".

Por el tono de voz de Michelle, me di cuenta de que le parecía una tontería. Y lo era. David había querido sorprenderme y yo había confiado en él y en su elección artística. Y ahora tenía un tatuaje de un pájaro muerto en el brazo.

"¿Seguirás yendo a clase cuando empiece el semestre?".

"No sé cómo. Tengo que encontrar un lugar donde vivir y depositar la fianza del alquiler. Con este desahucio detrás, significa que tendré que pagar una fianza aún mayor, suponiendo que pueda encontrar un sitio".

Metí la vajilla sucia en la lavadora y cerré la puerta con un fuerte golpe. Apoyé la frente en el lavavajillas humeante y empecé a golpearlo rítmicamente.

"Debería haberme tocado a mí. Se suponía que David debía cuidar de mí. Se suponía que debía pagar el alquiler y las facturas para que yo pudiera ir a estudiar y centrarme en los libros".

"Lo sé, lo sé. En lugar de eso, resultó ser un auténtico imbécil", replicó Michelle. "Lo que necesitas es un dulce papaíto. Alguien mayor que quiera que seas feliz y esté dispuesto a pagar todas tus necesidades".

Me volví para mirar a Josh, que estaba detrás de nosotras. Me dedicó una sonrisita tonta.

"¿Vas a ser mi dulce papaíto?", le pregunté.

Negó con la cabeza. "Soy demasiado joven y demasiado pobre. Lo siento mucho".

ALEX

Mirando por la ventana del mi despacho, o eso suponía, en realidad estaba concentrado en cualquier cosa y meno en la ciudad. Se extendía mucho más allá de mi vista y era un verdadero espectáculo. En aquel momento, estaba más centrado en pensar en lo que había ocurrido en mi pasado.

Tenía la sensación de que todo había estado ocurriendo a mis espaldas durante años, así que ¿por qué iban a cambiar las cosas ahora?

Aquel era el despacho de mi padre y, cuando murió repentinamente cinco años antes, debería haber pasado a ser el mío. En cambio, no resultó así en absoluto.

Con la excusa de darme tiempo para prepararme para mi nuevo destino, mi tío Roy y mi madre organizaron un pequeño golpe empresarial. Mi madre trabajó con el hermano de mi padre contra su propio hijo.

Me habían educado para dirigir la empresa una vez que mi padre se hubiera jubilado. Solo que él se había mostrado reacio a entregarme las riendas de la empresa.

Debería haberse jubilado unos diez años antes, pero no, quiso mantener el control y al final murió, sin tener tiempo de disfrutar de toda la riqueza que había acumulado.

Yo, en cambio, siempre había disfrutado de mi dinero y, por alguna razón, ese bienestar había sido una especie de prueba de que no era lo bastante maduro para dirigir una empresa desde el punto de vista fiscal. Me trataban como a una especie de niño. Yo sabía muy bien de dónde procedía mi dinero y no tenía ninguna intención de tirarlo.

Me gustaba demasiado mi riqueza y nunca haría nada que se interpusiera en su camino.

Al parecer, mi madre parecía pensar que incluso mi última compra, un Ferrari 296 GTB, era una prueba de que aún no estaba preparado.

"¿Y cuál sería un coche que debería pertenecer a una persona responsable, mamá? ¿Un monovolumen?"

Me volví hacia ellos. Parecían sorprendidos de que prestara atención a sus palabras.

"Un monovolumen familiar podría interpretarse como una señal de que estás preparado para asumir responsabilidades", declaró mi tío.

"Un monovolumen sería un buen comienzo y una novia estable sería un comienzo aún mejor", añadió mi madre.

Dejé escapar una risa amarga y cortante. "Ninguna mujer querrá salir conmigo si me presento a una cita con un monovolumen".

"Entonces no sería el tipo de mujer con la que deberías salir. Debes querer a alguien que esté preparada para formar una familia. Tienes treinta y seis años, Alexander, ¿cuándo vas a hacerme abuela?".

"Las únicas personas que conducen monovolúmenes son adolescentes o personas que ya tienen familia. ¿Quieres que te haga abuela? Es más probable que eso ocurra si aparezco en un Ferrari".

Me miraron fijamente, como si realmente pensaran que no había entendido nada. No quería ser grosero delante de mi madre, pero sentía que me estaban presionando demasiado.

"Nunca me habría casado con tu padre si se hubiera presentado con un coche deportivo". Resopló como si proclamara su propia integridad y la "casabilidad" de mi padre basándose en su elección de coche.

El problema era que yo sabía hacer las cuentas. Además, papá me lo había confesado cuando era adolescente y empecé a salir con chicas. Sí, mamá había tenido razón: si papá hubiera aparecido en un coche deportivo sin asiento trasero, yo nunca habría nacido. Me sorprendió desde ese punto de vista. Papá me había confesado que había pensado que se casaría con mi madre tarde o temprano, solo que mi inminente llegada había acelerado los tiempos.

¿De verdad creía que aún follaba con chicas en el asiento trasero de un coche? No, tenía una cama doble para seducir a mis amantes.

"Eso es ridículo. Si añadir un monovolumen a mi colección va a hacerte cambiar de opinión, entonces saldré de aquí e iré al primer concesionario que tenga uno en el lote y lo compraré ahora mismo".

"No se trata solo del coche, Alex".

No Roy, se trata de poder. Lo tienes y no quieres renunciar a él.

"Entiendo bien lo que piensas de mí. Me ves como alguien que carece de concentración. Alguien que da prioridad a la diversión sobre los negocios. ¿Qué puedo hacer para cambiar tu percepción de mí?".

"Quizá si empezara a tomarme las cosas más en serio, Alexander", añadió mi madre. "Como una relación seria".

"Vale, querida mamá, ¡ahora déjalo ya!". Levanté ambas manos como para detenerla. "Primero quieres que dedique todo mi tiempo libre a los negocios y así lo hice. Básicamente, renuncié a salir con chicas durante cinco años para trabajar con desarrolladores de software y no quedarme rezagado respecto a las empresas tecnológicas emergentes. Evidentemente no fue suficiente, ya que incluso ahora que me considero lo bastante responsable, sigues diciendo que debería buscarme una mujer que produzca mocosos para que tú puedas ser abuela..."

"¡Alex!"

"No, no me llames Alex. ¿Cuándo en los últimos cinco años he sido capaz de encontrar y cortejar a una chica? Trabajo en un sector predominantemente masculino en el que querías que me centrara".

Permanecieron en silencio durante un largo momento.

Roy se aclaró la garganta y se cruzó de brazos.

"Este es un buen ejemplo de lo que estamos hablando, Alex. Sigues dándonos la vuelta al problema afirmando que estás haciendo lo que te pedimos que hicieras".

"Rechazaste mi oferta de presentarte a algunas buenas jóvenes de la ciudad. Tengo muchas conocidas. Hay algunas familias muy buenas con hijas casaderas", dijo mi madre.

Cerré los ojos y me pasé ambas manos por el pelo. Lo último que quería era que me organizara una cita.

Aunque tal vez debería haberlo pensado. ¿Habría sido realmente tan malo? Así me lo habría quitado de encima.

Respiré hondo. "Roy, tú no quieres este trabajo, nunca lo quisiste. Pero estás protegiendo los intereses de tu hermano y de mi padre. Te lo agradezco mucho".

Me esforcé, tratando de transmitir mi sinceridad. "Quizá no lo haya dicho nunca, pero es la verdad. Tengo muy presentes los intereses de esta empresa y de esta familia. Estudié informática y me licencié con las mejores notas en mi programa de MBA. He pasado años asegurándome de que no nos quedamos atrás en la carrera hacia el sector tecnológico. ¿Qué puedo hacer para demostrar que no soy un idiota que va por la vida? ¿Qué tengo que hacer?".

Miré a Red, mi asistente personal en aquel momento, que estaba sentado en un rincón tomando notas y fingiendo que no estaba allí. Hizo una mueca y se encogió de hombros mientras yo ponía los ojos en blanco. Aquella situación era agotadora.

"Creo que todos nos sentiremos más cómodos entregándote la empresa si tenemos pruebas de

empoderamiento por tu parte", exclamó Roy.

"¿Y si acepto empezar a salir con alguien?"

"Creo que queremos algo más duradero que una simple cita".

Asentí con la cabeza. Odiaba aquella situación. Si de verdad quería tomar el control de la empresa, algo que me correspondía por derecho, en aquel momento solo tenía dos opciones: o casarme o deshacerme de mi tío.

Lo miré intensamente durante más tiempo del que debería haberlo hecho. Sí, por desgracia esto último no era una opción.

"Si me prometes que no anunciarás a todo el mundo que intento casarme, como en tus películas románticas favoritas, dejaré que me prepares una o dos citas". Me rendí con una leve reverencia a mi madre.

Sonrió y dio una palmada. Una rara sonrisa cruzó su rostro. Desde que habíamos perdido a mi

padre, echaba mucho de menos verla sonreír, pero en aquel momento sentí como si hubiera hecho un pacto con el diablo, renunciando a mi único futuro.

Aún había algunas condiciones más para mi rendición total. Debía dejar de hacer *Investigación y Desarrollo* y empezar a trabajar junto al director financiero.

Si simplemente querían revisar mi función en Foundation Network Communications, ¿por qué no podían hacerlo?

Yo era su marioneta y ellos manipulaban mis hilos porque tenían el poder. Se trataba de poder y a Roy le encantaba tener poder sobre mí.

Por último, me despedí con unas cuantas bromas fingidas.

Red le siguió de cerca.

Mantuve la boca cerrada hasta que llegamos a los ascensores. Las puertas se cerraron y volví la cara hacia la pared.

"¡Joder!", exclamé con frustración mientras miraba el acero satinado de la pared del ascensor.

"¿Un monovolumen?", dijo Red, prácticamente echándose a reír.

"La situación se ha vuelto insostenible. Necesito una salida y, por desgracia, no podemos acabar con mi tío", comenté.

"Aunque lo has pensado...".

"Sí, justo después de plantearme seriamente comprar un puto monovolumen, con asientos para niños en la parte de atrás. Nada de eso ocurrirá".

Red se apoyó en la pared del ascensor y me miró. "¿De verdad vas a salir con mujeres que le gustan a tu madre?".

"Podría aguantar unas cuantas citas con unas modelos despistadas y con piernas largas".

Mi madre tenía en mente el tipo de mujer al que debía parecerse mi futura esposa. Lo bueno era que a la mayoría de los hombres que conocía, incluido Red, les gustaba ese tipo de chica. Delgada, elegante y serena.

Aunque apreciaba a las mujeres guapas, independientemente de su forma, prefería que tuvieran algo de carne, para poder aferrarme mejor a ellas. Me gustaban guapas y con curvas.

"O podrías casarte con una falsa", dijo Red, enarcando una ceja.

Le miré fijamente. "Continúa".

"¿Por qué no pruebas algo como una novia por correo? ¿Encontrar a una chica que necesite casarse, pero así no te metes en problemas?"

"Creo que casarse con alguien que solo necesita una Tarjeta Verde sería una mala idea. Si saliera mal, daría a mi madre y a Roy la prueba definitiva de que no estoy a la altura".

"No todos los que necesitan casarse buscan un permiso de residencia".

Pues tenía razón. "Ponte a trabajar a ver qué encuentras", le dije.

ABIGAIL-SAM

Era como ver una película. No estaba conectada a mis manos mientras veía cómo mis dedos cambiaban de canal. No era yo quien lo hacía.

Sonó el teléfono, pero colgué inmediatamente.

Me habrían devuelto la llamada, ¿no?

Quizá no llamaban a números que no conocían. También estaba convencida de que había mucha gente como yo que llamaba y colgaba, igual que había mucha gente que seguía esperando que alguien dejara un mensaje en el buzón de voz.

"¿Tuviste suerte? "

Michelle abrió la puerta que conducía de la cocina al callejón trasero. Se apoyó en el marco de la puerta y me miró con las cejas levantadas.

Le dije que llamaría a los propietarios de algunos pisos durante mi descanso. Pero no era cierto. También llamaba buscando un nuevo trabajo, como los anuncios del Daily. Allí publicaban sus anuncios desde servicios de acompañantes hasta marketing multinivel.

Había anuncios de casas de huéspedes justo al lado de los de trabajo. Me convencí a mí misma de que estaba llamando a ambos. SOlo que no había podido completar ni una sola llamada.

Negué con la cabeza en respuesta a su pregunta.

"Sabes, no me gusta nada dejar mensajes de voz, y los que he llamado no han contestado. ¿Por qué no vuelven a llamar si no dejo un mensaje?".

Michelle negó con la cabeza.

"Porque yo, por ejemplo, no devuelvo la llamada a todos los que cuelgan. No es mi trabajo perseguir a alguien que ni siquiera se molesta en decirme por qué ha llamado".

Suspiré; tenía razón.

Yo también odiaba cuando alguien a quien no conocía llamaba, dejaba sonar el teléfono y luego colgaba. Michelle tenía razón. Aquellas personas no me habrían perseguido, aunque yo hubiera sido la candidata perfecta para su anuncio.

Entonces, de repente, me llamó la atención algo único: *Chica soltera que busca matrimonio sin*

cohabitación. No inmigrantes. Compensación económica. Debe tener más de 21 años.

Era soltera, tenía más de veintiún años y necesitaba una compensación económica. No sabía si era perfecta o no, y nunca lo habría sabido si no hubiera seguido adelante con ello.

"Haré una llamada y luego volveré al trabajo", le dije.

Michelle estaba siendo muy comprensiva con toda mi situación.

No necesitaba apartarme aún más de mi trabajo, pero ella no hizo nada para que me sintiera culpable.

"Tómate todo el tiempo que quieras", dijo antes de volver a la cocina.

Le dediqué una sonrisa de gratitud y marqué el número. Esta vez estaba conectada a mis dedos. No era otra persona la que marcaba el número, era yo y no otra persona la que dejaba un mensaje.

Sonó el teléfono. Luego sonó el contestador automático.

Escuché todo el mensaje y, en respuesta, dejé toda la información que querían: mi nombre, Abigail-Samantha Cole, mi edad, veintidós, pronto veintitrés, un número para que me devolvieran la llamada y un breve mensaje sobre por qué había respondido a su anuncio.

"Mi novio de toda la vida me dejó después de que yo pagara parte de sus tasas universitarias y el alquiler durante casi cinco años. Ahora se suponía que me tocaba a mí ir a la universidad, pero estoy viviendo en un almacén y durmiendo en el sofá de mi jefe mientras busco un lugar donde quedarme. Como mujer casada, tendré más posibilidades de conseguir ayudas estudiantiles, y lo mismo ocurriría para encontrar un lugar donde vivir. Soy originaria de Alabama, pero viví cinco años en Dallas mientras mi novio estudiaba allí".

Terminé la llamada. No me pareció un gran discurso, pero, de nuevo, no sabía qué esperar. Luego, antes de volver al trabajo, hice una llamada rápida a un anuncio de búsqueda de compañeros de piso y dejé un mensaje.

El resto del día transcurrió sin incidentes. Mi teléfono móvil no sonó.

Así que, al final del día, me sorprendí cuando recibí un mensaje de voz de un hombre con acento del norte pidiéndome que le devolviera la llamada. Quería hablar conmigo sobre la situación matrimonial.

Le dije a Josh que iba a tomarme un breve descanso y me encerré en el despacho de Michelle antes de volver a llamar al hombre.

"Hola, soy Abigail-Sam, me ha llamado por el anuncio del Daily", le dije en cuanto contestó.

"Gracias por devolverme la llamada. Llámame Red".

Luego procedió a hacerme algunas preguntas. Parecían más bien cosas normales, ya que se trataba básicamente de un trabajo. Como dónde me veía dentro de cinco años y qué me había impulsado a responder al anuncio.

"Has dicho que has estado pagando el alquiler y parte de la matrícula a tu novio durante los

últimos años, ¿por qué de repente necesitas ahora un alojamiento económico?".

Mi respuesta rozó el exceso de información, pero si esperaba casarme con aquel tipo, más valía que no tuviera nada que ocultar.

"Estoy cansada, Red. Debería haber sido yo la que no tuviera que trabajar ahora, sino concentrarme en mis estudios. Tuve dos trabajos hasta que mi ex novio se graduó. Llevo tres años trabajando en una cafetería y mi jefa, que es una mujer, es estupenda. Quería seguir trabajando a tiempo parcial mientras iba a clase y ya he dejado mi otro trabajo. Trabajaba desde casa como traductora de novelas".

"¿Por qué no te quedaste con el del trabajo?"

David también me lo había preguntado cuando dejé mi trabajo.

"Ese trabajo estaba bien, pero mi jefe era un obseso del control. Creo que quería despedirme, ya que cuando lo hice me dijo: *"Oh, no será una gran pérdida*"".

"Ah, vale, ya lo entiendo", respondió Red.

Seguí hablando, diciéndole que David debería haber pagado el alquiler, las facturas y todo a mi nombre, pero no lo había hecho. Así que para entonces tenía banderas rojas en todos mis documentos como alguien que nunca pagaba.

¿Qué compañero de piso o agencia de préstamos asumiría el riesgo financiero de una persona a la que han echado por no pagar?

"Así que ahora todo me cuesta el doble y actualmente gano la mitad que antes. Tuve que trasladar todas mis cosas a un trastero sin previo aviso, y las empresas de mudanzas cobran un recargo por cosas de última hora como ésta".

"¿Qué pasa con las relaciones románticas y los planes familiares? Esto es para un acuerdo matrimonial legalmente vinculante".

"En primer lugar, ¿esperas que sea tu esposa?"

Red se echó a reír antes de aclararse la garganta y hacerme saber que no se trataba de casarse con él, sino con su jefe.

"Red, para ser sincera, estoy cansada de los hombres. No quiero tener más citas. Y si tu jefe solo me necesita sobre el papel, estoy segura de que estar casada no le impedirá salir con otras mujeres, ¿verdad?".

"No estoy seguro, pero puedes suponerlo con seguridad".

"Entonces, ¿por qué el hecho de que tenga que ser una mujer casada me impide tener citas? No es que quiera hacerlo".

"Las citas no son el problema. Aquí estamos hablando de la repentina necesidad de casarse".

Dejé escapar un suspiro. "Pero entonces la cosa tendrá una fecha límite, ¿no? A menos que sea así de viejo y piense morirse mientras estemos casados".

"No es viejo ni se está muriendo. Sin embargo, quiere establecer un tiempo contractual mínimo

para garantizarlo".

"Así que me confirmas que hay un límite de tiempo. Creo que eso es bueno".

Hablamos de otras cosas, nada memorable. Nada de detalles precisos, tópicos vagos, nada concreto.

"¿Cuál es vuestro plazo al respecto?", pregunté.

"Bueno, que ocurra rápido".

La llamada terminó y me di una patada por no haberle preguntado si debía esperar una llamada para obtener una respuesta definitiva, o si debía volver a llamar al cabo de una semana o así. Al final, intenté no pensar más en ello. En cambio, me permití pensar en cómo el matrimonio por motivos económicos podía cambiarlo todo. El jefe de Red parecía ser muy rico, aunque yo no había sido capaz de comprender la verdadera razón de toda su búsqueda.

Entonces, entré en pánico porque realmente no tenía ni idea de con quién estaba tratando.

¿Y si ese tipo hubiera estado metido en drogas o en cosas de la mafia? Claro que estaba siendo tonta, pero de todas formas nunca volvería a saber nada de Red.

Cuando mi teléfono móvil sonó menos de una hora después, esperaba que fuera una de las llamadas que había hecho para encontrar un piso, pero en lugar de eso era él.

"Um, ¿hola?"

"Señorita Cole, ¿podemos conocernos en persona?"

Cuando terminé la llamada, tenía una cita con ese tipo llamado Red al día siguiente. Aceptó venir a la cafetería para que estuviéramos en público.

A la mañana siguiente llegó puntualmente. No podía equivocarme: tenía el pelo de un color naranja encendido. Lo llevaba corto y recogido hacia atrás. Por lo demás, vestía elegante y a la moda. Exudaba dinero.

"Tú debes de ser Red", le dije en cuanto le vi. "Dime todo lo que debo hacer y si tienes alguna pregunta, adelante", le dije.

Me miró a la cara y luego me dedicó una enorme sonrisa que no pude descifrar; o yo era perfecta para ello, o era el mayor "jódete" que podía expresar.

"Srta. Abigail-Samantha Cole, es un verdadero placer conocerla".

Cuando terminamos de hablar una hora más tarde, tenía en la mano un billete a Las Vegas y un contrato firmado que me llevaría a casarme con un tipo llamado Alex una semana después.

ALEX

"¿Por qué tengo que llevar un smoking?", le pregunté a Red mientras recogía la ropa de sus manos.

Estábamos en una suite del hotel Bellagio de Las Vegas. Tenía un compromiso a una hora de allí y no estaba de humor para ponerme un traje así.

"Llevas este smoking de Valentino porque te vas a casar. Irás vestido adecuadamente para tu boda".

"Red", carraspeé preparándome para replicar. No me dejó tiempo para hablar.

"Alex, esta boda tiene que ser lo bastante real como para que tu madre se lo crea. Ella sabe que no puede casarse contigo en vaqueros y camisa. Puede que sea una boda rápida en Las Vegas, pero sigue siendo una boda".

Refunfuñé, pero tenía razón. Tenía sentido que me pusiera un smoking, y si el negro estaba en la tintorería, cosa que sinceramente no sabía, entonces me pondría el mejor traje que tuviera. En aquel caso se trataba de un smoking de terciopelo marrón chocolate con solapas de seda. Me lo había puesto por última vez en uno de los actos benéficos de mi madre.

Conociéndola bien, si no me hubiera puesto algo elegante, seguramente habría sospechado algo.

Red había sido un genio a la hora de organizar toda la farsa.

Había dado a entender que había conocido a una chica, mientras seguía saliendo con las jóvenes que mi madre había elegido para mí. En ese tiempo, unas escasas tres semanas, Red había conseguido encontrar a alguien adecuada e incluso con ganas.

Entonces había dicho a todo el mundo que ya no estaba dispuesto a salir con otras mujeres después de haber conocido a alguien especial.

Había rechazado todos los intentos de mi madre de averiguar más cosas sobre ella. Ni nombres, ni lugares, nada.

Por supuesto, ni siquiera recordaba su nombre. Era Sammy o algo así. Los nombres no eran importantes, al menos no todavía.

Ahora que estábamos en Las Vegas, íbamos a casarnos, a hacernos unas fotos de boda y luego Red se inventaría alguna historia sobre por qué mi nueva esposa, con la que estaba tan ansioso

por casarme, no viviría conmigo en Dallas.

"Así que voy vestido con un smoking. ¿Y esta mujer, en cambio? ¿Aparecerá en vaqueros y lo estropeará todo?".

Di unos pasos desde el salón de la suite hasta el dormitorio. Dejé el vestido sobre el sillón y empecé a cambiarme.

"Le han dado un buen presupuesto y le he dicho que se compre un vestido de novia", me aseguró Red.

Me puse los pantalones y me vestí con una camisa de seda color crema oscuro. Me ajusté la pajarita y me abroché la parte delantera del pantalón. Mirando el resto del smoking, levanté el chaleco de seda y se lo entregué a Red.

"¿Chaleco o no?"

"Chaleco color crema y pajarita".

Me puse el chaleco y metí los pies en los mocasines a juego.

"Aún no me has hablado bien de esta novia mía. ¿Cómo es? ¿Es tan guapa como me has dicho?"

"Creo que te sorprenderá gratamente. A mí, desde luego".

Me pasé una mano por la barbilla y me di cuenta de que no me había afeitado.

"¿Qué aspecto tengo?".

"Elegantemente áspero. ¿Ahora sabes lo que te espera?".

"Lo sé", respondí.

"Practica, es la clave de tu libertad en los negocios", dijo Red. "Iré a buscar a tu novia y nos encontraremos en la pequeña iglesia. No llegues tarde".

Me dio una palmada en el hombro y luego me rozó el vestido, antes de marcharse con una risita.

Tenía la sensación de que me esperaba una desagradable sorpresa. Mi nueva esposa sería o demasiado fea, o demasiado parecida a una supermodelo.... alta y delgada. O una drogadicta sin hogar con tres dientes en la boca.

Sin embargo, me había asegurado que había encontrado a alguien a quien mi madre creería. Sabiendo perfectamente qué tipo de chica quería mamá que me casara, esperaba a alguien con el pelo largo y un físico escultural de modelo.

Cuando llegué a la capilla, Red me estaba esperando fuera.

"¿Estás preparado?".

"¿Preparado para conseguir por fin lo que me corresponde desde que nací? ¿Preparado para que mi madre y Roy por fin me tomen en serio?", respondí bromeando.

"¿Preparado para dejar de ser uno de los solteros más codiciados de Dallas?".

"Por favor, no me digas que te has tragado todas las tonterías de las películas románticas de mamá. Se trata de un contrato real y limitado en el tiempo".

"Cinco años es mucho tiempo", replicó Red.

"Solo porque estamos en esta situación. Dentro de cinco años, todo esto habrá acabado en un abrir y cerrar de ojos y, de todos modos, mientras tanto puedo salir a escondidas con quien quiera. ¿Ha llegado ya?".

Red asintió: "Sí".

"Bien". Me cepillé la parte delantera de la chaqueta de terciopelo. "¿Cómo dijiste que se llama?".

"Abigail Sam".

"Ah, vale, Abigail". Repetí su nombre unas cuantas veces para metérmelo en la cabeza. "No hay nada que hacer. Deséame suerte".

Entré en la pequeña capilla y jadeé. Era un lugar diminuto, con unas cuantas filas de bancos de madera estilo iglesia. Había un modesto estrado delante de un gran cuadro de una obra antigua. Parecía inspirado en algo de una catedral francesa. Pensé que el anciano del estrado era el capellán. Una mujer mayor se sentó en el primer banco: era la testigo.

Me volví y vi que Red me seguía al interior. Él también estaba allí como testigo oficial. Tenía una amplia sonrisa en la cara.

"Te dije que te sorprenderías", dijo riéndose.

Asintió con la cabeza y se sentó. Miré a mi novia pensativo.

Parecía tan sorprendido por mi aparición como yo por la suya. En lo que a mí respecta, bueno, Red lo había clavado. Si mi madre hubiera visto una foto de boda con aquella chica, seguro que habría creído que era de verdad.

Abigail era muy guapa. Tenía el pelo rubio bastante corto que se le rizaba sobre los hombros. Tenía una cara dulce, suave y redonda, con una barbilla pequeña y puntiaguda. Todo su aspecto era suave y próspero. Me gustaban mucho las curvas, y ella tenía algunas. El vestido que llevaba resaltaba sus pechos y se ceñía a sus caderas. Era un vestido precioso, de color champán. Casi íbamos a juego.

Me miró con sus grandes ojos verdes y sonrió. Luego se sonrojó. Me di cuenta de que era mucho más joven de lo que esperaba. En cualquier caso, era adulta, así que sabía dónde se metía.

El problema era que quizá yo no sabía en qué me estaba metiendo.

"Abigail", dije mientras me acercaba a ella.

"Abigail Sam", añadió en voz baja mientras me miraba, moviendo las pestañas.

"Llámame Alex".

Nuestra presentación fue lo más sencilla posible. Entonces empezó el capellán. No le presté mucha atención y fue muy breve al estilo de Las Vegas. El discurso casi había terminado antes de empezar y entonces me dijo que podía besar a la novia.

Abigail sonrió cuando me incliné para besarla. Sus labios eran suaves y esponjosos. Casi habría continuado, pero la anciana carraspeó como si hubiéramos sido indecentes.

"Felicidades a los dos. Ahora tenemos que haceros fotos y luego hay unos papeles para vosotros".

En ese momento me di cuenta de que llevaba una cámara de vídeo en la mano y nos había grabado besuqueándonos.

Abigail volvió a murmurar su nombre. Quizá estaba nerviosa. Quizá se estaba recordando a sí misma que quería conservar su apellido de soltera aunque ahora fuera una mujer casada.

Posamos para las fotos de rigor y, mientras la anciana nos llevaba por la capilla y luego al pequeño despacho para firmar los documentos, no tuvimos ocasión de hablar mucho. Todo el tiempo no dejaba de decir tímidamente que estábamos tan coordinadas con nuestro vestido.

Sospeché que, de algún modo, Red también había pensado en ello de antemano. La ceremonia terminó casi inmediatamente. Salimos de la capilla y nos miramos avergonzados.

"Os dejo aquí por esta noche. Tenéis una reserva en L'Atelier del MGM. Después seréis libres de hacer lo que queráis. Alex, he hecho extensiva nuestra hospitalidad a Abigail", dijo Red.

"Abigail Sam", le corrigió ella.

"Stone, si decides adoptar mi apellido", dije.

Red continuó: "Volverá a Dallas con nosotros. Después podréis seguir oficialmente con vuestras vidas".

Una larga limusina negra se detuvo delante de la capilla. Red abrió la puerta trasera.

«Este es vuestro coche, dentro hay champán con hielo. Disfruta de tu luna de miel", me dijo guiñándome un ojo.

Era muy consciente de que mi luna de miel duraría hasta la cena, luego quizá unas copas y después volvería sola a mi suite.

El conductor ayudó a Abigail a subir a la parte trasera de la limusina y yo di la vuelta para subir al otro lado.

"Así que", exclamó ella cuando entré en el coche. "Tú eres Alex. Encantada de conocerte".

"Encantado de conocerte a ti también". Cogí la botella de champán y la descorché.

Dio un pequeño grito ahogado y luego una risita.

Le serví una copa y se la di.

"No sé tú, pero yo creo que esta noche, después de cenar, deberíamos ir al casino y quizá ver algún espectáculo. Tenemos demasiado buen aspecto para volver a nuestras habitaciones sin que nos vean los demás".

Me pasó su copa e hicimos un brindis. "Pues sí que estamos guapos y me parece una idea

estupenda".

ABIGAIL-SAM

Mi marido estaba muy bueno. No había otra forma de describirlo. Era alto y tenía una estructura física que le hacía atractivo independientemente de su edad o de su constitución. Su pelo grueso y oscuro tenía los rizos suficientes para parecer muy sexy cuando iba desaliñado.

Esta noche no estaba así, estaba delicioso. Súper apetitoso. No sé si la cena lo estaba o no. Era seguramente lujosa. Las raciones eran diminutas, y yo seguía bebiendo champán y mirando a Alex sin comer. En algún momento se había quitado la elegante pajarita y se había desabrochado los primeros botones de la camisa.

Aquí había un gran problema de autoestima. A los hombres sexys como él, altos, sensuales y dotados, no les gustaba la forma que yo tenía. No disfrutaba de la cena porque me ponía demasiado nerviosa comer con él.

Durante los últimos cinco años no me había dado cuenta de la mayoría de los aspectos negativos de David. Había ignorado todas las señales de alarma de nuestra relación por considerarlas rarezas o verdades inconvenientes. Ser una chica con curvas era una de esas incómodas verdades. Bueno, "incómodas" porque David se sentía obligado a recordarme a menudo lo mucho que comía. Como si yo no me diera cuenta de que, si quería que me vieran con él, no debía comer más que un bocado de cualquier cosa que no fuera una buena y sana ensalada. Y no creo que David fuera un fanático del cuidado del cuerpo ni que hubiera ido nunca a un gimnasio.

A Alex, en cambio, se le veía claramente que hacía ejercicio.

En cualquier caso, le dejé pedir lo que quisiera, mientras yo seguía bebiendo champán.

Al final de la cena, Alex me llevó al casino. Siguió ganando y su alegría me hizo sonreír. Tener a mi lado a un hombre tan perfecto como él me ponía eufórica. O tal vez fuera el champán.

"Esta noche eres mi amuleto de la suerte, Abigail", exclamó besándome. Luego cogió un puñado de fichas que acababa de ganar y las introdujo en el escote de mi vestido.

"Abigail-Sam", le corregí y solté una risita mientras él seguía deslizando las fichas con forma de moneda entre mis pechos, como si yo fuera una especie de máquina tragaperras.

Creo que también estábamos bastante achispados.

"Mi esposa", dijo, en vez de intentar pronunciar mi nombre correctamente.

Tras otra gran victoria, volvió a besarme. Solo que esta vez no fue un simple roce de labios. Hubo una especie de degustación de mi labio inferior. Me sujetó la cara con las manos y siguió saboreando y mordisqueando. Respondí al beso y también lo saboreé.

Mientras nos besábamos, me rodeó con sus brazos y me atrajo contra su pecho. Por un momento fugaz, noté lo firme que estaba su cuerpo apretado contra el mío. Pero no me quedé mucho tiempo con ese pensamiento: pronto no pude pensar en nada más.

Su lengua se arremolinó en mi boca mientras me acariciaba la nuca y me estrechaba contra él. Sus brazos me sujetaban con fuerza: estaba en su agarre y no podía ir a ninguna parte.

Cuando terminó el beso, no nos dijimos nada. Sus ojos ardían mientras seguía mirándome.

Apenas podía respirar a causa de las llamas que habían envuelto todo mi cuerpo con su contacto. Quería ser atrevida, quería preguntarle a mi marido si le gustaría disfrutar de la luna de miel conmigo. Después de aquel beso, no sabía si podría soportar su rechazo. Ya era bastante malo estar casada con alguien que estaba tan fuera de mi alcance económicamente. Ni siquiera podía pagar el alquiler y las tasas universitarias.

Parpadeé para contener las lágrimas mientras recordaba por qué estaba allí con él.

Después de lo que acababa de pasarme con mi ex, había pensado que no querría a otro hombre en mi vida en mucho tiempo, pero entonces Alex Stone me había besado así.

"¿Vamos a tu habitación o a la mía?". Su voz era tan baja y ronca que creí no haberle oído bien. Parpadeé, esta vez para borrar todos aquellos estúpidos pensamientos de mi cerebro.

Un abrir y cerrar de ojos después y nos encontrábamos caminando por el casino y cogiendo los ascensores que llevaban a las habitaciones del hotel. Cuando le dije el número de mi habitación, Alex prácticamente me arrastró por el pasillo. Le entregué la tarjeta electrónica y entramos, y entonces volví a estar entre sus brazos.

Nuestros labios volvieron a unirse y luego otra vez. Pasé las manos por la anchura de su pecho. Se quitó la chaqueta y yo le desabroché los botones del chaleco. Luego me volví y le ofrecí mi espalda y la cremallera de mi vestido, que en un instante cayó al suelo.

Me di la vuelta y Alex estaba de rodillas quitándome la ropa interior. Cuando me quitó el sujetador, volaron fichas de casino por todas partes.

Me eché a reír mientras me manoseaba los pechos con sus grandes manos, gruñendo como un lobo hambriento. Agarró y apretó todas mis redondeces como si no tuviera bastante y me sentí tan adorada.

Nos subimos a la cama, nos tocamos y nos besamos. Sus movimientos eran tan desesperados como los míos.

Ansiaba su piel contra la mía. Quería que me envolviera, que me hiciera suya. Entonces me empujó contra el colchón y su boca descendió sobre uno de mis pechos.

Lamió y se burló de mi pezón hasta que se puso turgente de necesidad. Me retorcí de deseo mientras él chupaba y besaba mis grandes tetas. Luego bajó y empezó a besarme la suave piel de la cara interna del muslo, subiendo desde la rodilla hasta mi núcleo caliente. Me abrió las piernas

y empezó a lamerme y chuparme el clítoris mientras yo enredaba los dedos en su pelo y su boca hacía magia en mí. No había forma de ir despacio. Era una situación caliente y excitante. Alex estaba allí para tomar lo que quisiera y yo estaba más que dispuesta a ser el objeto con el que satisfacer sus ansias.

Cuando su lengua, caliente y sorprendente, lamió mi raja y se deslizó entre los pliegues de mi coño, solté un grito. Desde luego, el hombre no necesitaba un mapa para encontrar mi punto dulce. Sabía exactamente qué y dónde chupar. No había tiempo para pensar, ni esfuerzo consciente al balancear mis caderas contra su cara.

Todo lo que hacía era instintivo y reflejo de sus movimientos.

Si hubiera pensado realmente en lo que estaba haciendo y en lo que vendría a continuación, me habría congelado. Jugaba con mi cuerpo como si fuera su juguete favorito. Conocía todos los puntos adecuados para lamer, chupar y acariciar mientras yo sentía cómo mis nervios se crispaban y se ponían rígidos.

Justo cuando creía que estaba a punto de llevarme al límite, se apartó y subió por mi cuerpo.

Abrí los ojos y su mirada se encontró con la mía. Tenía una sonrisa malvada pero demasiado tentadora. Sin duda, sabía exactamente lo que me estaba haciendo.

De repente, extendió una mano, me abrió las piernas y me penetró sin contemplaciones.

Jadeé de placer. Me agarré a las sábanas y empecé a retorcerme para que se corriera. Sus embestidas eran duras y pesadas.

Nunca me habían follado así.

Grité cuando prácticamente perdí el conocimiento y el orgasmo me absorbió como una marea; fue intenso y lo consumió todo.

Unos instantes después, el grito de Alex se mezcló con el mío antes de caer sobre mí.

No dijo nada durante varios minutos interminables. Luego me besó ligeramente, se levantó de la cama y desapareció en el cuarto de baño. Cuando regresó, cogió la botella de champán que había abierto antes de salir para ir a casarme, bebió un sorbo y luego me la entregó.

"¿Quieres un poco?", me preguntó mientras bebía un poco de la botella.

Estaba demasiado aturdida para hablar.

Apenas llegué a beber antes de que me arrastrara por los tobillos y me sacara de la cama.

No dormimos mucho... La luz de las cortinas abiertas nos hizo saber que había llegado la mañana. Con un gruñido, Alex se levantó y deslizó las piernas por el lateral de la cama.

Tenía muchas ganas de estirar la mano y acariciar su piel por última vez. Solo que su gruñido no era el sonido de alguien que quiere más. Era un gruñido que significaba "¿qué coño hice anoche?" y "¿cuánto he bebido, joder?".

Miré a Alex con los párpados entrecerrados.

Se volvió hacia mí y jadeó.

Fue un disparo directo a mi ego. Que le jodan.

Me levanté bruscamente. "¿Te vas tan pronto?"

Gruñó mientras se ponía la ropa.

"Mi jet privado estará listo a las once. Has guardado el billete de avión, ¿verdad?".

"Perdona, pero ¿por qué lo preguntas? ¿No se suponía que iba a volver contigo?". Red me había invitado a volver a bordo de su jet privado.

"Porque lo necesitarás", respondió.

Luego sacó la cartera del bolsillo interior de la chaqueta. Sacó varios billetes de cien dólares y los arrojó sobre la cama.

"Esto debería bastar para los gastos del día". Se volvió, hizo una pausa y volvió a encararse conmigo. "No vendrás a casa conmigo. Tomarás tu vuelo en primera clase".

Me quedé mirando el dinero de la hoja y luego a él. Cogí unos billetes y se los tendí.

"¿Qué se supone que es esto? No soy una puta".

Se apartó de mí y abrió la puerta.

"No Abigail, tienes razón, eres mi mujer y cuestas mucho más que una de esas...".

Con un rugido de rabia, le arrojé el dinero mientras salía de mi habitación. Cerró la puerta tras de sí.

"Y por cierto, me llamo Abigail-Sam, gilipollas".

ALEX

Me levanté y saludé a mi tío y a mi madre, que se unieron a mí en la mesa. Les había invitado a comer conmigo. Ya estaban preparados unos pequeños aperitivos y champán, esperando su llegada.

"¿De qué quieres hablarnos?", preguntó mi madre.

La ayudé a sentarse y le di a Roy un fuerte apretón de manos.

"¿Qué pasa, Alex?".

Tomé asiento y descorché el champán.

"Estoy cumpliendo su promesa de permitirme asumir por fin mi papel de director de la empresa».

"Alexander, tu tío nunca te hizo tal promesa».

Apreté la mandíbula y enseñé los dientes en una sonrisa de la que un tiburón se habría sentido orgulloso.

"En cambio, sí lo hizo y tú estabas presente, al igual que mi ayudante personal. Y aceptaste las condiciones. Si me hubiera casado, Roy habría dimitido».

"Si, Alexander, solo si, pero dejabas de salir con las chicas que te presentaba", señaló mi madre.

Roy resopló y se cruzó de brazos. No estaba contento conmigo. Me daba igual. Si creían que podían interponerse en mi camino, no era culpa mía que hubiera encontrado la forma de joderlos.

Cogí el menú y eché un vistazo a los platos que se ofrecían.

"He oído que este sitio tiene un salmón a la parrilla buenísimo. Pensé que te gustaría, mamá, ya que has dicho que estás intentando suprimir la carne roja. No te preocupes, Roy, también tienen un filete de costilla excelente y eso es lo que tomaré. Al fin y al cabo, estamos aquí para celebrarlo", dijo.

Mi madre resopló y Roy refunfuñó mientras yo me deleitaba con su incomodidad y confusión. En cuanto presentaran las pruebas de mi matrimonio, por las que tanto me habían acosado, si seguían negándome lo que me correspondía, estaría dispuesta a llamar a un equipo de abogados y demandarlos a ambos, por intentar robarme el negocio.

Llevaba demasiado tiempo jugando con ellos y había llegado el momento de recuperar lo que me

pertenecía por derecho. Y si tenía que recurrir a lo que sabía que ellos considerarían tácticas turbias, lo haría.

Seguí actuando como si no hubiera pasado nada.

Charlé sobre asuntos triviales y pedí un almuerzo excesivamente elaborado de bisque de cola de langosta y el filete antes mencionado. Si en el menú hubiera habido huevos de codorniz glaseados y dorados, también los habría pedido.

Intentaba hacerles comprender que me había cansado de la situación.

En cualquier caso, podría haberles seguido el juego, sin dejar de llevar mi estilo de vida habitual. Aquel almuerzo no era para celebrar mi matrimonio. Era para celebrar mi victoria.

"Vale, Alex, ya entendemos que intentas decirnos algo. ¿Por qué no nos dices ahora mismo adónde quieres llegar?", dijo Roy.

" mí me parece bastante obvio. Quiero felicitarte por tu jubilación, ya que ahora yo dirigiré la empresa y, por tanto, deberías felicitarme por mi matrimonio".

"Pero si no estás casado, hijo", replicó.

Si no hubiera refrenado la ira que me invadía, habría hecho saltar por los aires las lámparas de araña.

No era la primera vez desde la muerte de mi padre que mi tío me llamaba así.

"No soy tu hijo", siseé entre dientes apretados.

Mamá soltó un grito de asombro. "¡Alexander!".

Hice una pausa, luego una mueca aguda y me tomé un largo momento para serenarme. Bebí el resto del champán y continué.

"Roy, sé que interviniste para llenar el vacío dejado por mi padre. Sin embargo, en algunos casos no fue necesario. Fui capaz de gestionar el negocio de mi padre durante años. Además, nunca he eludido tu criterio y siempre he cumplido tus peticiones".

Levanté sobre mi regazo el maletín que había colocado en la silla junto a mí. Cuando lo abrí, las cerraduras chasquearon.

Saqué una carpeta y se la entregué, colocándola sobre la mesa. Tras volver a dejar el maletín en la silla, dirigí mi atención a mi madre.

"Estoy casado, mamá. Te dije que había conocido a alguien que me convenía mucho más que todas las demás mujeres que me habías presentado".

Se me cerraron las entrañas al pensar en Abigail, en su cuerpo suave y sus gemidos de placer.

Gracias a un simple anuncio en el periódico, y por pura suerte, Red había encontrado a una mujer que me gustaba más que cualquiera de las que mi madre me había presentado en años y años de intentar emparejarme. Nunca me había preguntado qué me gustaba realmente de una mujer. Siempre había encontrado a alguien que tenía el aspecto que ella quería que tuviera una hija. Nunca había prestado atención a lo que realmente me fascinaba.

No conocía bien a mi mujer, de hecho, diablos, no la conocía en absoluto, pero lo que había aprendido a través de Red era que tenía una ambición y un propósito en la vida mucho mayores que ser la mujer de un hombre rico.

Se me escapó una risita. De todas las mujeres, aquella cuyo objetivo en la vida no era casarse con un multimillonario era la que por fin lo había conseguido.

"¿Qué deberíamos mirar?", dijo Roy, entregando la carpeta a mi madre tras echar un vistazo a los documentos que contenía.

Mamá sacó una de las fotos de la boda. Su rostro pasó por una serie de expresiones, hasta que pareció completamente confusa, antes de mirarme. Sosteniendo la foto en la mano, preguntó: "¿Quién es esta mujer? ¿Qué es todo esto, Alexander?"

Cogí la foto. "Ella es mi mujer, Abigail. ¿A que es encantadora? Te dije que había conocido a una chica y que no me interesaba salir con las hijas de tus amigos. El fin de semana pasado decidimos fugarnos y casarnos. Los dos sabíamos lo que queríamos y no nos parecía bien alargarlo todo, incluido el compromiso".

"¡¿Os habéis casado?! No te creo!", exclamó mi madre resoplando y cruzándose de brazos.

"Alex, hemos terminado de jugar a este juego, sea cual sea", gruñó Roy.

"Este juego, y me refiero al vuestro", dije mientras sacaba una copia de mi certificado de matrimonio y la mostraba para que la vieran, "se ha acabado. Me exigiste que me casara para jubilarte y darme el negocio que me corresponde por derecho. Estoy legalmente casado, y con una mujer que me parece realmente encantadora".

No había mentira en mis palabras. Abigail era guapa, con curvas y rubia. Si no hubiera sido por nuestro acuerdo tan especial, si la hubiera conocido en algún sitio, probablemente me la habría ligado.

Mi madre suspiró. "Siempre has preferido a las chicas con curvas y ésta...", me interrumpió. No iba a hacer ningún comentario sobre las abundantes caderas y pechos de Abigail, aunque era lo que estaba pensando. "Bueno, entiendo que te sientas atraído por ella. Si estás casado, ¿cómo es que no está aquí? ¿Por qué no nos presentas a tu mujer?".

"No está aquí porque ha tenido que quedarse en casa para cuidar de su familia. Tampoco le gusta la ciudad. De momento pienso pasar los fines de semana con ella, a la espera de averiguar exactamente cuál será nuestro acuerdo definitivo". Mentí.

No tenía intención de pasar tiempo con mi mujer.

Ella viviría su vida como quisiera, donde quisiera, y yo haría lo mismo.

"¿No tengo que conocer a mi nuera?".

"Es una mujer muy reservada. Exijo que respetes eso de ella".

Mi atención se centró en la llegada de nuestras comidas. Guardé los papeles, deslizando la carpeta en el maletín que había guardado en la silla.

"Mira, ha llegado nuestra comida".

"Alex, ¿qué te crees, que te vas a salir con la tuya?", dijo Roy en voz baja mientras traían una bandeja llena de filetes.

"No me estoy saliendo con la mía, Roy, pero cuando dijiste que si me casaba te irías, había testigos. Ahora estoy casado. Legalmente y también de forma no legal, digamos... más privada. No seáis tan groseros como para pedirme que os demuestre que me acosté con mi mujer. Legalmente, podría haber insistido en cualquier momento, pero no lo hice porque creía que actuabas en interés de la empresa y de nuestra familia. Sin embargo, alargaste demasiado esta situación, encontrando siempre nuevas excusas, igual que hacía mi padre. Vosotros dos os parecéis mucho. No cometas el mismo error que él".

Le di un mordisco a mi filete. Estaba sabroso y prácticamente se deshacía en mi boca. Cerré los ojos y disfruté de mi comida durante un momento. Luego continué.

«¿No preferirías irte y disfrutar de la vida que ahora puedes permitirte vivir, o de verdad quieres matarte a trabajar en tu escritorio?».

Mamá jadeó mientras se levantaba.

La miré marcharse. No sentí ni un ápice de culpa por haberla perturbada. Mi padre también había muerto en su escritorio. Había elegido una vida que no me parecía en absoluto merecida.

"Ahora, mira lo que le has hecho a tu madre", gruñó Roy.

Se levantó y tiró la servilleta sobre la mesa mientras me miraba.

"Felicidades por tu jubilación, Roy", respondí sarcásticamente.

Sus ojos se abrieron de par en par y sus hombros se hundieron antes de marcharse enfadado.

Creo que me había entendido.

Entonces, di otro mordisco al filete como si nada.

Estaba realmente muy bueno.

SAMMY

Seis años después...

Llamaron suavemente a la puerta de mi despacho. Levanté la vista y vi a mi vicepresidenta, Vanessa Marche, esperándome. Al principio había sido una amiga y una compañera de trabajo, pero sus conocimientos empresariales habían sido tan valiosos que había avanzado muy rápidamente.

Como de costumbre, estaba vestida perfectamente con un elegante atuendo de oficina. Sus habilidades para combinar la ropa eran tan acertadas que a menudo me preguntaba por qué no trabajaba en la industria de la moda en lugar de trabajar conmigo en TI.

"¿Lees alguna vez el Dallas Daily, Sammy?".

"Claro", contesté.

¿No lo hacía todo el mundo? Era el periódico de cotilleos y acontecimientos sociales por excelencia de la ciudad.

"Sí, pero ¿también prestas atención a los artículos o solo a los anuncios de los próximos eventos?".

Tenía una curiosa conexión personal con el Daily. En secreto, le atribuía el mérito de haberme ayudado a convertirme en la mujer que era hoy. Al fin y al cabo, así había conocido a mi marido.

"No sé si ya has leído esto". Vanessa dejó caer sobre mi mesa un número de periódico parecido a una revista, "pero creo que tenemos que tomarnos en serio la invitación a la Exposición MTC".

Levanté el periódico y no dejé escapar ni un suspiro. No miré con nostalgia al apuesto hombre que aparecía en la portada.

En lugar de eso, hojeé el periódico, eché un vistazo aquí y allá y me quedé paralizada.

Había una foto de Alex Stone. Esta vez suspiré. Vanessa nunca sabría la verdadera razón. Leí el artículo.

Fiestero, hombre de negocios, personaje enigmático de la ciudad, a menudo visto en compañía de famosas y bellas modelos, en realidad nunca se le había visto tener un interés romántico por nadie.

¿Por qué cada vez que hablaban de él tenían que incluir al menos un párrafo de especulación sobre su vida privada?

Yo sabía exactamente por qué se le veía con modelos sexys; por qué le importaba *un bledo* su mujer. De hecho, al contrario, sí que me importaba y más tarde, cuando me quedara sola, estrellaría aquel periódico contra la pared, sintiéndome impotente.

La mañana siguiente a la boda y después de haber tenido el mejor sexo de mi vida, se había ido. Desde entonces no le había vuelto a ver en persona.

Evitaba ir a conferencias si él estaba allí como ponente y siempre me había mantenido alejada de Foundation Network Communications.

"Somos peces pequeños en el mundo de las redes. Stone nunca perdería el tiempo con nosotros", comenté. Estaba convencida de que así era.

Alex siempre intentaba pescar peces más pequeños. Nosotros éramos un pececillo en un charco local cuando se trataba de cuota de mercado. Si Foundation Network Communications hubiera venido a por nosotros, no habríamos podido defendernos porque eran demasiado grandes.

"Yo no estaría tan segura de eso". Vanessa pasó la página y puso el dedo sobre una cita de Alex. Su uña roja, perfectamente cuidada, trazó un camino que mis ojos siguieron.

Queremos expandirnos a más nichos de mercado.

"Quiere expandirse a áreas que antes no estaban en su radar. ¿Sigues pensando que somos demasiado pequeños para atraer a los grandes?".

La miré. Sus labios se curvaron hacia un lado y sus ojos se abrieron de par en par tras sus gafas fucsia.

Confiaba más en su juicio que en el mío.

Cuando había fundado Eyes On Care, una plataforma online para encontrar canguros y niñeras, lo había hecho por desesperación. Tras año y medio de clases y trabajo a tiempo parcial en el bar, Michelle, mi jefa y segunda madre, me había despedido y se había marchado de la ciudad.

No había tenido más remedio.

Esperaba que su verdadera hija se diera cuenta de lo increíblemente afortunada que era por tener una madre así.

Michelle, por aquel entonces, estaba intentando vender la cafetería después de que el marido de su hija acabara de morir en un accidente de coche. Así que Michelle había dejado Dallas para ir a cuidar de ella y de sus nietos al otro lado del País en un momento muy triste de sus vidas.

En realidad no era un despido, ya que no trabajaba oficialmente para ella. Solo lo hacía para devolverle la confianza que siempre me había dado. Afortunadamente, gracias al acuerdo con Alex, tenía una situación económica muy buena que me cubría las tasas universitarias y todos los gastos, y también pude pagarme un piso pequeño, pero muy bonito.

Aunque me había sentido abandonada tras la marcha de Michelle, sabía que no era así.

Sabía lo que era el verdadero abandono. Había experimentado el miedo de no saber si mamá volvería en un día o en una semana.

¿Se quedaría con un nuevo hombre o sola?

Ella era la razón por la que me había apegado tanto a David. Era la única persona en la que confiaba y cuando me había dado la espalda, estaba prácticamente muerta por dentro. No, Michelle no me había abandonado, pero la echaba mucho de menos.

Sin ella, había necesitado desesperadamente a alguien que cuidara de Xander mientras yo iba a clase.

El campus tenía una guardería muy pequeña y no podían garantizar una plaza para mi hijo. El proyecto Eyes On Care había empezado con un folleto publicado en el tablón de anuncios.

Luego se había convertido en una página en una popular plataforma de medios sociales.

Al cabo de un año, Vanessa se había adelantado y había dicho que debíamos crear nuestra propia plataforma. Así que si ahora me decía que teníamos que empezar a prestar atención a lo que hacía Alex Stone, tenía que escucharla.

«Vale, ¿qué crees que deberíamos hacer?».

Vanessa me explicó cómo Eyes On Care podía aprovechar la conferencia que se iba a celebrar acercándose a la red de comunicaciones de la Fundación de Alex.

Su sugerencia no era jugar a huir de la empresa más grande, sino ir tras ellos. Ponernos en su camino y ver qué tipo de oferta podían hacernos.

Así nos habríamos puesto en posición de ataque. Habríamos tenido las de ganar.

"¿Preparamos una propuesta para hacerles en caso de que piquen el anzuelo?".

Vanessa se sentó en la silla frente a mi escritorio. "Creo que tenemos que pensar en varias formas en las que podrían decidirse a comprarnos. Si solo quieren comprarnos y dejarnos fuera del negocio, preparamos un plan para ello. Si quieren absorbernos e integrar nuestra tecnología en sus plataformas, preparamos otro".

"Y si quieren adquirirnos y mantenernos en funcionamiento, ya tendremos una idea de qué hacer".

"Exacto. Lo ideal sería que nos adquirieran y luego nos dejaran expandirnos más rápido de lo que podríamos crecer por nuestra cuenta. Ese debería ser nuestro objetivo principal".

Volví a leer el artículo. "Pero no dice que la Fundación Network Communications tenga planes de adquirir activamente empresas más pequeñas".

Vanessa se encogió de hombros.

"Por el momento, no. Pero Alex ha dicho que esa es la dirección que quiere tomar. Así que deberíamos interponernos en su camino y hacer que se fije en nosotros".

Se me apretó el estómago. No sabía si realmente quería llamar la atención de Alex Stone. La última vez que lo había hecho, no había salido exactamente como había planeado.

"¿Y si estuviéramos preparados para todos los escenarios pero ni siquiera nos echaran un vistazo?", exclamé.

Eso era algo que podía haber ocurrido.

Vanessa sonrió ampliamente mostrando sus preciosos dientes blancos, como los de un tiburón. No había perdido el tiempo en la Facultad de Informática y, tras trabajar conmigo durante un semestre en el desarrollo de Eyes On Care, se había licenciado en Económicas.

"Les interesará, y en ese caso aún tendremos propuestas que hacer. Con una pequeña reorganización de los datos y los gráficos, tenemos todo lo que necesitamos para ir a buscar inversores como ellos. En cualquier caso, será una situación en la que todos saldremos ganando y abrirá una serie de escenarios empresariales para los que deberíamos estar preparados".

"Pensando en el futuro", respondí.

"Sí de forma proactiva, no reactiva", replicó ella.

Puede que empezara ese negocio por desesperación, pero ha sido la previsión lo que nos ha llevado donde estamos.

Cuando Vanessa, Brad, Cindy, un segundo programador y yo nos graduamos, las cosas ya iban bien. De hecho, en aquel momento, a Eyes On Care le iba tan bien que la tentación de no terminar la universidad había sido muy real. Sin embargo, pensando en el futuro, habíamos terminado la carrera como plan de contingencia para poder encontrar trabajo en el futuro.

Ahora estábamos allí, años después, con un éxito que ninguna de nosotros habría imaginado, solo porque yo había necesitado una canguro y me había ofrecido a intercambiar servicios de canguro con otras estudiantes que habían sido madres.

ALEX

Revisé mi agenda de la semana. Sabía que tenía un puñado de reuniones programadas y quería asegurarme de dar a mis notas la importancia adecuada. Nada transmite más incompetencia que hablar con una empresa del sector tecnológico e informático sobre la explotación de su producto en un mercado completamente equivocado. Con tantas reuniones a la vez, tenía que controlar mis notas. No iba a presentarme a una de esas sin saber con quién estaba tratando o cuál era su producto.

Tenía una lista de nombres de empresas con las que reunirme y una pila de carpetas con direcciones de contacto. La primera empresa de la agenda se llamaba GIFU.com. Luego estaba Eyes On Care, pero no tenía notas ni información clara sobre ellos.

"Llámame Harper", le dije a Red por el interfono.

"Vale, enseguida", contestó.

"Alex, ¿qué puedo hacer por ti?".

"Mañana tengo una reunión con Eyes On Care. No hay ninguna nota al respecto. ¿Quiénes son esas personas y por qué tengo que ir a reunirme con ellos?".

"A ver qué puedo averiguar", contestó, y colgó.

Hojeé la documentación de GIFU.com, una pequeña empresa de redes móviles que ofrecía servicios de entrega a domicilio. Eran locales y, si eran realmente buenos en lo que hacían, podrían expandirse fácilmente a otras zonas. Tomé algunas notas que había escrito sobre ellos y empecé a mirar su sitio web. Para ser una empresa con .com en su nombre, su sitio era un desastre. La interfaz de usuario era horrible.

Mi smartphone empezó a vibrar un segundo antes de que sonara el tono de llamada y entonces la voz anunció que mi tío Roy estaba al teléfono.

"Alex", su voz llenó mi despacho.

Hice una mueca. Hacía más de cinco años que apenas había conseguido obligarle a jubilarse, pero eso no le había impedido volver a entrar en mi negocio.

"¿Por qué no estás en las Maldivas, o en algún lugar exótico por el estilo?", le pregunté.

"¿Y quién te ha dicho que no lo esté?", se rio entre dientes.

Cerré el asqueroso sitio web que estaba mirando, garabateé un gran NO en una nota adhesiva y la cerré de golpe sobre la carpeta de GIFU.com. Si lo hubiera sabido antes, me habría ahorrado una hora y media de trabajo. Habría pasado la reunión a otra persona de mi equipo y, si eran capaces de resucitar aquel desastre de empresa, habrían podido justificar el tiempo y el gasto. Por lo que a mí respecta, GIFU.com y Roy incluidos, podían haberse ido a la mierda.

Pero, por desgracia, esa no era una opción.

"¿Cómo se gestiona la directiva de expansión?", preguntó.

Cerré los ojos y respiré hondo. Ya no podía pretender participar en el día a día de mi empresa. Como miembro del consejo de administración, era perfectamente capaz de supervisar lo que ocurría. Si de mí hubiera dependido, le habría apartado de sus funciones de una vez por todas: no me gustaba que se entrometiera en el día a día de la empresa. No me gustaba que sus manos se entrometieran en mi trabajo.

Cuando me había escapado para casarme con aquella chica, había pensado que me había apuntado un gran tanto. Mi tío Roy y mi madre habían dicho que lo único que necesitaban para confiar en mí era que me casara.

No era la verdad, ni de lejos.

Roy se había jubilado, pero solo tras varios meses de luchas internas y después de amenazar con marcharse con el personal que formaba Foundation Network Communications. Al final había cedido, pero nunca se dio por vencido.

"Te informaré en la próxima reunión del consejo de administración", respondí con los dientes apretados.

Soltó una carcajada.

"Alex, ya puedes contármelo".

No bromeaba.

"No tengo tiempo de repasarlo todo contigo, Roy, no cuando te den un informe más detallado la semana que viene en la reunión del consejo".

"Sabes que me gusta saber lo que me van a contar para que no haya sorpresas en la reunión en sí".

"Roy, tengo un negocio que dirigir. Siempre te envío un orden del día antes de cada reunión. La semana que viene no será diferente".

"Llamada de Harper McKinnon", me anunció Red por la otra línea.

"Adiós, Roy", dije, terminando bruscamente la llamada. Lo siguiente que oí fue la voz de Harper.

"Tengo la información que querías. Thomas los conoció en la Exposición MTC. Parece bastante impresionado con ellos. Son una plataforma de redes para el cuidado de niños, como niñeras especializadas. Encajaría bien en nuestra estrategia general. Thomas también está convencido de que a ti también te impresionarán. La reunión con Sammy Cole y Vanessa Marche es mañana por la mañana en la sala de reuniones", dice.

"Eso me da algo con lo que trabajar. Hazme un favor. Si Thomas no está disponible, busca a alguien que pueda ir a la reunión de GIFU.com. Necesito que nuestros chicos vean su presentación y luego valoren si merece la pena ir, aunque me den asco".

"Parece que ya te has decidido", dijo riendo.

"No voy a decir nada. No quiero influir en la opinión de otra persona".

Se rió un poco más antes de terminar la llamada.

Inmediatamente después, fui al sitio web de Eyes On Care. Sin registro e inicio de sesión, no pude ver cómo funcionaba su plataforma. Sin embargo, la página introductoria y la sección "Sobre nosotros" eran muy explicativas.

No hacía falta ser un genio para ver cómo una colaboración con Eyes On Care sería mutuamente beneficiosa.

Una búsqueda rápida sobre el nombre Sammy Cole me proporcionó mucha información demasiado general, pero nada más. Demasiada gente tenía ese nombre. En cambio, la información sobre Vanessa Marche sonaba mucho a influencer de las redes sociales especializada en el mundo de la web.

No solo era la vicepresidenta de la empresa, sino aparentemente también su rostro.

Al final, me preparé lo mejor que pude, para estar lista a la mañana siguiente.

O eso creía...

Ninguna de mis investigaciones me había preparado para las mujeres que entraron en la sala de reuniones para conocerme. El problema eran mis prejuicios contra este tipo de empresas. Era evidente que los servicios de guardería no podían ser una actividad de lujo. Entonces, ¿por qué esperaba que Sammy fuera un hombre?

"Sr. Stone, gracias por reunirse con nosotros. ¿Nos acompañará su colega Thomas?".

Vanessa era tal y como aparecía en todas sus fotos. Estaba bien peinada, con un fuerte toque de elegancia y predilección por el fucsia.

Cuando miré a la otra mujer, me pareció haberla visto antes.

Sammy Cole se situó ligeramente detrás de Vanessa, dejando claramente que la otra mujer tomara la iniciativa. Era muy discreta y tímida, en contraste con los colores brillantes y la actitud franca de Vanessa.

Llevaba el pelo oscuro retirado de la cara, pero le caía en ondas sobre los hombros. Y su mirada, aguda y brillante, captaba todo lo que se ocultaba tras aquella apariencia ingenua. Bastaron unos segundos después de conocerla para darme cuenta de que estaba perdido.

No tenía ninguna posibilidad de ser coherente después de ver el resto de ella. Era sexy y había algo familiar en ella. Como si la conociera desde hacía mucho tiempo.

"Es un placer conoceros. ¿Queréis tomar algo? ¿Un café?", dije.

"No, pero gracias", respondió Sammy.

Su voz era embriagadora. Necesitaba a otra persona en aquella reunión inmediatamente. No es que no supiera tratar con mujeres atractivas. De repente me sentí abrumado por aquella mujer en particular, de una forma que no podía decir que hubiera experimentado antes. Necesitaba refuerzos, simplemente para no olvidar algo importante durante la reunión.

"Voy a ver si Thomas se une a nosotros", dije como excusa para salir de la sala.

Doblé la esquina, me dirigí a una zona de descanso vacía y marqué el número de Harper.

"¿No deberías estar en una reunión ahora mismo?".

"Sí".

Hice una pausa para pensar qué más debía decir. No había forma de decirle: "Envía ayuda". Era un hombre adulto y estaba reaccionando ante aquella mujer como un adolescente hambriento de sexo. Entonces continué. "Creo que esta presentación necesita una segunda persona para que me dé otra opinión. ¿Estáis tú o Thomas disponibles?"

"Thomas estaba con la gente de GIFU.com y no para de mandarme mensajes. Por lo visto, soy un auténtico desastre y le debe un favor. En cualquier caso, ya está de vuelta. Hoy trabajo a distancia. Vuelve a tu reunión, le enviaré a él o a otra persona en diez minutos o menos".

"Harper, eres una bendición".

"Te lo recordaré cuando llegue el momento de darme un aumento", dijo poniendo fin a la llamada.

Menos de diez minutos después, Thomas irrumpió en la sala de reuniones.

"Siento mucho haberos hecho esperar. Me alegro de que Alex me quiera aquí. Estoy deseando participar".

Su presentación en PowerPoint no tardó en engancharme, sobre todo en lo que se refiere a cómo Foundation Network Communications podría beneficiarse de una asociación con ellos. También me impresionó mucho cómo había surgido su idea de empresa, todo lo cual no figuraba en su sitio web, y dejé a un lado mi atracción por la mujer que también era la directora general. Aquella chica era brillante.

Como si necesitara ser aún más perfecta de lo que yo ya pensaba.

SAMMY

No sabía cómo lo estaba haciendo, pero lo estaba logrando. Nadie sabía que Alex Stone y yo teníamos un pasado que nos unía. Incluido él.

Al principio pensé que interrumpiría nuestra presentación inicial y me llamaría la atención. Esperaba que se volviera hacia mí y me preguntara qué creía que estaba haciendo allí. Pero no lo hizo. Y, en los correos electrónicos de seguimiento de la semana pasada, no pareció reconocerme. Ni un solo mensaje llamándome Abigail ni mencionando ninguna situación.

Sabía que yo había cambiado, pero ¿realmente era tan diferente? Tenía el pelo más largo y había dejado de decolorármelo, así que era moreno. Tener un hijo también había cambiado un poco mi forma. Mis caderas eran un poco más anchas, pero todo lo demás era igual, quizá incluso un poco más sexy que antes.

Al final la presentación fue más que bien y días después volvió a llamar.

También empecé a pensar que Alex sabía quién era yo, pero actuaba como si no lo supiera. Suponiendo que tuviera sus razones, no iba a decirle que era yo. E incluso si me hubiera preguntado abiertamente por qué no le había dicho nada, habría encontrado una solución cuando llegara el momento.

Ya me estresaba tener que reunirme con él a solas.

Estar en compañía de Alex Stone era una situación potencialmente peligrosa. Por supuesto, se trataba de una reunión de negocios y esta vez no habría alcohol de por medio.

Aparqué y me senté un momento en el coche. Suspiré mientras sacaba la bolsa del portátil y la colocaba sobre mi regazo.

"Lo va a conseguir", me dije mientras me miraba en el espejo de la visera. Me pasé una barra de labios color melocotón por los labios. A diferencia de Vanessa, que solo llevaba pintalabios fucsia, yo solo quería un toque de color para no parecer tan cansada como me sentía.

Al entrar en el edificio, me envolvió el aire fresco.

"Tengo una cita con Alex Stone", dije a la recepcionista.

"Sube en los ascensores a la décima planta, le diré que te espere".

¿Décima planta? Aquél debía de ser su despacho.

Cuando Vanessa y yo habíamos acudido a la presentación, nos habían llevado a una sala de reuniones de la segunda planta. Cuando las puertas del ascensor se cerraron y este empezó a subir, los nervios bailaron por mi cuerpo.

Las puertas se abrieron con un tintineo y salí.

"Sammy".

Tragué saliva. Había algo absolutamente perfecto en la forma en que Alex pronunciaba mi nombre. Se me escapó una risita histérica al pensar en cómo en el pasado no había pronunciado mi nombre completo, Abigail-Sam.

Después de casarme, había abandonado aquel nombre tan complicado.

Ya no era la chica que años atrás se había aferrado a un novio narcisista para escapar de una vida familiar llena de problemas. David era demasiado formal. Me di cuenta de que era su forma de comportarse y de adoptar posturas, como si él fuera más importante que los demás.

Si alguien utilizaba diminutivos, se enfadaba. Así que siempre me llamaba por mi nombre completo.

De niña, mi madre utilizaba mi nombre completo, Abigail-Samantha Teresa Cole, solo cuando tenía que reñirme. Sammy había sido mi nombre durante la mayor parte de mi vida, y entonces había conocido a David. Fue él quien me había convencido de que usara mi nombre completo como debía hacer una adulta. Estar con David me había hecho sentir realmente adulta.

Yo era la persona madura en nuestra relación. Yo pagaba las facturas, asumía toda la responsabilidad. Una vez terminada mi relación con él, había acabado con aquel nombre que siempre había sido tan molesto de escribir y de pronunciar para la gente.

Volver a llamarme Sammy había sido un poco como volver a mí misma.

El concepto de sentirse en paz, relajada como cuando estás en casa, me era ajeno. El hogar nunca había sido un lugar seguro al que quisiera volver.

Cuando Alex pronunció mi nombre, comprendí lo que se sentía cuando los planetas se alineaban y los ángeles cantaban.

Me volví y le sonreí.

"No te importa que te llame por tu nombre de pila, ¿verdad?".

Entonces me tendió la mano.

Cuando rodeó la mía con sus dedos, sentí calor. Habría sido mejor si hubiera alejado el recuerdo de lo que sus manos habían hecho en mi cuerpo.

"Bueno, ese es mi nombre. ¿Por qué iba a importarme?

Se me retorció el estómago: ¿estaba a punto de echarme un farol? ¿Iba a preguntarme por qué ya no me llamaba Abigail?

"Puedes llamarme Alex".

Me enjugué la frente.

"Menos mal. Ya que eso es lo que he estado escribiendo en los correos electrónicos toda la semana. Imagínate la vergüenza que pasaría si te llamara Kent".

"¿Kent?" Sus labios se torcieron hacia un lado en una media sonrisa.

Me encogí de hombros y entré en pánico: era el primer nombre que me había venido a la cabeza.

"¿No me digas que te llamas Kent de verdad?".

Negó con la cabeza. "No, en absoluto. ¿No lo crees?"

Extendió el brazo, indicándome la dirección en la que debía caminar.

Pasamos junto a un gran escritorio de arce y me condujo a su despacho. El mío no se parecía en nada al lujo en el que llevaba sus negocios. Era el tipo de espacio grande con ventanas del suelo al techo que se ve en las películas en las que hay un director de empresa.

Nunca aparecían en un pequeño despacho del tamaño de un retrete, con ventanas que daban a un patio destartalado. Esos despachos siempre estaban reservados a altos ejecutivos o investigadores privados en los telefilmes.

Me dirigí hacia las sillas y la mesa del centro del despacho. Mi otra opción era dirigirme hacia su escritorio. Sentarme frente a él mientras hablaba de números y datos me habría parecido demasiado raro, como si tuviera problemas y debiera reunirme con el director de la escuela.

"¿Quieres beber algo?", me preguntó Alex cuando tomé asiento y saqué mi ordenador.

"Agua, gracias", respondí.

Me sirvió agua fría, agitando el vaso que sostenía.

"Guarda el portátil. Puedo consultar los datos en un correo electrónico. Me gustaría hablar contigo, hacerme una idea de la empresa".

"¿No es para eso para lo que sirven los datos?".

Me pasó el vaso con los cubitos de hielo y el agua antes de sentarse en la silla junto a mí, no enfrente. Estábamos prácticamente pegados. Estaba demasiado cerca para mi comodidad.

Me giré para mirarle a la cara.

"Entonces, ¿hablamos un poco y te mando el resto por correo electrónico?".

"Eso estaría bien", respondió.

Al decir esto me rozó con la mano, tal vez accidentalmente, tal vez no, e inmediatamente se me erizaron los vellos de los brazos mientras un cosquilleo me recorría la espalda y la nuca. Me estremecí.

Alex alargó la mano y me tocó el brazo.

"¿Tienes demasiado frío? Ajustaré el aire acondicionado".

"No te preocupes. No pasa nada".

"Vale, ahora Sammy, háblame de ti y de cómo se te ocurrió lo de Eyes On Care".

Me mordí el labio al darme cuenta de que de repente me sentía muy a gusto con él.

"Bueno, la historia de la empresa está en nuestra página web. Estoy convencida de que antes de nuestro primer encuentro leíste todo lo que pudiste encontrar sobre nosotros".

"¿Estás convencida?" Su ceño se frunció y sus cejas se arquearon.

Me eché a reír. "No llegaste donde estás sin investigar sobre las empresas a las que invitas a las presentaciones. Igual que yo te investigué a ti. Al fin y al cabo, fue un artículo que encontré por casualidad en el que se decía que querías ampliar tu negocio a nichos de mercado lo que desencadenó la idea que me trajo aquí".

"Parece que sabes más de mí que yo de ti". Sinceramente, no podía imaginar cuánto. "Déjame invitarte a cenar. Dame la oportunidad de conocerte mejor".

Me quedé helada y jadeé. Alex Stone acababa de invitarme a salir. No por una cita, sino por negocios.

"¿Siempre invitas a cenar a otros directores generales para conocerlos mejor?", dije, burlándome de él, mientras mi mirada iba de sus ojos a sus labios.

Los recordaba demasiado bien. Antes de permitirme el lujo de seguir mirándolos fijamente, volví a levantar la vista para encontrarme con su mirada, pero el daño ya estaba hecho. Se había dado cuenta de que me había detenido en su boca.

Una sonrisa cómplice dibujó en sus labios una mueca muy sexy.

"Vamos, Sammy, acepta la invitación", dijo. Su voz retumbó en mi pecho.

"No has respondido a mi pregunta, Alex".

"He tenido cenas de negocios en el pasado. Cenar contigo es algo que creo que es importante para los dos".

"Vale, entonces cenaré contigo. ¿Nos acompañará alguien más? Al fin y al cabo, es una cena de negocios", cedí.

Sacudió ligeramente la cabeza.

"No, no vendrá nadie. ¿Algún problema?"

El desafío en sus ojos era muy claro.

Claro que sería un problema. ¿Cómo podía esperar que me concentrara en los negocios si me pasaba la mitad del tiempo aterrorizada ante la posibilidad de que me dijera que sabía quién era y que no había forma de que nuestras empresas pudieran trabajar juntas? Además, la otra mitad del tiempo la habría pasado cortejando al hombre que supuestamente era mi marido. Era un perfecto desconocido que me resultaba irresistiblemente atractivo.

Definitivamente, debería haberle dicho que sí, que sería un problema, pero en lugar de eso le

dije: "No hay problema. Estoy deseando continuar nuestra conversación durante la cena.

ALEX

«He hecho una reserva a nombre de Stone», dije al entrar en el restaurante.

El maître confirmó la prenotación y luego me preguntó si prefería esperar a mi huésped o si quería sentarme. Si se trataba de negocios, se consideraría descortés adelantarse y tomar asiento, pero no inapropiado. Sammy podía tener otras ideas sobre la velada, pero por lo que a mí respecta, se trataba sin duda de una cita. En ese caso, sentarme antes de que llegara habría sido una mala jugada.

Tenía la intención de hablar de todo sin tocar nunca el tema de los negocios. Quería beber vino, disfrutar de una buena comida y pasar la velada con la bella Sammy Cole.

No podía encontrar más información sobre ella aparte de la que aparecía en el sitio web de Eyes On Care. Quería saberlo todo sobre ella, desde qué la hacía sonreír hasta qué música escuchaba cuando estaba triste.

¿Era una mujer de chocolate negro o de chocolate con leche? ¿Bebía vino tinto o chardonnay en la bañera?

En cuanto a los negocios, ya le había enviado a Harper el PowerPoint y las hojas de cálculo para que las analizara. Tenía entendido que Foundations Network Communications trabajaría con Eyes On Care. No me importaba cómo se hiciera, con tal de que ocurriera. Cualquier cosa con tal de tener una excusa para tener a Sammy cerca.

Consulté mi reloj Omega. Debería haber insistido en recogerla.

"No es una cita, Alex", había dicho cuando se lo propuse. «Nunca recogerías a un director general *masculino* en casa, ¿verdad?».

"En ese caso enviaría un coche a recogerle", le había contestado.

Tenía razón: nunca recogería a colegas masculinos. Me importaba un bledo su vida privada, sus gustos musicales y, por Dios, ni siquiera quería saber si alguno de ellos tomaba baños turcos.

No me gustaba esperar junto a la entrada, me hacía parecer impaciente y me colocaba en una posición de poder. Tenía que mantener el control de la velada, de lo contrario habríamos acabado hablando de la trayectoria de crecimiento y del rendimiento de los flujos publicitarios.

Ante el hecho de que se trataba de una cena de negocios, pero que en realidad era una cita para mí y que, por tanto, tendría que acompañar a Sammy a la mesa, apreté los dientes y acepté la

situación. No tenía más remedio que esperar.

Afortunadamente, no me hizo esperar mucho.

"¿Llego tarde?", me preguntó con aire cómplice.

"No tanto", respondí. De hecho, llegaba 15 minutos tarde.

"¿Nos vamos?", dije, haciendo un gesto al maître para que nos llevara a nuestra mesa.

Sammy era pura cortesía y sonrisas. La seguí y disfruté de la vista mientras nos dirigíamos a nuestros asientos. Me aclaré la garganta y ajusté la mirada mientras ella tomaba asiento.

"¿Has estado aquí antes? Yo no. ¿Qué me recomiendas que pida?". Ni siquiera miró el menú antes de preguntarme.

Llegó un camarero y pedí vino para los dos.

Ella ladeó la cabeza y entrecerró los ojos mirándome. "¿Vino? Creía que no era una velada tan informal".

El camarero se detuvo y me miró interrogante.

"Me gusta beber vino en la cena. Eso no lo hace menos oficial. No te preocupes, no te juzgaré si bebes un vaso o dos. Sin presiones".

Su risa era aguda y cortante. "De momento tomaré agua con gas y lima". El camarero se marchó. "¿Qué crees que podrías averiguar en la cena que yo no estaría dispuesta a discutir en tu despacho?", dijo, poniéndose rápidamente a la defensiva.

No se trataba de una estratagema para engañarla o robarle quién sabe qué secreto.

Estaba claro que estaba muy nerviosa.

"Bueno, por ejemplo, en mi despacho no creo que me hubiera enterado de que prefieres el agua con gas al vino".

Una sonrisa iluminó su rostro. Su nariz se levantó y sus mejillas se redondearon. Era adorable. No había nada de malo en pensar eso, porque había dejado todo pensamiento de trabajo en la oficina. La velada iba a ser íntima y completamente informal.

"No he dicho que lo prefiera. Pero emborracharse durante una cena de negocios como ésta no sería ni inteligente ni elegante".

"Usted, señora, debo admitirlo, es sin duda una persona con mucha clase", le dije.

Así que mi estrategia tenía que cambiar. La velada no terminaría con ella en mis brazos. Iba a tener que jugármela durante mucho tiempo para domarla. Algo en mi pecho me decía que era una decisión inteligente.

"Ahora sé que, además de ser una pensadora innovadora, también tienes sentido de la modestia. Algo que no habría captado necesariamente al otro lado de la mesa de una sala de juntas", añadí.

El camarero volvió.

"Vaya, ni siquiera he mirado el menú. ¿Qué me recomiendas?", preguntó al camarero.

Observé cómo hablaban de una variedad de cortes y preparaciones. Cuando conversaba con una persona, estaba totalmente comprometida. Quizá fue eso lo que me atrajo de ella. También era sorprendentemente guapa, al menos a mis ojos.

Un tema incómodo, una acción inapropiada hacia ella, podrían haber cambiado fácilmente la suerte de la velada. Cada vez que le enviaba un e-mail, hablaba con ella por teléfono, siempre quería saber más y conocerla mejor. Ver cómo pedía su filete a un camarero me mostró cómo trataba a la gente.

Finalmente, hizo una pausa, intentando decidir entre dos opciones distintas.

"¿Por qué no cogemos los dos?", le dije. "Cuando nos los traigan, puedes decidir cuál te parece mejor y yo me quedo con el otro".

"¿De verdad? ¿Harías eso?", preguntó.

"¿Por qué no? Aquí todo parece saber muy bien. De ese modo no tendré que mirar el menú y elegir".

Se volvió hacia el camarero con una sonrisa.

"Entonces supongo que tomaremos las dos cosas. Y vale, vamos, tomaré vino tinto, lo que tú sugieras", dijo mirándome.

"Me parece bien", contesté. "Entonces, ¿vino con la cena?"

"Más exactamente, vino con la comida".

Me senté y sonreí.

"Ya ves, ya he aprendido mucho sobre ti y solo hemos hecho un pedido".

"Me parece un buen punto".

Dio un leve suspiro y se relajó.

Sabía que mi encanto no tardaría en conquistarla.

"¿Qué quieres saber de mí, Alex?".

"¿Hasta qué punto puedo llegar a ser personal?", le pregunté.

"Me reservaré el derecho a no responderte y si haces una sola pregunta sobre mi ropa interior me largaré de aquí y la Fundación Network Communications no volverá a trabajar con Eyes on Care".

Ahogué un silbido entre los dientes.

"Parece que esto ya te ha pasado antes".

"Ocurre muy a menudo. Los hombres de negocios me echan un vistazo a mí o a Vanessa y hacen una larga lista de comentarios completamente inapropiados, sexistas y simplemente groseros".

Bebí un sorbo de vino. Sabía exactamente de qué estaba hablando. Sabía que cuando la había visto con Vanessa, yo también había tenido pensamientos poco profesionales. Al menos había sido lo bastante inteligente como para mantener la boca cerrada.

"Háblame de una de esas consideraciones que suelen hacer cuando te ven".

Ella frunció el ceño y resopló.

"Una de las más comunes es que no es posible que fuera yo quien creara el modelo de negocio inicial, sino que lo copié de otra persona, y luego que de algún modo soy demasiado joven y demasiado guapa para haber pensado en hacer de canguro".

No dije nada. Me limité a asentir, animándola a continuar.

"Empecé por una necesidad real de tener una niñera asequible que me permitiera acudir a las clases".

"¿Así que ese de las fotos es tu bebé?".

Me ajusté la corbata y me senté un poco más erguido. ¿Había cometido el error de novato de sentirme atraído por una mujer casada?

Ella asintió.

"Es mi hijo. Mi... madre tuvo que trasladarse de repente al otro extremo del País para ayudar a su hija y yo necesitaba ayuda desesperadamente para poder atender a mis clases."

"Pero, entonces, no era tu madre".

"Sí, no era exactamente mi madre. Me alejé de mi familia biológica y entonces Michelle fue mi madre durante un tiempo. En realidad era mi jefa. Y cuando de repente me quedé embarazada, fue ella quien me apoyó para que no abandonara los estudios. Y en cuanto a tu siguiente pregunta, la figura paterna nunca estuvo presente". Hizo una pausa y adoptó una expresión pensativa. "Ni siquiera sabe nada de Xan".

"¿Xan?", pregunté.

Se volvió y cogió su teléfono móvil. Me enseñó la foto de un niño de pelo rubio y ojos grandes.

"Este es mi hombrecito, Xander".

A Sammy le brillaban los ojos al hablar de su hijo.

"Déjame adivinar, lo siguiente que piensan cuando te conocen es que un hombre fundó la empresa en vez de tú".

Sonrió y empezó a aplaudir.

"Bravo. Para ellos, una mujer no puede fundar una empresa así". Volvió a suspirar. "Vanessa y yo diseñamos juntas la primera versión de la plataforma, que seguimos utilizando. Luego, contratamos a dos programadores de gran talento que pudieron dedicar todo su tiempo a hacerla funcionar, mientras ella y yo nos ocupábamos de todas las demás cosas que necesita un modelo de negocio en red."

"Hablas de Vanessa como si fuera una socia. Había pensado que Eyes On Care era una empresa unipersonal contigo como único propietario".

Sammy asintió: "Exacto. Vanessa no quería tener que lidiar con la carga fiscal. Ella gana un porcentaje, al igual que mis dos programadores. Llevamos juntos desde antes de la graduación".

Me pasé toda la velada escuchando su historia.

Podría haberla echo por toda la noche.

SAMMY

No dejaba de sonreírme. No importaba si estaba hablando, comiendo o haciendo cualquier otra cosa.

Bebí un sorbo de vino y le di un mordisco al filete. Era excepcional.

Me miró directamente a los ojos antes de beber.

"Así que ahora no estás ni casada ni prometida".

Listo, lo había conseguido. Ahora me preguntaba si lo había hecho para pillarme o para ver si le había mencionado que estábamos casados y cómo lo había hecho.

"Y tú, ¿vas a hablarme de ti?", le pregunté.

"Me temo que mi vida privada está en Internet más de lo que me gustaría".

"¿Me estás diciendo que prefieres que te busque en la red? ¿Y si me encuentro con algún escándalo e intriga secreta?".

Se reclinó en la silla y esbozó una amplia sonrisa.

"Te aseguro que todo es verdad. El matrimonio secreto...".

Ahí se me cerraron las tripas. Me paralicé. Alex estaba a punto de soltarlo. Estaba a punto de decirme que me conocía por otro nombre, que me había pagado para que fuera su esposa, que siempre estaba fuera trabajando y que yo era peor que una cazafortunas. Además de toda la historia de que me había pagado con cheques mensuales regulares. Luego continuó.

"Los coches de carreras, la detención en Dubai por exhibicionismo con la hija de un jeque, el robo de enormes piedras preciosas. Lo admito todo".

"Ahora me estás tomando el pelo", dije exasperada.

Hizo una mueca y se echó a reír.

"Bueno, ya sabes que, efectivamente, me detuvieron en Dubai, pero ninguna hija de jeque cayó en desgracia".

"¿Y lo de robar piedras preciosas?"

"Es broma, pero cuando entras por primera vez en mi casa encuentras una geoda de amatista muy

grande".

Volví a fijarme en sus labios. Me lamí los míos.

"Me gustan mucho las amatistas. El púrpura es un color precioso", dije.

"¿Por qué no me cuentas algo sobre ti que yo no sepa?".

"Bueno, es una cena de negocios, así que no puedo decir cosas demasiado personales", contesté.

"Oye, he admitido que me detuvieron en un país extranjero".

"Pero son cosas que me contaste sin que te preguntara. Después de todo, me dijiste que debía confiar en Internet para investigar sobre ti".

Respiró hondo, su ancho pecho se agitó, apretando los botones de sus pectorales. Le estaba mirando demasiado para una cena de negocios. Si había que regañar a alguien, era a mí.

"Pues tienes razón. De todos modos, Sammy, estoy disfrutando mucho de esta cena contigo".

"Gracias. Yo también estoy pasando una velada muy agradable".

"¿Lo dices para complacerme o realmente lo estás pasando bien?".

Hice una pausa a medio bocado y asentí. Me miró fijamente a los labios mientras pensaba qué hacer a continuación. Esto ya no era una cena de negocios para conocer mejor a un posible socio. Era un reto. Había llegado el momento de devolverle el golpe.

"Me confundiste con alguien que sabe jugar. Yo no actúo, Alex".

Se apoyó en los codos.

"¿Ni siquiera un poco al ajedrez?".

"Bueno, esos sí, me encanta el ajedrez. Déjame adivinar, la cena fue simplemente tu movimiento de apertura. Querías ver cómo reaccionaba. Peón a peón, ¿no?"

"Eres muy perspicaz, Sammy".

"Entonces, ¿qué tal si me dices ahora mismo qué quieres de mí?". Estaba más que dispuesto a ir directo al grano. Puede que su ego estuviera magullado, pero ninguno de los dos habíamos hecho nada que le molestara demasiado. Sí, me había cambiado el nombre. Si eso era lo que quería oír.

"Quiero saber, por ejemplo, cuál es tu color favorito, Sammy".

"No. Quieres difuminar la línea que separa los negocios de lo personal", dije.

Se encogió de hombros. Negocios y personal. ¿No podemos tener las dos cosas? ¿Puedes mantener separados los negocios y la vida personal?".

sonreí.

"En realidad, creé un negocio basado únicamente en mi vida personal. Era una madre soltera que necesitaba cuidar de su hijo. No puedo decir por experiencia personal si es posible separar ambas cosas".

Alex inclinó la cabeza hacia un lado, con un pequeño encogimiento de hombros me miró. Al principio no supe si esperaba que siguiera hablando o si intentaba leerme el pensamiento.

Decidí mirarle fijamente. Si no había nada que añadir, ¿quién era yo para estropear aquel momento?

De repente, el rostro de Alex se relajó. Su frente se distendió. Las finas líneas de las comisuras de sus ojos se suavizaron mientras su sonrisa se fundía en mis ojos. Era realmente hermoso.

Aproveché aquel momento para buscar algo del rostro de Xander. Mi pequeño tenía la frente cuadrada y fuerte de su padre. Los ojos de Xander tenían un color parecido al suyo, aunque un poco más claro.

Era extraño ver a Alex con tanto detalle.

Nunca había tenido la oportunidad de admirarle así. Ni siquiera en nuestra nefasta noche de bodas. Y las fotos, tantas como había visto, desde luego no le hacían justicia.

Ya no era ni siquiera una especie de desafío. Creo que ambos lo comprendimos. Ninguno de los dos se movió, no queriendo interrumpir aquel momento perfecto.

"Señores, ¿todo ha ido bien? ¿Les traigo más vino? ¿Postre?"

La magia se había roto. Miré al camarero.

"Eh... sí, ¿qué tipo de postres tienen?", pregunté avergonzada.

Enumeró lo que parecían postres clásicos de restaurante: tarta de chocolate negro, un brownie con helado y una tarta de nata con vainilla. Nada me atraía en aquel momento excepto... *él*.

Negué con la cabeza. "Creo que paso".

Dije que no incluso cuando me ofreció café.

"¿Tan ansiosa estás por dejar mi compañía?". La voz de Alex retumbó como un trueno.

"Creo que lo sabes muy bien. Tengo una niñera con la que volver y un niño al que acostar. Se sabe que el pequeño nunca coopera cuando llega la hora de acostarse".

"Lo comprendo, pero... Sammy, me gustaría volver a verte y no para una cena de negocios".

Sonreí avergonzada y de repente no pude mirarle a los ojos.

Asentí: "Me gustaría. Creo que con el tiempo podría separar mi vida profesional de la privada".

No podía creer que hubiera aceptado salir con él. Era un tipo desastroso, estaba casado pero no sabía que yo lo sabía. Por supuesto, estaba casado *conmigo*.

"¿El viernes por la noche? Te recogeré esta vez".

"Me encantará volver a verte. Buenas noches, Alex".

No sé cómo encontré fuerzas para levantarme e irme, pero lo hice.

Cuando llegué a casa, Xander estaba dormido y quedé con la niñera, Dana, para el viernes

siguiente por la noche.

Durante los días siguientes, en el trabajo, me sentí muy eufórica. No le dije a Vanessa que iba a salir con Alex. Probablemente debería haberle preguntado cómo debíamos comportarnos el uno con el otro. No éramos competidores, pero tampoco socios.

Esta vez, para nuestra cita, me vestí de forma más informal. No era una cena de negocios, así que me puse algo más deportivo. Alex había dicho que quería saber cuál era mi color favorito, así que me aseguré de llevar una camiseta púrpura.

Sonó el timbre y de repente me sentí nerviosa.

Xander corrió hacia la puerta chillando. Siempre estaba emocionado por ver quién había al otro lado.

Lo cogí en brazos.

"Lo siento, señora Sammy, se me ha escapado", dijo Dana.

"¿Vemos quién es?", dije.

Abrí la puerta y vi a un Alex sonriente. Di un paso atrás, invitándole a entrar.

"Alex, este es mi hijo".

Casi me atraganto. Iba a salirme con la mía diciendo "nuestro hijo", pero esa era una conversación para otro momento.

Xander forcejeó y volví a dejarlo en el suelo. Alex lo vio salir corriendo.

"No estaba segura de cómo vestirme; espero que esto esté bien". Señalé mi ropa. Llevaba un vestido corto morado con dibujos y pedrería en los hombros, sobre vaqueros ajustados y sandalias.

Alex dejó que su mirada se deslizara sobre mí.

"Estás estupenda".

Me mordí el labio y le seguí hasta el coche. Admiré cómo sus vaqueros le envolvían el trasero y los muslos. Aquel hombre seguía teniendo el mismo físico de dios griego que tenía cuando nos casamos. Definitivamente seguía teniendo aquellos abdominales que yo recordaba tan bien de hacía seis años.

"Creía que los playboys multimillonarios conducían bonitos deportivos italianos, no todoterrenos", me burlé de él mientras subía al asiento del copiloto.

Tuve que esperar a que se sentara en el del conductor para que me contestara.

"También tengo coches deportivos. Si lo prefieres, podemos volver a mi casa y coger otro".

Negué con la cabeza. "Supongo que esperaba algo más llamativo. Quizá volver a tu casa en nuestra primera cita no sería tan buena idea".

"No descartes la idea tan rápidamente. No sabemos cómo acabará esta noche".

La primera vez que habíamos estado juntos me había quedado embarazada. No estaba dispuesta a repetir algo así.

"Tengo un hijo en casa esperándome. No creo que la noche termine en tu casa. Además, ¿no vives con nadie?".

"Con nadie. Vivo solo. Antes tenía un asistente personal llamado Red que vivía conmigo, hacía todo lo que necesitaba, como lo que tiene Batman. Luego, hace dos años, se casó y se mudó a Canadá. No he encontrado a nadie que lo sustituya, así que por ahora vivo solo".

Respiré hondo. Me preocupaba que el ayudante de Alex pudiera reconocerme en el futuro.

Después de todo, fue él quien me había contratado y me había conseguido el vestido de novia. Era bueno saber que a Red le iba bien, pero era mejor evitarle, pues podría revelar quién era yo.

ALEX

El cuerpo de Sammy estaba caliente entre mis brazos y, de algún modo, me resultaba familiar. Besarla era algo que no había experimentado nunca y, al mismo tiempo, sentía como si hubiera estado besándola desde siempre. Nuestros labios se entrelazaron, bailaron y se fundieron.

Enhebré los dedos en su masa de pelo, sujetándola contra mí. No es que necesitara que la sujetara, sino que se había enrollado bastante a mi alrededor y la empujé contra el lateral de mi todoterreno.

Se apartó con un fuerte suspiro. Sus dedos recorrieron mi torso y se engancharon a mi cinturón.

"No puedo invitarte a entrar", dijo.

Gruñí en la garganta. Era incapaz de expresar mi decepción. Por mucho que la odiara, la comprendía.

Le aparté la mano. Estaba tocándome peligrosamente muy cerca de mi polla. Me miró un momento y luego hizo un mohín. Le devolví la mirada y seguí sujetando su mano con la mía.

"Será mejor que entres", conseguí decir.

Ella vaciló, manteniendo su cuerpo pegado al mío. Luego dio un paso atrás. Le puse las manos en los brazos y la empujé hacia atrás para que diera otro paso. Sujeté sus brazos un segundo más de lo necesario. En mi cerebro se libraba una guerra entre hacer lo necesario o seguir mis hormonas e instintos sexuales. Finalmente, conseguí soltarla y apartar las manos de ella.

"¿Quizá la próxima vez podamos planearlo con más tiempo?". Tenía la garganta seca y las palabras desesperadas.

Ella se mordió el labio inferior y asintió.

Permanecí en mi asiento como anclado al suelo y la observé darse la vuelta y caminar hacia su casa. Sus caderas se balanceaban con un movimiento muy atractivo. Cada uno de sus pasos era una invitación a tocar su cuerpo. Mi polla palpitaba, respondiendo a la llamada de sus movimientos.

Apreté los dientes y respiré con dificultad. Solo cuando me saludó con la mano y la puerta se cerró con ella al otro lado, me permití moverme.

Subí al coche y agarré el volante hasta que se me pusieron blancos los nudillos.

Mi móvil vibró. Lo miré antes de apoyarlo en el soporte del salpicadero. Una sonrisa involuntaria se apoderó de mi rostro.

He pasado una velada agradable. ¿Cuánto tardarás en volver a invitarme a salir?

Sammy me había enviado un mensaje.

Inmediatamente pulsé el botón de llamada.

"Aún no he arrancado el coche, todavía puedo entrar en tu casa", protesté burlonamente.

"Bueno, Dana, la niñera, sigue aquí y quería reservarla para otra noche contigo".

"¿Ah, sí? Estupendo, ya que me gustaría volver a verte lo antes posible".

Les oí hablar con Dana antes de que volviera a hablar conmigo.

"Ella está libre para el domingo, pero yo no puedo. ¿Qué tal el lunes por la noche?"

No necesité mirar mi agenda para saber que el lunes por la noche sería imposible. "El lunes a última hora es la reunión de la junta. ¿Qué tal el martes o el miércoles?" No quería esperar una semana entera ni verla solo los fines de semana. Había despertado algo en lo más profundo de mí y mis hormonas se habían disparado. Quería volver a verla cuanto antes.

"El miércoles está bien", anunció Sammy.

La polla se me erizó dentro del pantalón. Supongo que su confirmación me había hecho más feliz de lo que pensaba. Me removí en el asiento, colocando las cosas en su sitio mientras acordábamos la hora y si quedaríamos en algún sitio o si debía recogerla.

Como ambos íbamos a estar en el centro por trabajo, decidimos que lo mejor sería quedar en algún sitio. Aunque esto significaba que no la llevaría en coche a casa ni me besaría en su jardín, tenía muchas ganas de volver a verla.

Una vez fijada nuestra cita y planeado todo, terminé la llamada a regañadientes.

Me quedé mirando la puerta de su casa durante un largo minuto antes de ponerme en marcha y dirigirme a casa. Mi teléfono vibró. Lo miré. Otro mensaje de Sammy.

Me pedía que lo contestara cuando llegara a casa. Cuando llegué, le contesté que todo iba bien y que me iba a dar una ducha fría.

Me contestó con una emoji sonrojada.

El fin de semana se alargó sin descanso. Evité las llamadas de mi madre y Roy. Querían hablar de negocios; podrían haberlo hecho el lunes por la noche en la reunión del consejo. Me encontré esperando una llamada o un mensaje de Sammy.

El domingo fue más o menos como el sábado, mientras intentaba encontrar algo que impidiera que mi mente vagara recordando las curvas de Sammy. Mientras releía los documentos y las hojas de cálculo que me había enviado por correo electrónico días antes, desde luego no pensaba en negocios, solo en acostarme con ella.

Llegué pronto a la oficina. Las reuniones mensuales del consejo de administración siempre requerían un trabajo de preparación adicional a las actividades programadas regularmente.

"Hola, jefe", dijo Harper en cuanto pasé por delante de la mesa de mi ayudante.

"Qué bien, hoy estás aquí", le dije.

"Es día de reunión, claro que estoy aquí. Y eso es bueno. Roy ya ha llamado dos veces". Me entregó una nota adhesiva con un mensaje garabateado.

Le eché un vistazo y negué con la cabeza.

"Está intentando sonsacarme algo, como si yo tuviera información secreta sobre nuestra empresa".

"Algo así, por la forma en que diriges las cosas".

"Lo sé, pero por alguna razón Roy cree que necesita esta información antes que el resto de la junta. Tiene que dejarlo ya".

Harper no se rió en absoluto.

"Te he preparado café. Como siempre, también estoy procesando las finanzas mensuales y los informes de situación de los departamentos".

Cuando Red se fue, intenté convencer a Harper de que dejara la Foundation Network Communications para trabajar en privado para mí. Se había negado, diciendo que prefería el reto de trabajar para la empresa. Le habría aburrido tener que reservar mis vacaciones y recoger mi colada. No pude convencerle de que su papel iría mucho más allá de eso.

Era bueno en lo que hacía. Me aseguré de que supiera lo mucho que se apreciaba su trabajo y le pagué mejor de lo que valía. Lo último que quería era tener que buscarme un nuevo ayudante en el trabajo cuando ya estaba sin ninguno en mi vida privada.

"Gracias", respondí.

Entré en mi despacho y me quité la chaqueta. Era un día de manga por hombro en el trabajo, y no era momento de fingir lo contrario.

"Llama a Roy", dije al dispositivo inteligente de mi despacho.

"Llevo todo el fin de semana esperando que me devuelvas la llamada". Esas fueron las primeras palabras que salieron de su boca.

"Roy..."

"No me hables en ese tono, Alexander".

Menos mal que aquel imbécil no podía ver mi expresión. Normalmente habría afirmado que poner los ojos en blanco era la reacción típica de las niñas pequeñas, pero allí estaba yo haciéndolo también al oír la voz de mi tío. Yo no era un niño al que se pudiera regañar. Tenía un negocio que atender y una reunión que preparar.

"Necesito saber a qué atenernos con esta acción de adquisición".

Dejé escapar un largo y lento suspiro. "Mis equipos han reunido toda la información y la presentarán esta noche".

"No entiendo por qué no tienes esta información al alcance de la mano. Cuando trabajaba en tu despacho, podía reunir esos datos en cuestión de minutos".

Le dejé divagar sobre cómo él era más adecuado que yo para el puesto de director general. Ignoraba por completo las cifras reales. Año tras año, bajo mi dirección, Foundation Network Communications había aumentado sus ingresos. Habíamos ampliado nuestra base de mercado en varias áreas y habíamos experimentado un aumento significativo en la retención de empleados. En resumen, cuando se me había permitido hacer el trabajo que mi padre me había enseñado a hacer, habíamos crecido en todo.

Por supuesto, Roy tendría toda la información sobre las adquisiciones al alcance de la mano. Era un maniático del control y habría querido dirigir él mismo esas iniciativas. Prefería dejar que otros se ocuparan de los pequeños asuntos cotidianos.

Si tenía que ser sincero conmigo mismo, la única razón por la que me ocupaba personalmente del trato con Eyes On Care era Sammy. Y, si también era sincero con mis colegas, debería haber dejado que otro se ocupara de esas negociaciones.

"Por desgracia, Roy, no tengo esa información a mano. Mi equipo está preparando los informes. ¿Te has acordado de hacer la lista de invitados a la cena? Quiero asegurarme de que el servicio de catering tenga un recuento exacto".

"No sé a qué juego crees que estás jugando", respondió bruscamente, intentando no insultarme.

"Roy", interrumpí su diatriba. "Las cifras se presentarán esta noche en la reunión. Y punto. No hay motivo para que tengas la información diez horas antes que nadie. No intento ganar tiempo. Ahora tengo un largo día por delante. Tengo una adquisición que evaluar, además de preparar el informe mensual para la reunión de esta noche. Por favor, deja también de acosar a mi ayudante".

Por aquel mes el asunto estaba cerrado. Empezaría de nuevo el ciclo atormentador, antes de la siguiente reunión del consejo.

SAMMY

El programa de radio que estaba escuchando fue interrumpido por la voz del ordenador que anunciaba que había una llamada entrante. Pulsé el botón de respuesta del volante.

"¿Hola?", dije. Hubo un momento de silencio y luego una tos. Esperé mientras seguía tosiendo. "¿Estás bien?", pregunté.

"No puedo ir esta noche", contestó con un tono de voz ronco y aturdido.

"¿Dana?"

"Sí, lo siento. Un bebé me ha pegado la fiebre. Me siento fatal. Lo siento mucho".

"Son cosas que pasan". Soné más comprensiva de lo que me sentía.

"Quería llamarte antes, pero he dormido todo el día".

Me sentí culpable por mis pensamientos poco amables sobre Dana. Parecía sentirse muy mal.

"Lo siento mucho, Sammy. Sé que tenías planeada una cita romántica".

"Es un miercoles, no es una cita tan excitante. Descansa y recupérate. ¿Necesitas algo? ¿Vitamina C, jarabe para la tos, zumo de naranja?".

Hubo más toses.

"Mi compañera de piso salió y se aprovisionó de todos los medicamentos. Estoy bien".

"Cuídate y bebe mucho".

La llamada terminó y refunfuñé. Me detuve en el aparcamiento de la guardería de Xander e hice una llamada rápida antes de entrar a recogerlo.

"Sammy, qué sorpresa". La voz de Alex me puso la piel de gallina y me tranquilizó al mismo tiempo.

"Hola, Alex", empecé.

"No", exclamó en tono ahogado. "Por favor, no me digas que llamas para cancelar".

"¿Qué te gustaría oír en su lugar?", le pregunté riendo entre dientes.

"Mmm... algo probablemente demasiado atrevido para decirlo en este momento de nuestra historia de citas. Pero de todas formas sería sobre lo que llevas puesto".

Volví a soltar una risita. "Siento decepcionarte en todos los frentes. Creo que mi falda es bastante normal. Nada sexy, nada demasiado corta. Y de todas formas, me veo obligada a posponer la cita. Mi niñera está enferma".

Refunfuñó. "Bueno, permíteme que haga un chiste sobre el hecho de que la fundadora de una plataforma para encontrar niñeras no pueda encontrar una para salir en una cita".

"Sí, así es. Me avisó con muy poca antelación, así que no es posible".

"En cualquier caso, tengo muchas ganas de verte. ¿Estás dispuesta a aceptar opciones?", preguntó.

"¿De qué tipo de opciones estás hablando? No puedo llevarme a Xander conmigo. Tiene unas rutinas que me gustaría respetar, sobre todo en lo que se refiere a irse a dormir".

"Si no puedes llevarte a Xander a la cita, ¿entonces puedo llevar la cita a tu casa?".

Tardé un momento en darme cuenta de lo que quería decir.

"¿Quieres venir a mi casa? No sé, Alex. No estoy precisamente preparada para cocinar una cena elegante".

"Sammy", dejó escapar un suspiro. "Me da igual que vayamos a llevar comida desde McDonalds. Solo quiero ver tu sonrisa esta noche. Suena ridículo, lo sé. No tienes que preparar nada. Recogeré la cena de camino a tu casa". Luego hizo una pausa. "Comprendo que esto me convierte en un hombre desesperado. La oferta es válida, pero comprendo que si esta noche no puedes, podemos aplazarlo. No pretendía ser insistente".

Sacudí la cabeza y me mordí el labio. Me estaba dando una alternativa. Estaba dispuesta a decir que sí.

"¿Quieres comer comida italiana? A Xander le gustan los espaguetis con salsa de carne y los palitos de pan", dije como respuesta.

"La comida italiana está muy bien. ¿También pido vino, o dices que no?", preguntó.

"Tengo una botella de tinto, suficiente para dos copas cada uno", respondí.

"¿Tienes algún plato favorito o te sorprendo?".

"Me apetecen espaguetis o raviolis, te dejo elegir. Pero sin duda palitos de pan, muchos".

Se rio y dijo que se encargaría de recoger la cena y que nos veríamos en mi casa en un par de horas.

Me alegré de no tener que reprogramar nuestra cita. Tenía tantas ganas de verle como él de verme a mí.

"¡Mamaaa!", corrió Xander y saltó encima de mí.

Lo cogí en brazos y le di un ñoño beso en la mejilla.

"Hola, cariño. ¿Has tenido un buen día hoy?"

Asintió y empezó a jugar con el cuello de mi blusa.

Firmé su salida de la guardería y lo acompañé al coche.

"¿Recuerdas cuando te dije que esta noche ibas a jugar con Dana?".

Sacudió la cabeza.

"Dana se puso enferma. Así que mamá se queda en casa". Hizo un mohín. "Pero va a venir un amigo de mamá. Cenaremos y veremos una película como si viniera Dana, ¿vale?".

A Xander no pareció molestarle el cambio de planes tras enterarse de que podríamos ver su película favorita.

Una vez en casa, me puse unos leggings y una camiseta cómoda. Alex había dicho que no le importaba si no estaba todo bien, pero limpié frenéticamente tanto el salón como el baño de invitados. Todo aquello para lo que no había tenido tiempo de encontrar un sitio lo había metido en un cesto de la ropa sucia y lo había guardado en mi habitación. Incluso había pensado en bañar a Xander antes de comer, pero con una cena de espaguetis correría el riesgo de tener que lavarlo por segunda vez.

A medida que se acercaba la hora de la llegada de Alex, los nervios me recorrían la espalda. Cuando sonó el timbre, me sentí a punto de estallar de excitación.

Xander pasó corriendo junto a mí hacia la puerta.

"¿Qué te he dicho?" Intenté no ponerme furiosa, pero aquel chico iba a tener que aprender a no abrir la puerta a cualquiera que llamara al timbre.

"¿Quién eres?", preguntó gritando.

"Soy Alex. Un amigo de mamá. Te he traído espaguetis".

Xander abrió la puerta de par en par. Sin duda, mi hijo era de los que se dejaban atraer a la furgoneta de un desconocido con la promesa de un caramelo.

"Hola", conseguí decir en cuanto vi a Alex.

Llevaba una bolsa enorme en la mano y otra descansaba en el suelo cerca de sus pies. Su traje parecía arrugado por un largo día de trabajo. Su pelo oscuro estaba alborotado de pasarse las manos por él con demasiada frecuencia.

Parecía que iba a volver a casa...

Parpadeé un par de veces y me apresuré a apartar a Xander para poder coger un bolso de Alex.

"Yo me encargo", dije mientras cogía el saco.

Él cogió el otro y entró. "Esto huele delicioso", exclamé.

"¡El viaje desde el restaurante hasta aquí me ha dado hambre!".

"Me lo imagino. Gracias por traer la cena. Xander, ¿puedes poner las servilletas en la mesa?".

Intenté darle algo que hacer para quitármelo de encima un momento.

Una vez en la cocina, dejé el bolso. Alex hizo lo mismo, se acercó y me besó en la mejilla.

"Gracias por cenar conmigo esta noche".

Intenté no sonrojarme. "Tenía muchas ganas de salir contigo. Cuando Dana llamó me sentí un poco apenada, pero parecía muy dolida".

Alex empezó a recoger los recipientes de las bolsas y a colocarlos sobre la encimera, mientras yo recogía los platos y le pasaba los tenedores a Xander para que los pusiera sobre la mesa.

El olor a tomate caliente, cebolla y condimentos italianos me hizo la boca agua. Estaba más que lista para comer.

Tener a Alex en la mesa con nosotros me resultaba increíblemente familiar. Xander se quedó callado, como solía hacer con la gente nueva, hasta que se sintió más cómodo. Tenía mucha hambre y se comió tres palitos de pan y un plato entero de espaguetis.

Yo, por mi parte, comí ravioli alla parmigiana, una ensalada y al menos tres grisines más.

"¿Con qué crees que los hacen?", preguntó Alex mientras partía uno por la mitad y empezaba a comérselo.

Me encogí de hombros. "No lo sé exactamente. Solo sé que aquí en Estados Unidos no los comemos. Saben a pan y son adictivos".

Xander empezó a retorcerse y a ponerse un poco llorón.

Se estaba cansando. Le ayudé a levantarse de la silla y le pasé el plato vacío. Fue a la cocina y lo puso junto al fregadero.

"Buen trabajo", le dije. "Ahora ve a sacar el pijama para esta noche, ahora voy". Me volví hacia Alex.

"Puedes terminar de comer o ver la tele. Tengo que darle un baño rápido y ponerle el pijama. Le prometí que veríamos su película favorita antes de acostarnos".

Alex miró el reloj. "Aún es pronto".

"Xander se acuesta como muy tarde a las nueve y media".

"¿Hacéis esto todas las noches?", preguntó Alex.

Asentí con la cabeza: "Sí, eso es lo que significa ser padre. Todos los días tienes que asegurarte de que tu pequeño sigue unas normas y unas rutinas. Sé que no es lo que esperabas".

Extendió la mano y me acarició un lado de la mejilla, inclinándome la cara para que me encontrara con su mirada. "No es lo que esperaba porque realmente no sabía qué esperar. Me alegro de estar aquí. Ve a bañar a tu hijo y yo guardaré la comida que ha quedado".

"Puedes dejalo todo ahí. Yo lo haré más tarde".

"No hay problema", dijo.

Su sonrisa tan dulce hizo que me derritiera por completo.

ALEX

Estar cerca de Sammy no se parecía a ninguna otra ocasión en la que hubiera salido con una mujer. Hasta entonces nuestros encuentros habían girado más en torno a la compañía mutua y a hablar de trabajo, pero yo nunca había entrado realmente en su vida.

Recogí la mesa y reordené la porción restante de los espaguetis de Xander. Sé que Sammy había dicho que lo dejara todo allí, pero no lo hice. Tenía un hijo que cuidar y solo me dejaba entrar en su vida porque le había dicho que quería verla de todos modos. Limpiar y ordenar la cocina era lo menos que podía hacer. Al fin y al cabo, yo no era un niño y ella no era mi ama de llaves. Era un hombre adulto que sabía cuidar de sí mismo, y eso incluía limpiar la cocina en la medida de lo posible.

Era capaz de hacerlo mucho mejor que mi padre o mi tío. No creo que ninguno de esos hombres supiera preparar una comida. De niño, había aprendido a pescar junto a ellos, y sabían limpiar un pescado y asarlo, pero dudaba que supieran algo más. Yo también había sido así en mi época universitaria. No sabía hacer nada por mí mismo.

Mi madre cruzaba el estado para hacer la colada o pagaba a una empresa de limpieza para que se ocupara de mi dormitorio y me proporcionara servicio de lavandería. Bastó que una ex novia mía me preguntara si era un hombre adulto o un niño para que me diera cuenta de que no había nada de lo que enorgullecerse de una persona que no podía ocuparse de sus propias necesidades básicas. No importaba si podía permitirme pagar a gente para que cocinara y limpiara por mí - cosa que hacía - el hecho de que no pudiera hacerlo se convirtió en una cuestión de principios.

Cuando Sammy y Xander regresaron, listos para ver una película antes de acostarse, la mesa donde habíamos cenado estaba limpia. Los platos se habían enjuagado y ordenado, y las sobras estaban en la nevera.

"Alex, no hacía falta que hicieras todo esto", dijo Sammy en cuanto llegó con Xander.

Su piso no era enorme. Era una unidad central en una hilera de casas adosadas, compuesta por un dormitorio principal, un dormitorio pequeño y una zona de comedor a medio camino entre la cocina y el salón.

"Me dejaste venir aquí. Sentí que te estaba presionando".

Se acercó. Olía a baño de espuma. Sus manos me acariciaron el pecho. Le pasé un brazo por la cintura para acercarla a mí. Su calor era el paraíso.

Se puso de puntillas y me dio un beso rápido en los labios. "Eres increíblemente atractivo cuando haces las tareas", me dijo, sorprendiéndome.

"¡Ya empieza!", gritó Xander.

Sammy retrocedió y me arrastró unos pasos hasta el salón. El niño estaba en medio de la habitación, con el mando a distancia en la mano. El logotipo animado de la casa productora salía en la pantalla.

Sammy me empujó al sofá, a su lado. Y entonces Xander se interpuso entre nosotros.

"¿Te parece bien que esté en medio?", preguntó, llamándome la atención.

Sonreí y asentí. Estaba más que bien. Se me hizo un nudo en la garganta. Quedar con Sammy en su casa significaba llegar a conocer su intimidad y, de repente, eso era todo lo que quería.

La película iba por la mitad y Xander ya dormitaba en el sofá.

"No te muevas", dijo mientras se esforzaba por levantarlo. "Te juro que cada semana está más grande".

"Déjamelo a mí", le dije.

Levanté en brazos al niño dormido. No pesaba prácticamente nada. "Ve delante".

La seguí y pasé junto a una puerta cerrada. ¿Era su dormitorio? Me habría encantado verlo... Intenté no pensar en ello, y entonces vi el dormitorio de Xander.

La habitación del niño era una auténtica obra maestra jurásica, con juguetes de peluche de dinosaurios y grandes carteles de dibujos animados en las paredes. Las sábanas eran aún más ricas en dibujos de dinosaurios. Lo curioso era que Xander no los había mencionado en absoluto y su película favorita era de peces y tiburones.

Puse al niño dormido en su cama. Sammy se acercó cuando di un paso atrás. Lo arropó y le besó la frente.

Dentro de mí algo se agitó, como una miríada de emociones nuevas e inesperadas. Yo también deseaba lo que Sammy y Xander tenían: confianza total y amor incondicional.

La esperé en el pasillo. Cuando salió de la pequeña habitación, la estreché contra mí. Deslicé la mano por su nuca, la agarré con más fuerza y le di el beso que deseaba desde hacía demasiados días.

En esa única acción, vertí energía e intenciones, mientras nuestros labios se unían, se encontraban, se besaban. Mi lengua danzó para probar la suya y ella me succionó con avidez. Apretó su cuerpo contra mí y se apoyó en mi pecho.

Entonces sus manos subieron hasta mi espalda y la apretaron con fuerza.

"¿Sabes lo que realmente deseo en este momento?", conseguí decirle cuando se rompió el beso.

Ella negó con la cabeza. "Me gustaría ver tu dormitorio", añadí.

Se echó a reír.

"La única razón por la que mi casa parece tan ordenada es porque lo metí todo en mi dormitorio. No hay forma de que lo veas esta noche".

Con las manos aún unidas, la hice girar y volví a abrazarla. "Aunque suena como una posibilidad futura".

Sammy jugó con los botones de mi camisa.

"Alex, yo..."

La besé, interrumpiendo sus palabras. El beso no fue largo ni profundo, pero bastó para detenerla.

"No quiero presionarte ni obligarte a hacer nada que no quieras. Eso vale tanto para salir como para trabajar juntos. Me parece bien que me dejes participar en esta noche que normalmente es algo reservado para ti y Xander".

"Me alegro mucho de que hayas venido. Yo también quería verte. Salir cuando tienes un hijo es muy diferente. La mayoría de los hombres huyen al instante cuando se enteran de que hay niños de por medio".

"Yo no soy uno de esos hombres".

"No, no lo eres. Entonces, ¿te parece bien que Xander forme parte de esto, sea lo que sea?".

Volví a besarla, esta vez porque quería tranquilizarla.

"Me gustas tú y me gusta él. Entiendo que los dos sois un paquete. Si tuviera que verlo desde una perspectiva empresarial, diría que es una buena inversión de tiempo y esfuerzo."

"Vaya, no sé si quiero que se me considere una inversión, pero creo que entiendo lo que quieres decir. De todas formas, en el futuro me gustaría que pudieras ver mi dormitorio, pero esta noche no".

"Me alegro de oírlo, Sammy".

Volví a besarla y esta vez dejé que mis labios se demoraran más en los suyos. Todo mi cuerpo se deleitó en su suavidad y en la forma en que parecía tan hambrienta de mí como yo de ella.

Aquella noche su cama no era una opción, pero su sofá nos atrajo más hacia sus profundidades.

Cuando llegué al elástico de sus leggings e intenté bajarle el dobladillo, sus manos se aferraron a las mías. Debería haberme conformado con besarla y tocarla a través de la ropa.

Entonces se apartó de mí con un gemido, sin darse cuenta de qué hora era exactamente.

"Mañana empiezo a trabajar demasiado pronto para quedarme toda la noche liándome contigo".

"Pero podría ser divertido", dije, intentando atraerla de nuevo contra mi pecho.

Ella permaneció inmóvil. "Es hora de echarte de casa, Alex".

"Eres una mujer cruel, Sammy", me burlé de ella.

Me levanté, con la chaqueta y la corbata colgando del brazo mientras ella me cogía la otra mano

y me guiaba hacia la puerta.

"¿Cuándo podré volver a verte?", le pregunté.

A estas alturas se había convertido en una especie de droga para mi sistema nervioso y necesitaba saber cuándo tendría mi próxima dosis.

"Puedes venir a mi casa el viernes", me dijo.

"Lo siento, pero ¿no tienes tiempo suficiente para encontrar una niñera? No es que dude de tu plataforma, pero sería una forma estupenda de demostrar la eficacia de Eyes On Care al director general de mi empresa, con quien estás en conversaciones de asociación."

Sammy enarcó las cejas.

"¿Asociación? Me gusta esa idea. Entonces, el viernes. Aquí si mi plataforma me defraudará".

La rodeé con los dos brazos. No quería dejarla ni marcharme. "Y si en cambio tu plataforma funciona, entonces cena en mi casa. Y me aseguraré de que mi casa esté en orden, ya que tengo muchas ganas de enseñarte mi dormitorio", le dije.

Se mordió el labio y sonrió.

"¿También tienes dinosaurios enormes que quieras enseñarme?", preguntó.

"Tengo algo grande que quiero enseñarte, pero no es un .... dinosaurio. Planea quedarte conmigo hasta tarde, muy tarde".

SAMMY

En una increíble demostración de la eficacia de la plataforma Eyes On Care, encontré una canguro para el viernes por la noche y escribí a Alex. Esto ocurrió un jueves con poco más de veinticuatro horas de antelación.

Tanto la niñera como el cliente, en este caso yo, estamos satisfechos con la transparencia de los honorarios, de modo que la tarifa negociada tenga en cuenta mi posible retraso en casa.

Estábamos jugando a definir la relación de trabajo entre Eyes On Care y Foundation Network Communications.

Es una noticia fantástica. Pero tengo una pregunta, escribió.

Esperé su siguiente mensaje.

¿Esta es una información que debo imprimir como historial de negocio o...?

Negué con la cabeza y me sorprendió que no hubiera añadido un emoji.

Creo que puedes incluir sin problemas esta información como historia de caso de negocio desesperado. En cualquier caso, he encontrado una canguro y tienes un día para poner en orden tu casa y, sobre todo... tu dormitorio.

Me mordí el labio y solté una risita demasiado histérica.

"¿Qué te hace tanta gracia?", preguntó Vanessa al entrar en mi despacho.

"Um... Estoy enviando unas estadísticas a Alex. Estoy intentando... convencerle de que coopere con nosotros", dije. No estaba mintiendo *realmente*. El tiempo que había dedicado a encontrar una niñera cualificada era funcional a nuestra creciente asociación empresarial. No hacía falta que le dijera que le estaba tomando el pelo con eso de que quería acabar en su dormitorio.

Me estallaron mariposas en el estómago. Dios, realmente estaba flirteando con la intención de acostarme con él. La realidad me golpeó e hizo saltar mis nervios.

"¿Estás bien? Sammy, te has puesto pálida".

Sacudí la cabeza y me estremecí. Inmediatamente calmé aquella oleada de pánico. No sería la primera vez que me acostaba con Alex. La última vez había acabado teniendo a Xander, solo que me había enterado meses después.

"Sí, estoy bien. Solo he tenido un escalofrío raro".

"¿Alguien está pensando en ti?", preguntó.

"Exactamente ese tipo de sensación. De todas formas, le estaba enviando algunos datos".

"Mira, ya me lo has dicho. ¿Crees que este trato saldrá adelante?", preguntó ella.

"¿Por qué, tienes dudas? Estas cosas llevan su tiempo, al menos eso creo. Y sé que Alex parece decidido a que funcione".

"Eres bastante amistosa con él", comentó Vanessa.

Tuve una fracción de segundo para decidir si contárselo todo o guardarme lo que pasaba entre Alex y yo. Abrí la boca, pensando en decirle que había salido con él, pero no lo hice.

"Intercambiamos correos electrónicos. Él no conoce las necesidades de las familias que necesitan servicios de canguro. Le conté algunas historias que tuvieron éxito".

"Parece que deberíamos reunir una serie de ejemplos para convencerle", sugirió.

"Exacto, y también darle a conocer el punto de vista de las familias que han resuelto el problema gracias a nosotros".

Cuando Vanessa salió de mi despacho, ya teníamos una lista de nombres adecuados. Fue una suerte, porque al día siguiente tenía que asistir a varias reuniones con nuestro contable y el director financiero de la empresa. No habría tenido tiempo de pensar en nada más. Ni siquiera podría haber estado nerviosa por mi cita con Alex.

Al día siguiente, Xander estaba en casa con la nueva niñera. Llegué a la puerta de Alex cinco minutos antes.

"Creía que no ibas a venir nunca", me regañó en tono de broma, antes de abrazarme y reclamar mis labios.

"Tenías algo que enseñarme, ¿cierto?", respondí en el mismo tono que él. Luego le devolví el beso con fiereza. No me importaba mucho cenar ni comer. Deseaba a Alex tanto como él a mí. De hecho, lo deseaba aún más, ya que lo conocía bien y sabía de lo que era capaz. Ya había estado en sus brazos y no había vuelto a tocar a otro hombre.

De hecho, había salido dos o tres veces con alguien solo para tranquilizar a mis amigas, que estaban preocupadas porque después del nacimiento de Xander no había tenido más citas. No había tenido ni tiempo ni interés en hacerlo. En cualquier caso, todas me habían decepcionado y no había acabado acostándome con ninguna.

Ahora, sin embargo, estaba de nuevo en sus brazos. Era muy consciente de que nuestro matrimonio era estrictamente un asunto legal y una compensación económica, pero realmente me estaba enamorando de Alex. Aunque sabía que no debía y a pesar de las señales de alarma que me lo advertían.

Alex me deseaba y era lo único con lo que había soñado.

Succioné su lengua en mi boca mientras él hacía lo mismo impetuosamente.

Su sabor me consumía mientras intentaba capturar con mis labios cada chupada, cada mordisco.

Alex se apartó un momento y me condujo al interior de su casa. No presté atención a nada de lo que me rodeaba. Mi boca volvió a la suya, mis manos recorrieron sus brazos, su pecho y luego sus costados. Lo deseaba, lo deseaba todo de él. Podría haber dado una vuelta por la casa más tarde, cuando ya no fuera capaz de pensar y apenas pudiera andar, pues sabía bien que me dejaría con las piernas blandas y flácidas.

Y entonces caímos sobre su cama. Era blanda, pero ni siquiera le presté atención ni me importó si acababa de hacerse o no. Solo me importaba el hombre que tenía entre mis brazos; su tacto, su piel.

Me quité las sandalias y tiré de su cinturón. Cuando su mano se deslizó bajo el dobladillo de mi vestido, acariciando mi piel, me estremecí ligeramente. Me lo quitó de la cabeza, rompiendo el contacto visual solo cuando la tela me impidió ver.

Me miró fijamente todo el tiempo que le desabroché los botones de la camisa. Luego siguió con los ojos fijos en los míos mientras me desabrochaba el sujetador. Cuando bajó la mirada hacia mis pechos desnudos y pechugones, soltó un gruñido.

Cuando me los rodeó con las manos y hundió la cara en su suavidad, me sentí orgullosa de mi cuerpo y sonreí triunfante. Sus pulgares acariciaron mis pezones enviando impulsos eléctricos directamente hacia mi núcleo caliente. Mientras chupaba y mordía suavemente cada centímetro de mi piel, gemí y lo estreché aún más contra mí.

Sin perder tiempo, nos despojamos del resto de nuestras ropas y permanecimos piel con piel. Cada milímetro de Alex era cálido, suave y perfecto. Incluso la forma en que el vello de sus piernas me hacía cosquillas en la piel era una sensación de placer.

"¿Eres real tú?", le pregunté.

"¿Por qué lo preguntas?".

"No puedo creer que esté en tu dormitorio", le susurré. "Alex, mírame y luego mírate a ti mismo. A los hombres como tú no les suelen gustar las mujeres que tienen un cuerpo como el mío".

"Esos hombres son estúpidos y no saben lo que se pierden. Me encanta tu abundancia de curvas. Me encanta cómo eres tan suave y sensible a mi tacto. No estarías aquí si no te deseara tanto, y te deseo más de lo que debería".

Me agarró por las caderas y me hizo rodar hasta que estuve bajo su peso. Luego se colocó entre mis muslos. Su polla estaba al rojo vivo y era enorme cuando rozó mi húmedo coño. No sé por qué había dudado de que se sintiera atraído por mí.

Había estado dentro de mí muchos años antes y recordaba que su polla no era nada tímida. Era grande y sobresalía de él con orgullo, lista para ser admirada, decidida a entrar en mí. En ese momento lo único que pude hacer fue abrir las piernas de par en par.

"Deja que te folle, Sammy", exclamó, deslizando la punta de su polla alrededor de mi clítoris.

Mi paquete de nervios, muy sensible, reaccionó, enviando impulsos eléctricos a mi coño y encendiendo mi cuerpo de deseo.

"¡Oh, Alex!"

Fue una tortura sublime cuando su polla se deslizó sobre mis pliegues húmedos y, poco después, fue pura magia cuando me penetró. Su polla se tensó aún más y me llenó por completo.

Había olvidado aquella sensación tan excelsa, aunque a menudo había soñado con Alex teniendo sexo conmigo. Aquello, sin embargo, era mejor que cualquier sueño, que cualquier recuerdo, aunque lo atesorara. Jadeé y gemí mientras él entraba y salía de mi cuerpo, llevándonos a los dos al borde del éxtasis.

Alex tenía un ritmo muy suave, pero era mi necesidad imperiosa la que exigía que fuera más rápido, más fuerte. Empujé mis caderas para acompañarle y aumentar la velocidad.

Rápidamente se convirtió en una danza trascendental, un baile perfecto.

Entonces nuestros orgasmos chocaron simultáneamente.

No quería que terminara, pero mi cuerpo estaba realmente saciado. Como una gatita feliz, ronroneé mientras Alex me envolvía con sus brazos. Respirando agitadamente, cómodamente envueltos el uno en el otro, nos sumimos en un sueño tranquilo.

Cuando me desperté era más tarde de lo esperado.

"Tengo que irme", susurré, besándole.

Salí de la cama y me puse la ropa. La suave tela se sentía dura y rasposa después de las caricias que me había dado.

"¿No puedes quedarte más tiempo? ¿La niñera no puede esperarte hasta tarde?". Alex se puso los calzoncillos mientras yo terminaba de vestirme.

Negué con la cabeza.

Me siguió hasta la puerta principal. Antes de que pudiera abrirla, me agarró de la mano y volvió a estrecharme entre sus brazos. ¿Tenía idea del efecto que causaba en mí? Quería derretirme contra él y quedarme hasta que llegara la hora de levantarme y preparar el desayuno.

"No puedo quedarme aquí toda la noche".

"Lo comprendo y ni siquiera es justo que insista, aunque... el próximo fin de semana vendrás al lago conmigo. Le enseñaré a Xander a pescar y, si hace suficiente calor, también a nadar. Además, podremos quedarnos a dormir todas las noches. Tómate el lunes libre para que tengamos un fin de semana largo".

Me pasó los dedos por la cara y me acarició la piel aún caliente.

"Me parece una idea muy buena", respondí contenta.

ALEX

"¿Cómo puede caber aquí?", dije desde la parte trasera del todoterreno. Tenía la rodilla apoyada en el asiento y luchaba con la correa. Sammy había dicho que se abrocharía, pero el asiento de Xander se movía como si no estuviera bien sujeto.

Sacó una bolsa de lona y la colocó en el maletero abierto.

"Déjame ver", dijo mientras se acercaba a mí y se apartaba.

"Pero entonces, ¿realmente sigue necesitando la silla del coche? Tiene cinco años", le dije.

"¿Has visto a mi hijo? Es un niño delgaducho. No pesa casi nada. No está ni cerca de los límites recomendados para llevar cinturón de seguridad".

Subió a la parte trasera del todoterreno y ajustó el asiento del niño. No sé qué hizo a continuación, pero saltó del coche con expresión satisfecha.

Me acerqué y traté de comprobarlo: estaba perfectamente sujeto. Había toda una serie de habilidades parentales que yo no poseía. Obviamente, al no ser padre todavía, no había motivo para ello, pero salir con una mujer que tenía un hijo significaba que tenía que mejorar.

"Joder, estás buena incluso cuando haces estas cosas", le dije.

"¿Y eso por qué? ¿Solo porque sé arreglar el asiento del coche de Xander?".

Me acerqué a Sammy y le pasé una mano por las caderas hasta que pude agarrarla y acercarla a mí.

"La habilidad y la destreza son muy sensuales", comenté en voz baja mientras la estrechaba aún más contra mí. Miré su cara, sus labios carnosos. Cerré los ojos y me incliné para reclamar su boca cuando el niño flaquito se abalanzó sobre ella con una velocidad y un impacto mucho mayores de lo que su peso debería haber sugerido.

Cambio de planes. Como ya no podía besar a Sammy, alargué la mano y despeiné a Xander, que nos abrazó en grupo.

"¿Estamos a punto de irnos?", preguntó con sus ojos grandes y suplicantes mientras miraba a su madre.

"Ya casi lo tengo todo en el coche. ¿Tienes a Trikey?", respondió ella.

Con un gemido de angustia, preocupado, Xander se soltó de su agarre y entró corriendo en la casa.

"Es su triceratops", explicó Sammy.

"¿Un triceratops?", pregunté. "¿Es su favorito?".

Sammy se mordió el labio. "Sí, es su muñeco preferido.... Si lo recuerdas, te querrá para siempre".

Le guiñé un ojo mientras la soltaba. Siguiendo a Sammy hasta su piso, clavé el nombre del dinosaurio favorito de Xander en mi memoria, justo al lado del color favorito de su madre, el púrpura.

"¿Hay más?", le pregunté mientras cogía sus bolsas.

Ella miró a su alrededor hasta que Xander estuvo frente a ella. Entonces le puso una mano en la cabeza.

"No, eso es todo".

"¡Bien, casa del lago, allá vamos!", exclamé.

Con un chillido de excitación, Xander salió corriendo por la puerta principal. Le seguí de cerca mientras subía al asiento trasero. Puse las últimas bolsas de Sammy en la parte de atrás y activé el cierre del portón trasero mientras ella cerraba la puerta.

Cerré el portón de Xander y me puse al volante. El coche ya estaba en marcha cuando Sammy se abrochó el cinturón y cerró la puerta.

"Eh", dijo Xander cuando empecé a dar marcha atrás. " ¿Y yo?"

"¿Y tú qué?", pregunté.

"No llevo puesto el cinturón de seguridad".

Detuve el coche. Sammy me miró de reojo como diciéndome que había sido una idiota. Me lo merecía.

"Creía que sabía abrocharse el cinturón solo", le dije mientras lo enganchaba en el asiento del coche.

"¿Me lo has preguntado?".

No estaba contenta conmigo; su decepción se reflejaba en su tono.

Esperé a que volviera al coche y le puse una mano en el brazo hasta que me miró.

"Estoy aprendiendo. Fue un error. Mejoraré".

Se volvió para mirar a Xander y parpadeó un par de veces antes de volver a encontrarse con mi mirada. "Él es todo lo que tengo, Alex".

Se me apretaron las entrañas al darme cuenta de que intentaba no llorar. Quería confiar en mí y yo la había cagado en los primeros momentos de nuestro fin de semana.

"Lo haré mejor. Te lo juro".

No puse la marcha ni reanudé la conducción hasta que ella asintió.

Mi casa de la ciudad era más un adorno que un lugar lujoso y confortable. La casa del lago, en cambio, era todo lo contrario.

Espacios amplios, muebles superaccesorios, justo en el lago con un muelle privado.

"Cuando mencionaste tu casa del lago, por alguna razón pensé que tenías una cabaña o algo más modesto", dijo Sammy cuando entré en el camino de entrada.

"¿Por qué elegir una casa más pequeña cuando puedes elegir una más grande?".

Se echó a reír. "Es lo más teatral que te he oído decir".

"Entonces no has prestado mucha atención". Abrí la puerta y desactivé la alarma de la casa.

Xander entró corriendo y empezó a correr en círculos por el salón.

"Eh, nada de correr en casa", exclamó Sammy.

Cogí sus bolsas y me dirigí a las escaleras.

"Vamos, os enseñaré vuestras habitaciones".

La habitación de invitados era sosa y blanca, con una colcha azul. No me había molestado en decorar las habitaciones que no utilizaba, pero mi madre había insistido en que pusiera ropa de cama básica en todas las habitaciones, por si acaso. Debería haberme acordado de agradecérselo.

"Qué triste, no hay póster", se quejó Xander.

"No seas grosero, cariño. Esta habitación es muy bonita. Es muy grande. ¿Has visto la cama? Es toda para ti", dijo Sammy con tono tranquilizador.

"Alex, ¿por qué no nos enseñas tu habitación, para que Xander sepa dónde encontrarme si necesita algo?".

"Por aquí". Los conduje por el pasillo hasta mi habitación. Las paredes estaban pintadas de azul oscuro y había colgadas obras de un pintor local. Había una clara diferencia entre las habitaciones en las que vivía y las que no utilizaba.

"¿Puedo quedarme a dormir contigo? Quiero dormir en la cama grande contigo", gimoteó Xander.

Sammy lo levantó en brazos y dijo.

"No durmió en el viaje en coche". Luego se volvió hacia él. "¿Por qué no te tumbas aquí y te echas una siesta? Aunque esta noche dormirás en la otra habitación, ¿vale?".

Asintió y de repente me pareció mucho más pequeño y delgado que mi imagen mental de un niño de cinco años.

Los dejé solos y volví abajo para ordenar las provisiones que habíamos traído. Mientras vaciaba las bolsas, mi lista mental de la compra se hacía cada vez más larga.

Con un niño pequeño en casa, necesitaría dormir con algo más apropiado puesto. Los pantalones cortos estaban bien, pero ya que tenía que salir, mejor me compraba otra cosa. Además, no tenía un chaleco salvavidas lo bastante pequeño para él. Después de arriesgarme a salir sin el cinturón de seguridad de Xander puesto, no iba a dejar que saliera en la barca sin un chaleco salvavidas adecuado.

"Lo siento", exclamó Sammy al entrar en la cocina.

"Creía que iba a dormir en el coche, pero no ha sido así".

"No pasa nada. Me he dado cuenta de que tengo que hacer unas compras y este sería un buen momento para ir".

"¿Estás seguro?", preguntó ella.

"Claro que lo estoy". Me acerqué a ella y la abracé. "Son las implicaciones de salir con una madre soltera. Estoy motivado para hacerlo bien. ¿Por qué no te relajas mientras tanto, das un paseo, te familiarizas con la casa? O échate una siesta con Xander".

"Sí, podría hacerlo".

Besarla era sin duda una de las alegrías de mi vida. Era cálida y suave. Si le gustaba el beso, y parecía que le gustaban todos, soltaba un pequeño gemido que iba directo a mi polla. Sí, estaba motivado para hacerlo bien este fin de semana.

"Mándame un mensaje si necesitas que te compre algo", le dije mientras me dirigía a la salida.

Una vez en el coche, me puse en acción. "Llama a Harper", le dije al ordenador de a bordo.

"Alex, es fin de semana, más vale que me llames por una buena causa", dijo él.

"Lo sé, lo siento. Necesito que me busques un sitio donde vendan chalecos salvavidas para niños y que veas si hay alguna tienda a poca distancia de mi casa del lago".

"¿Por qué necesitas un chaleco salvavidas para niños? ¿Y por qué ahora?"

Ahogué una especie de gemido en la garganta. Nunca se me había ocurrido llevar al lago a uno de mis clientes o a alguien con quien estuviera trabajando, solo para pasar un día en el barco.

"He invitado a Sammy, de Eyes On Care, y a su hijo a pasar una tarde en el lago. El niño tiene cinco años".

Harper sonrió. "Realmente me hacía falta una descripción así, de todos modos, te ayudaré".

Le expliqué a Harper que Xander pesaba unos cuarenta y cinco kilos y medía poco más de metro y medio.

"Me pondré en contacto contigo", dijo, terminando la llamada.

"Vale, jefe, parece que en el Supercentro de la carretera 67 tienen lo que necesitas", dijo Harper en cuanto respondí a su llamada, cinco minutos después.

Aparqué en la explanada de uno de esos grandes almacenes de descuento. Seguro que allí tenían lo que necesitaba.

Salí del coche y entré en el enorme Supercenter. Cogí un carrito de la compra y fui directo a la zona de artículos deportivos para elegir un chaleco salvavidas amarillo fluorescente para Xander.

SAMMY

"Y a está", dijo Alex en voz baja.

Cuando él regresó después de hacer su rápido recado, pensé que se había vuelto loco. También me alegré de que lo hubiera hecho. Fue un gesto muy dulce. Xander seguía dormido en la cama grande. Así que ayudé a Alex a deshacer los bolsos.

"Saliste y compraste más cosas que nosotros", señalé. "¿Qué son todas estas cosas?"

"Tuve que comprar un chaleco salvavidas para Xander", exclamó Alex. "Y me di cuenta de que, con él en casa, también debería haber comprado algo para dormir. Explicarle por qué mamá se acostó con un hombre desnudo parecía una conversación a evitar este fin de semana."

"Ah, ¿entonces pensabas quedarte desnudo?", me burlé de él.

"Bueno... sí".

A Alex le gustaba rodearme con sus brazos cuando hablaba conmigo. A mí también me gustaba, así que no me quejé en absoluto mientras me abrazaba y seguía explicándome, justificación tras justificación, por qué había comprado una colcha nueva con temática de dinosaurios, una lámpara a juego y una alfombra. También había tres pósters de películas infantiles, y eran los únicos que había encontrado con esa temática.

"Le gustarás más a mi hijo que yo", me quejé.

No estaba enfadada en absoluto. De hecho, tuve que obligarme a no llorar. Era una de las cosas más adorables que Alex podía haber hecho. Aunque sentía una gran admiración por él, sinceramente no esperaba que fuera capaz de aceptar a Xander tan bien como lo estaba haciendo. Tal vez había una misteriosa conexión biológica entre ellos y sabían que eran el uno para el otro. O tal vez no. En cualquier caso, Alex estaba superando mis expectativas a la hora de incluir a mi hijo en nuestra relación.

Cuando Xander se despertó, tenía una segunda habitación con temática de dinosaurios. Alex le hizo esperar en el pasillo antes de abrir la puerta para mostrarle el rápido intento de redecorarlo.

"Quiero que tú y tu madre vengáis a menudo a la casa del lago conmigo. He pensado que te gustaría más que la habitación en la que te quedaras se pareciera a la que tienes en casa. Sé que te gustan los dinosaurios, y esto debería ser exactamente lo que te gusta". Alex hizo una introducción abriendo la puerta de la habitación de Xander.

El pequeño chilló de alegría mientras corría al interior. Las paredes seguían siendo blancas, pero ahora había pósters y la ropa de cama tenía divertidos dibujos de dinosaurios. Ya no parecía una aburrida habitación de hotel como antes.

Xander se lanzó a los brazos de Alex mientras éste le hacía girar en el aire.

Mis dos chicos estaban muy contentos. A pesar de ello, yo estaba triste mientras me aferraba a la certeza de que estaban hechos el uno para el otro, pero que no podía decirles nada a ninguno de los dos.

Xander no quería salir de su pequeña habitación.

Hizo falta la corrupción descarada de un viaje en barco para que aceptara venir con nosotros.

Alex nos dio una charla sobre seguridad en el barco mientras yo preparaba bocadillos. Luego nos cambiamos y nos dirigimos al embarcadero. La casa estaba justo en el agua. No habría sido posible dejar a Xander en el patio para jugar sin supervisarlo constantemente, como podía hacer en casa. Nuestro patio trasero era pequeño y estaba vallado, mientras que allí no había ninguna valla. El patio terminaba directamente en el agua. No había ninguna playita, ya que era un lago y el agua era muy profunda.

Me preocupaba por nada. La casa era lo bastante grande para que Xander jugara dentro, y si salía, no había razón para que uno de nosotros no pudiera quedarse con él.

Mi hijo empezó enseguida a quejarse del chaleco salvavidas, pero en cuanto Alex le dijo: "Sin chaleco no hay barca", Xander se calmó. Me sorprendió lo grande que era la barca. Por otro lado, la casa del lago también era enorme. Alex no parecía hacer nada modesto.

"Oh, no lo dejo aparcado aquí cuando no estoy', dijo cuando le pregunté. "Hay un tipo en el puerto deportivo local que recoge el barco del almacén y me lo entrega".

Prácticamente podía oír el tic-tac de las anticuadas cajas registradoras marcando el coste de todo lo que pagaba: un viaje a la tienda para comprar algunos artículos de última hora y... ¡tac! Un barco caro guardado en un cobertizo para botes y entregado en su casa con una llamada telefónica y tac.

Una casa de lujo en un lago con muelle incluido y ¡más dinero!

A Eyes On Care le iba bien y yo no podía quejarme, pero por supuesto no estaba ni cerca del mismo nivel de ingresos que Alex. No estaba en una situación económica que me permitiera renovar la casa que tenía, y mucho menos permitirme una segunda casa de vacaciones de lujo, además de coches y barcos.

Para alguien acostumbrado a un estilo de vida tan lujoso, me había impresionado lo cómodo que se había sentido Alex en mi piso, comiendo comida para llevar y recogiendo cuando terminábamos. Nunca había comentado que todo mi piso cabía en el salón de su casa del lago.

Sabía que Alex era rico. Lo había sabido desde el principio. Después de todo, ¿quién contrata a alguien como esposa solo por motivos legales? Solo los que podían pagar.

Se me apretó el estómago. Si hubiera querido llevarse a Xander, no habría podido detenerla. No podía permitirme un abogado de la misma calidad que el que Alex probablemente tenía a su

disposición en caso de litigio. Esa era una razón para no decirle que se trataba de su hijo.

Dejé a un lado todos esos pensamientos negativos. Estaba en un barco precioso y hacía un tiempo estupendo. Estaba con Alex y Xander se estaba riendo. Me estaba divirtiendo y necesitaba sentirme bien.

Después de unos cuarenta minutos, la pesca se hizo sentir. Xander no había pescado nada y le parecía completamente injusto. Alex le señaló que él tampoco había pescado nada, pero eso no cambió las cosas. Xander pasó de ser un niño feliz a uno huraño.

Mientras Alex traía el bote de vuelta, yo sostenía al pequeño en mi regazo. Me di cuenta de que ambos estaban frustrados; se parecían mucho. Cuando Alex chocó con la estela de otra barca y rebotamos en el agua, Xander empezó a reírse de nuevo.

"¡Hazlo otra vez!", gritó.

En ese momento Alex también empezó a sonreír. Hizo girar la barca en el agua para que atravesara más olas y estelas, la mayoría de las cuales había creado él mismo. Con el ánimo más tranquilo, permanecimos en el lago durante una hora más o menos, volviendo a casa solo cuando el sol se acercaba al horizonte.

"¿De verdad tenemos que volver a casa?", se quejó Xander.

"No podemos estar en el lago a oscuras, no tengo luces de posición como en el coche". La explicación de Alex fue muy sencilla y, afortunadamente, el niño comprendió que no había por qué darle tanta importancia.

Después de una tarde en el agua, todos estábamos cansados. Ayudé a Xander a darse un baño y luego le puse un pijama limpio antes de ducharme. A la hora de cenar ya estaba más que preparada para sentar la cabeza y luego acurrucarme a ver una película antes de acostarme.

Preparé unos macarrones con queso y añadí una lata de atún y judías verdes. Eran sencillos y fáciles de cocinar, algo que había aprendido a hacer de niña. Sabía que a Xander le gustarían.

Me preocupaba que Alex pudiera comentar cualquier cosa, desde mis habilidades hasta mis elecciones , y tuve un momento de pánico cuando le serví una porción directamente a él.

¿Acaso los niños ricos como él crecían comiendo atún y macarrones? ¿Había comido alguna vez macarrones con queso y luego una lata de atún?

Esta vez también estaba exagerando. Alex se limitó a dar las gracias cuando le pasé la comida. Se llevó su plato y el de Xander al salón, para que pudiéramos cenar y ver una película al mismo tiempo.

Mi día terminó cuando seguí a Alex mientras llevaba al niño a su habitación. Una vez que Xander se hubo acomodado, fuimos juntos a su dormitorio.

"Gracias", murmuré.

Me acurruqué contra el pecho de Alex.

"De nada. No sé exactamente por qué, pero sea lo que sea, estaré dispuesta a volver a lidiar con ello".

"Hoy ha sido muy bonito. Fuiste muy amable con Xander. También eres siempre amable conmigo", le dije.

"Tú me encantas, Sammy, y Xander es un gran chico", dijo. Me moví hasta llegar a sus labios. Lo besé. No fue un gran beso, pero fue suficiente para despertar todos nuestros instintos.

Si Alex se hubiera limitado a abrazarme durante el resto de la noche, habría sido feliz de todos modos. Él, sin embargo, profundizó el beso y luego sus manos empezaron a tocar mi cuerpo, acariciando todos mis puntos débiles.

¿Era esto lo que se sentía al estar casada y tener hijos? Estaba completamente agotada después de un largo día, pero de alguna manera encontré la energía para demostrarle a Alex lo mucho que me gustaba y lo bien que me hacía sentir.

ALEX

No debería haberme sorprendido ver a Roy y a mi madre en mi despacho. El fin de semana había sido memorable. Uno que no quería olvidar nunca. Por un breve instante comprendí por fin por qué los hombres querían formar una familia.

No tenía nada que ver con controlar la voluntad de otra persona, y todo que ver con esa cálida sensación que anidaba en mi pecho. Había sentido esa sensación cuando había ayudado a Xander a abrocharse el chaleco salvavidas y cuando había tenido a Sammy en mis brazos. Era una sensación que nunca habría imaginado poder sentir.

Era exactamente lo contrario de lo que sentí cuando entré en mi despacho y me vi inmediatamente enfrentado a mi madre y al gilipollas de mi tío.

"¿Por qué tarda tanto esta adquisición?". Roy se levantó. Dejó la taza de café con más fuerza de la necesaria y me miró fijamente a los ojos. El café se derramó sobre la mesa.

Mi madre se encargó de limpiarlo todo.

"¡¿La has dejado hacer eso?!" Señalé el desastre que había hecho.

"Ya se encargará ella", soltó Roy.

"Tú has hecho el desastre, no ella, así que límpialo tú".

"No pasa nada, Alexander. Tu limpiadora no habría llegado a tiempo para encargarse de ello. Ya está, todo hecho".

"Esa no es la cuestión, mamá. Él hizo el desastre, no tú".

"¿Por qué sigues hablando de quién hizo el desastre? No importa quién lo haya hecho. Tu madre ya se ha ocupado de ello", replicó Roy.

"No, querido tío, ese es exactamente el problema. Tomas decisiones, dejas líos, exiges que se actúe y no te ocupas de nada. Vienes aquí como si fueras el jefe de la empresa.

Te recuerdo que solo estás en el consejo de administración y tienes apenas el veinte por ciento de las acciones. Esta es mi empresa y yo tomo las decisiones".

"¿Quién crees que vendrá a arreglar las cosas después de que tomes alguna mala decisión? ¿Quién va a arreglar tus desaguisados?", dijo, alzando la voz a medida que insistía más.

"Desde luego, tú no", dije entre dientes apretados. "Y tampoco mi madre".

"Alex", dijo ella en voz baja.

"¿Por qué dejas que te trate así? Es peor de lo que fue papá". La miré directamente a los ojos.

"Alex, es de la familia, un pariente nuestro. Él cuida de mí", respondió.

¿No se daba cuenta del poder que tenía sobre ella? Cerré los ojos y me negué a pensar que pudiera haber algo más entre ellos. No quería meter las narices en esto. No quería saber nada.

La dinámica entre ellos era de dependencia y no era buena. Ella no tomaba decisiones sin él y yo rara vez lo veía sin mi madre a cuestas.

"Lleváis años peleándoos. ¿No es hora de que encontréis la manera de trabajar juntos?", dijo mi madre, señalando las tensiones que siempre surgían.

Esbocé una sonrisa forzada y me senté.

"Mi madre tiene razón", empecé. Volviendo mi atención hacia Roy.

"Estás alargando demasiado el tema de la absorción de la empresa de canguros. Quiero saber por qué", preguntó mi tío.

Apreté los puños hasta que los nudillos se me pusieron blancos.

¿Cuándo había sido la última vez que había hecho una adquisición conjunta con una empresa externa? ¿Había habido alguna durante su mandato como Director General?

"Nos estamos tomando nuestro tiempo para conocer mejor a la otra empresa.

Ninguno de nosotros tiene prisa por llegar a la mesa de firmas. Quieren que entendamos que vamos a obtener un producto de calidad. Piensa en ello como una especie de cita en la que quieres conocer mejor a la otra persona".

Inmediatamente pensé en Sammy.

Salir con ella era diferente a salir con cualquier otra mujer con la que hubiera estado antes.

No había aparecido en mi puerta vestida solo con una minifalda y ligueros, para tenerme despierto toda la noche follando como un loco.

Salir con Sammy había sido un asunto muy lento. Sin prisas. Habíamos pasado tiempo hablando y conociéndonos.

Salir con Sammy también había significado estar en su presencia y consentir a un niño de cinco años que a veces actuaba como un adolescente y otras como si todavía fuera un bebé.

Si hubiera llegado el momento de pasar al siguiente nivel, cualquiera que hubiera sido nuestra relación, no habría tenido dudas. No me habría preguntado si íbamos demasiado deprisa o si nos lanzábamos a algo sin la debida precaución.

Todo habría ocurrido en el momento adecuado, fuera cual fuera el siguiente paso.

"No hay un plazo que guíe el proceso de toma de decisiones. Comprendo tu impaciencia, pero

eso es simplemente todo. Todavía tenemos estudios de casos que hay que revisar y analizar. Estamos evaluando dónde encajarán mejor en nuestro plan general de crecimiento", le expliqué.

Roy siguió fulminándome con la mirada.

"Si así es como ves las citas, no me extraña que nunca salgas con nadie".

"¡Roy!", gritó mi madre. "Sigue siendo un hombre casado".

Se me revolvió el estómago. ¿Por qué tenía que sacar ese tema cuando todavía tenía imágenes de Sammy y de los buenos momentos que pasamos juntos flotando en mi mente?

No necesitaba que me recordaran que estaba legalmente comprometido y que tenía una esposa.

"¿Estás insinuando que mi hijo es un marido infiel?", continuó.

"Nunca he conocido a la chica, y tú tampoco. ¿No es extraño?", dijo mi tío.

"Sin embargo, sigue siendo un hombre casado. ¿No es cierto, Alex?"

Cerré los ojos y deseé haber enfocado toda la conversación de otra manera.

"Sí, sigo casado. Pero eso no significa que haya olvidado cómo cortejar a una posible pareja, laboralmente hablando."

"Ahí es exactamente donde te equivocas, hijo", dijo Roy.

Apreté los dientes. "Salir con alguien es otra cosa", añadió.

Negué con la cabeza. "Vale, no quiero hablar más de citas. Mala metáfora, mal ejemplo. Lo que quería decir es que no hay por qué precipitarse. Aparecer aquí y esperar que vaya más rápido no hace ningún bien a nadie. Lo único que consigue es que te sientas frustrado conmigo solo porque no estoy haciendo las cosas como tú quieres".

Roy refunfuñó. "Parece que estas chicas lo están alargando".

"Nadie está arrastrando los pies, Roy".

"¿Has pensado en obligarlas a aceptar sin mucho alboroto?".

"No puedo forzar una adquisición, si eso es lo que estás insinuando".

"Hazles una oferta que no puedan rechazar", declaró.

"Eso es exactamente para lo que estamos trabajando. Tienes que entender, Roy, que cuando hacemos una adquisición o una fusión con una nueva empresa, o cualquiera que sea el acuerdo final, también tenemos que tener en cuenta a las personas que fundaron esa empresa. Sin ellos no habría nada. Por lo tanto, tenemos que entender si estamos simplemente comprando un software o si estamos combinando esfuerzos para que puedan utilizar nuestro marketing y conocimientos para apoyar su expansión. Hay matices que creo que te estás perdiendo, atrapado en el deseo de ver realizado este proyecto".

Le miré durante un largo instante y luego desvié la mirada hacia mi madre. Había algo extraño en su expresión. Me ocultaba algo.

"¿Hay algo que tengas que decirme?", le pregunté.

Había algo más que nos estaba poniendo a los dos mucho más ansiosos con esta fusión.

"Mamá, no estás enferma, ¿verdad?", le pregunté.

Ella negó con la cabeza. "¿No te falta dinero? ¿Está bien la casa?" Le hice más preguntas.

"¿Adónde quieres llegar, Alex?", espetó Roy.

"Intento entender por qué te molesta tanto esta fusión. ¿Por qué tienes tantas ganas de que se lleve a cabo?".

"¿Y qué tiene que ver tu madre?".

Me encogí de hombros. "No lo sé, por eso hago preguntas. ¿Necesita de repente una entrada de dinero? Necesitas liquidar algunos activos a toda prisa y ¿no estaría bien que tus acciones valieran un poco más de lo que valen ahora?".

"A ninguno de los dos nos falta dinero. Me molesta esta forma de hacer preguntas", resopló Roy.

"Y a mí me molesta que te metas en mis asuntos, en sentido figurado y literal, y que intentes decirme cómo tengo que dirigir esta empresa. Creo que hemos llegado a un punto muerto por esta semana, es hora de que te vayas".

Me levanté y me dirigí a la puerta de mi despacho. Estaba cansado de estos jueguecitos que jugábamos cada semana. Me dejaban un sabor amargo en la boca durante días y días.

Era mi empresa, la que me correspondía por derecho como hijo, y lucharía por defenderla en cada oportunidad que se me presentara.

Mamá se levantó primero. "Todavía vienes a la subasta de vinos del sábado, ¿verdad?".

"Sí, mamá. Estaré allí en tu recaudación de fondos".

Roy pasó a nuestro lado. Mamá le miró el trasero, preocupada.

"¿Hay algo que deba saber?", volví a preguntarle.

"No, de todas formas él solo quiere ser útil", me dijo con una media sonrisa triste.

"Pelearse conmigo desde luego no es *útil*. Búscale un pasatiempo, algo que no sea darme la lata sobre cómo llevar el negocio".

"Tiene miedo de convertirse en un hombre inútil, Alex. Le gusta mantener la mente activa".

"¿Sabe hacer crucigramas? Pues que los haga", me quejé. "Mira, llévale de crucero. Ve en uno de esos barcos fluviales y visita los antiguos castillos de Inglaterra o algo así. Te lo pagaré, en serio".

SAMMY

¿Cómo podía volver a mi vida normal en mi modesto piso después de un largo fin de semana de vida lujosa con Alex? Nunca se había quejado de la sencilla comida que yo preparaba, ni había alardeado ni dicho nada que me hiciera pensar que estaba presumiendo cuando nos llevaba a cenar a un club náutico ridículamente caro.

Aceptaba nuestra forma de hacer las cosas y nosotros hacíamos lo mismo con él. Era fantástico y peligroso al mismo tiempo. Aún no sabía quién era yo en realidad, pero ya lo era todo para mí. Prácticamente ya me había enamorado de él cuando nos casamos. Luego, esos sentimientos y emociones se habían consolidado y fortalecido a medida que aumentaba el tiempo que pasaba con él.

Cuando me desperté en mi habitación, sola, el mundo me pareció un lugar completamente desolado. Intentaba no estar triste por el bien de Xander, pero a veces notaba que mamá no se sentía feliz. De repente, sin Alex, me sentí deprimida.

Después de un par de días no pude soportarlo más, así que le escribí un mensaje.

Te echo de menos.

Intenté no enfadarme cuando no me contestó inmediatamente. Tenía un negocio que atender. Demonios, yo también tenía un negocio que atender, y antes de tener noticias suyas ya había avanzado bastante el día.

Vanessa estaba en la puerta de mi despacho cuando me llamó la recepcionista.

"¿Sí?", respondí.

"Alex Stone está en la línea tres para usted".

Las cejas de Vanessa se arquearon perfectamente por encima de sus gafas. No se movió de allí, deseosa de oír lo que tenía que decir. En lugar de pulsar el altavoz, levanté el auricular. No sabía si eran negocios o algo personal y no quería que Vanessa se enterara de que me acostaba con Alex de aquella manera. Era algo que debería haberle dicho.

"Hola Alex, ¿cómo estás?", dije en tono alegre.

"Esta mañana ha sido un asco. He estado lidiando con Roy y mi madre y solo vi tu mensaje más tarde", respondió.

Me di cuenta de que era una llamada personal. Intenté apartar a Vanessa. Ella negó con la cabeza y me hizo una mueca. Negué con la cabeza y volví a agitar la mano. Con un encogimiento de hombros se alejó de la puerta y se fue de mala gana.

"Siento tu mal día. De todas formas, mi oficina tiene las orejas largas y podrían oírnos", dije.

"Entonces seré breve. Me gustaría invitarte, como director general de Eyes On Care, a una subasta benéfica el próximo sábado. Búscate una niñera".

"¿Cómo sabes que diré que sí?", respondí divertida.

"¿Cuándo has sido capaz de decirme que no?". Alex no tenía ni idea de lo cierto que era eso. "Es un evento de smoking y disfraces, te recojo a las seis".

Tras oír su voz, mi estado de ánimo pasó de la tristeza normal de un lunes por la mañana a una felicidad mezclada con gran alegría, hasta que me di cuenta de que tendría que arreglarme para un evento elegante. En aquel momento, mi estado de ánimo pasó inmediatamente al modo pánico.

Con la subasta benéfica a la vuelta de la esquina, el resto de la semana se me pasó volando. Apenas tuve tiempo de encontrar un vestido apropiado, confirmar mi cita con Dana para el sábado y regatear con ella en caso de que me quedara fuera toda la noche.

"Estás guapísima", me dijo Dana cuando salí de mi habitación.

Mi vestido no tenía nada especial ni distintivo. Era entallado en las caderas y luego se ensanchaba. Era un vestido bastante ceñido, pero yo no era nada delgada, así que se ajustaba a mis curvas, que no tenía ningún problema en lucir. Me maquillé ligeramente, pero añadí un toque de color en las zonas que necesitaban resaltar.

Ella y Xander habían planeado una velada divertida con pizza, videojuegos y películas. A mí, en cambio, me esperaba una larga noche en la que me sentiría fuera de lugar antes de poder estar a solas con Alex.

Sonó el timbre y dejé que Dana se ocupara del niño mientras él corría hacia la puerta principal. La abrió y se abalanzó sobre Alex antes de que pudiéramos detenerlo.

"Eh, campeón. Has vuelto a abrir la puerta sin permiso de mamá", preguntó Alex mientras entraba en casa con Xander en brazos.

Me dio un vuelco el corazón. Alex estaba increíblemente guapo con smoking. Llevaba un traje negro, con un pañuelo púrpura en el bolsillo del pecho.

Dejó a Xander en el suelo y me cogió la mano.

"Estás maravillosa, ¿puedo besarte o te estropearé el maquillaje?".

"Puedes besarme", respondí.

Sus labios eran cálidos y me recordaron lo mucho que le había echado de menos durante la última semana.

"¿Cómo es que llevas un pañuelo púrpura?", le pregunté.

"Una corazonada acertada. Tu color favorito es el púrpura. Las probabilidades de que vistieras de negro o púrpura en un acto oficial estaban a mi favor. Podría haberme equivocado y que aparecieras de rojo".

Sacudí la cabeza. "Nada de rojo para mí".

Después de hablar un momento con Dana, le di un fuerte abrazo y un beso a Xander y luego Alex me llevó al tipo de fiesta que yo creía que solo existía en las películas. Había una alfombra roja y celebridades locales.

Los organizadores habían convertido el atrio de un enorme museo en un salón de baile con orquesta. Parecía un gasto excesivo para una recepción cuyo principal objetivo era recaudar fondos. Al borde de la pista de baile había mesas alineadas con copas de champán por todas partes.

"Creía que era una subasta benéfica. Parece más bien un baile de lujo", dije apoyándome en el brazo de Alex.

"Es un poco de las dos cosas y algo más. En algún momento habrá una presentación y luego, si quieres bailar, tienes que pagar por tu tiempo en la pista."

"Es una forma original de recaudar dinero. Conseguir que todo el mundo participe y luego hacerles pagar".

La cantidad de dinero que se recaudaría aquella noche sería sencillamente asombrosa.

"También es una técnica de venta. Esas mesas son para degustar vinos y si les gusta lo que prueban pueden pujar por botellas individuales. Y luego", se giró antes de señalar a nuestra izquierda, "allí está la subasta propiamente dicha".

No pude ver lo que se ofrecía, pero era evidente que se trataba de objetos de gran valor.

Los preparativos de la velada, el vestido nuevo, los zapatos nuevos también, y el coste de la niñera me habían dejado sin recursos para participar en cualquier tipo de donación privada para esa noche.

Como yo estaba allí en calidad de Directora General de Eyes On Care, oficialmente la empresa haría una donación, pero me parecía que sería juzgada modesta en comparación con todos los demás.

Me rugió el estómago y sentí un repentino desánimo. Mis hormonas debían de estar fuera de control. Tenía los síntomas emocionales típicos del periodo premenstrual y, además, estaba bastante estresada debido a mi horario. Mi cuerpo ya me había hecho eso antes, pero solo cuando había hecho mi último examen antes de la graduación, un par de años antes.

"¡Alex!" Una gran voz retumbó detrás de nosotros.

Las manos de Alex se apretaron a mi espalda mientras nos girábamos hacia el hombre.

"Mi tío", dijo en voz baja.

"¿Tengo que portarme bien?", pregunté.

"Solo si puedes". Entonces Alex alzó la voz y nos presentó. "Tío Roy, te presento a Sammy Cole. Sammy es la fundadora de Eyes On Care".

Le tendí la mano. Iba a ser educada. No es que Alex hablara a menudo de su tío, pero parecía ser un tipo muy insistente, sobre todo los días en que Alex se quejaba de su apretada agenda y de la política laboral, que eran un coñazo.

"¿Es esta la empresa por la que estás tardando tanto?". Los ojos del tío Roy recorrieron mi cuerpo como si fuera un caballo de carreras. "Creo que entiendo por qué haces esto".

"¿Perdona?", dije. No me gustó nada ese comentario implícito. "No sabía que hubiera problemas de tiempo en relación con el estado actual de las negociaciones entre nuestras empresas".

"Pues claro que no los hay", gruñó Alex.

Así que era un punto delicado en el asunto. Se lo preguntaría más tarde. Sin embargo, si alguno de estos dos hombres pensaba que me comportaría dócilmente ante la flagrante misoginia del tío Roy, se equivocaba. "Roy está ansioso por vernos cerrar el trato".

Sonreí forzadamente.

"Creo que todos queremos que las empresas se unan con éxito. No hay necesidad de precipitar las cosas", realmente quería alejarme de su tío. El hombre me miraba demasiado y me hacía sentir incómoda.

"Ah, mamá, ahí estás. Estaba a punto de venir a buscarte".

Volvió a hacer las presentaciones y esta vez sentí bailar los nervios de mi estómago. Era mi suegra. Nadie más que yo lo sabía, pero aun así me ponía nerviosa conocerla.

"Discúlpanos un momento, querida", dijo su madre después de intercambiar algunas cortesías.

Asentí y me alejé, dirigiéndome hacia una mesa con vino. El camarero me explicó cómo funcionaba la degustación. Cada vez que probabas un vino, tenías que pagar y el dinero se destinaba a obras benéficas.

Abrí mi bolso y saqué un billete de cinco dólares. Me pareció que la cantidad de vino que bebería sería limitada; no llevaba encima tanto dinero como para pagar tantas copas de buen vino. Con cinco dólares podría haber probado generosamente el Merlot propuesto.

Con la copa en la mano, volví hacia Alex, su madre y su tío. No debería haberlo hecho. La sensación instintiva que tenía sobre aquel Roy se confirmó. Había oído su vil opinión sobre mí y la madre de Alex estaba de acuerdo con él.

Dejé mi copa de vino en una bandeja junto con otras copas y corrí hacia la entrada.

Tenía que salir de allí.

ALEX

"No puedo creer que estés aquí con esa mujer", dijo mamá.

Roy hizo algunos comentarios, pero yo ya había dejado de escucharle. Trataba a Sammy como si fuera una moneda de cambio y no un socio potencial. Y ahora, cuanto más hablaba mi madre, menos atención prestaba a sus palabras.

"Eres un hombre casado y esa mujer no es tu esposa. ¡Has venido aquí a presumir de amante! No puedo creer que la hayas traído a mi evento. Toda esta gente me conoce y muchos son mis amigos. Tendré que explicarles quién era esa chica que estaba contigo. ¿Qué debo decir cuando la gente piense que era mi nuera, ya que la llevabas bajo el brazo? Si es una simple conocida de negocios, ¿por qué tu pañuelo hace juego con su vestido? Debería darte vergüenza".

Luego, siguió hablando pero yo no escuchaba sus palabras.

Solo oía el palpitar de la sangre en mis venas y el ruido sordo de su interminable decepción. Mi ira crecía con cada palabra resentida que pronunciaba uno de ellos.

"La mujer de la que habláis tan groseramente es una bienvenida invitada mía, así como la directora general de una empresa que estamos intentando adquirir. Os sugiero que..."

"¡¿Sugieres?!" interrumpió mi madre. "Alex, no estás en posición de sugerirnos nada ni a mí ni a tu tío. La mejor persona para acompañarte a un evento como este debería ser tu esposa. Siempre con la esperanza de que ella realmente exista".

Mi mirada se entrecerró mientras mi enfado crecía.

"¿Está ella al tanto de tus aventuras amorosas? ¿Te da vergüenza traerla? Te lo dije, deberías haberte casado con una mujer delgada, que cuidara mucho su figura. ¿Sabe ella que te ves con otras mujeres? ¿Por qué se esconde de nosotros, Alex?".

Los dos seguían acribillándome a preguntas.

Enfadado y cabreado, me di la vuelta y me marché. No tenía intención de darles a mi madre y a mi tío otra oportunidad de reñirme por lo de Sammy aquella noche. Ella y yo nos iríamos en cuanto la encontrara de nuevo. No quería quedarme más tiempo del necesario.

En cambio, no la vi por ninguna parte. *¿Dónde diablos se había metido?*

Me asomé entre la multitud, pero seguía sin encontrarla. Me detuve en la mesa de degustación

más cercana.

"¿Has visto a la mujer con la que estaba antes? Hermosa y bien formada con un vestido púrpura".

El camarero de la mesa se me quedó mirando un momento. No sabría decir si estaba pensando o si su cerebro había dejado de funcionar. "Sí, pagó una degustación y luego se fue", respondió finalmente.

"¿Viste por dónde se fue?", le pregunté.

"Creo que se fue por ahí. Lo siento, no puedo decirle más porque estaba atendiendo a otras personas. Solo la recuerdo porque había pasado un rato explicándole cómo funcionaba la cata de vinos, y luego ni siquiera se molestó en probarlos después de que le sirviera otra copa llena."

Le di las gracias y me apresuré a seguir a Sammy.

La multitud se agolpaba en torno a las puertas mientras todos los invitados se paseaban por la sala. Me pareció verla en medio de toda aquella gente. Al acercarme, me di cuenta de que era ella.

Se pasó las manos por los brazos. No hacía nada de frío, pero parecía estar incómoda.

Era como nadar contra corriente en medio de la gente que intentaba atravesar las puertas principales para salir a tomar el aire.

"Eh, ¿qué haces aquí? ¿Estás bien?"

Se volvió y me miró con sus grandes ojos. Estaba llorando. La abracé y la estreché contra mi pecho.

"¿Puedes llevarme a casa? Creo que no me encuentro nada bien", me preguntó.

"Claro que puedo".

Caminamos despacio hasta el aparcamiento, donde le pedí al aparcacoches que me trajera el vehículo. Me aferré a ella durante los pocos minutos que tardó en volver con el coche.

Al diablo con todo lo que habían dicho mi madre y el cabrón de mi tío.

No me importaba si alguien me veía con Sammy en brazos. Estábamos juntos en un evento y no me avergonzaba en absoluto.

El coche se detuvo y la ayudé a sentarse.

"¿Quieres que pare y te traiga alguna medicina?". Mis entrañas se apretaron de preocupación. Nunca había visto a Sammy tan pálida y triste.

"Solo quiero irme a casa", respondió con voz ronca.

Le di veinte dólares al aparcacoches y me puse al volante.

Instintivamente me dirigí a mi casa, porque en mi cabeza ese era su lugar, conmigo. Iba a cuidar de ella. Pero entonces, antes de girar a la izquierda, se me ocurrió que ella habría preferido su casa, su cama, sus cosas.

Yo habría seguido cuidando de ella.

Una oleada de resentimiento se apoderó de mis entrañas. Mi madre tenía razón, yo tenía una esposa; una mujer llamada Abigail o algo así.

Estaba resentido con mi pasado por haber hecho algo tan desconsiderado. Me había casado. Me había parecido una buena idea. Había servido para algo, pero ahora todo era inútil. Se habían cometido errores y aquella mujer, mi esposa, solo había cobrado algunos cheques.

Ahora que yo tenía el control total de mi empresa, Abigail había pasado al olvido.

El acuerdo inicial había sido por cinco años y luego se habían añadido dos más, así que nada había cambiado para mí. Se acercaba el sexto aniversario.

Solo lo recordaba porque estaba celebrando que por fin me había hecho cargo de Foundation Network Communications. Era una fecha digna de recordar.

Miré a Sammy. Estaba allí, aparentemente más tranquila, mirando por la ventana.

Alargué la mano y le apreté la rodilla.

"¿Estás bien?"

Giró la cabeza y me miró. Parecía muy triste. Me entraron ganas de parar el coche, cogerla en brazos y acariciarla hasta que sonriera.

"Lo siento, Alex. Sé que te apetecía pasar una velada agradable conmigo. Me sentí mal de repente. Creo que ni siquiera pude terminar mi cata de vinos. Pensé que el aire fresco me haría sentir mejor, pero no me encuentro nada bien".

Me aferré al volante. "No te preocupes. Pronto te llevaré a casa".

Tenía razón. Estaba deseando pasar una noche con ella. No me importaba si estábamos bien vestidos o no. Prefería estar desnudo y envuelto en una sábana que acabar la velada así.

La noche de recaudación de fondos no importaba.

En ese momento, lo único que importaba era Sammy.

Giró la cabeza para seguir mirando por la ventana.

Me sentí como un idiota. Si ella era lo único que me importaba, ¿por qué las palabras de mi madre habían sido tan cortantes?

Porque seguía casado. Si alguna vez iba a haber algo más entre nosotros, la quería a ella. Quería una familia con Sammy y Xander.

"Esperaba que te quedaras fuera toda la noche", dijo Danna en cuanto abrimos la puerta.

Xander corrió a abrazar a su madre. Parecía que después de ese abrazo, ella mejoró casi de inmediato.

"No me encontraba muy bien, así que Alex me llevó a casa", explicó Sammy.

"¿Por qué no vas a cambiarte, yo me encargo de todo lo demás?", le dije. "¿Necesitas que te

ayude con algo?".

"No, la sensación de malestar casi ha desaparecido. Ahora vuelvo". Sammy empezó a caminar lentamente hacia su dormitorio.

"Oye", le dije a Dana, "todavía no hemos cenado. ¿Tú y Xander habéis comido algo?"

"Comimos pizza", explicó Xander.

Ya estaba en pijama y parecía listo para ver películas antes de acostarse.

"Bien. Voy a por sopa para Sammy. ¿Te quedas aquí con ella hasta que vuelva?".

"Sí, claro", contestó Dana.

Afortunadamente Sammy no vivía demasiado lejos de algunas cadenas de supermercados y restaurantes. Compré sopa y pan crujiente en un sitio bastante conocido.

Cuando volví, Sammy estaba en el sofá, acurrucada junto a Xander.

"Te he traído sopa de pollo", le dije.

"Gracias, no tenías que hacerlo".

Lo sabía, no hacía falta, no se trataba de eso.

"Quiero cuidar de ti, Sammy. ¿Crees que puedes renunciar a nuestra cita tan fácilmente solo porque no te sientes bien?", le dije, sonriéndole.

"Alex", suspiró.

"Solo me iré a casa cuando te vayas a la cama", insistí.

Me aseguré de pagar a Dana, incluso por todas las horas que le habían prometido y que no se habían hecho debido a nuestro temprano regreso.

Nos sentamos en el sofá a tomar la sopa y a ver los mismos dibujos animados de tiburones que habíamos visto cuando Sammy y Xander se habían quedado conmigo en la casa del lago. No podía apartar los ojos de Sammy, asegurándome de que estaba bien, y no podía dejar de pensar en lo pronto que tendría que redactar los papeles para solicitar el divorcio.

En aquellos casi seis años de matrimonio, nunca había pensado en divorciarme, pero en aquel momento no podía concebir en algo mejor.

SAMMY

"¿Vas a contarme qué está pasando?".

Levanté la vista cuando Vanessa entró en mi despacho y se sentó en la silla frente a mi escritorio. Estaba escribiendo un correo electrónico, así que volví a concentrarme en las palabras, pero ella parecía enfadada. Tenía una ceja hacia abajo y la otra arqueada hacia arriba. Llevaba unas gafas finas en forma de ojo de gato, lo que acentuaba el arco de sus cejas. Tenía los labios apretados, pero la señal de que algo le preocupaba de verdad era la forma en que se le había borrado el carmín del labio inferior.

"Dame un segundo, tengo que concentrarme", le dije al terminar de escribir. El e-mail no era demasiado importante, pero había que enviarlo y no quería olvidarme de hacerlo.

Si me paraba ahora a hablar con Vanessa, se convertiría en una posibilidad muy real. Mi capacidad de concentración había sido relativamente escasa últimamente. Al ser madre de un niño pequeño, me había convertido en una profesional de la multitarea. Era un requisito ser capaz de hacer varias cosas al mismo tiempo. Sin embargo, en las últimas semanas, mi concentración se distraía con facilidad y luego olvidaba por completo lo que estaba haciendo.

Pulsé enviar con un suspiro de satisfacción y me volví hacia Vanessa.

"Bien, ¿cuál es el problema?". Extendí las manos sobre el escritorio y le presté toda mi atención.

"Sé que estás saliendo con Alex Stone. Lo que no sé es si realmente es una cita... y no trabajo". Hizo una pausa dramática. "Supongo que estás hablando con él sobre el acuerdo de negocios".

Intenté no hacer una mueca de dolor ni revelar nada, sonriendo como una idiota o algo así. Sí, estaba viendo a Alex, mucho más de lo que nuestro acuerdo comercial justificaba. Y hablábamos de los acuerdos reales mucho menos de lo que deberíamos. Las cenas de negocios se habían convertido en citas en las que nos mirábamos como niños enamorados en lugar de definir los términos exactos del acuerdo. Aún no habíamos decidido si Foundation Network Communications nos compraría o simplemente nos adquiriría y nos permitiría seguir haciendo lo nuestro.

Yo esperaba lo segundo. Quería llevar Eyes On Care lo más lejos posible. Imaginaba expandirme a otras áreas e involucrarme en otros mercados, no solo en el cuidado de niños.

"Lo vi hace poco más de una semana. Fuimos a una gala de recaudación de fondos. Lo siento, pero no hablamos de negocios. Estaba demasiado ocupado explicándome cómo funcionaba la

cata de vinos y luego me sentí indispuesta", le expliqué.

El malestar general que había surgido tras oír las crueles cosas que su madre y su tío decían de mí se había convertido en un verdadero problema. Mis síntomas oscilaban entre los de un resfriado y los de una gripe leve. Seguí sintiéndome mal durante todo el fin de semana y la semana siguiente.

Alex venía a mi casa de vez en cuando, comprobando constantemente mi estado de salud. Y se aseguró de que Xander comiera demasiado.

Arrugó la cara.

"¿Mencionó algo que pudiera sugerir que iba a cambiar de opinión?

"¿Qué? De ninguna manera. ¿Qué pasa, Vanessa?"

Ella tenía un contacto más directo con Foundation Network Communications. Intercambiaban información sobre clientes y trataban cosas más detalladas. Alex y yo, en cambio, solíamos hablar de los grandes objetivos y de cómo imaginábamos la colaboración entre las dos empresas, mientras que Vanessa y su persona de contacto hacían el trabajo real, aportando la documentación necesaria.

"Recibí una llamada de Harper informándome de que habían decidido recurrir a una empresa de contabilidad externa", me explicó. "Solicitó acceso a todos nuestros registros financieros, empezando por el principio".

No me pareció mal. Tenía sentido que comprobaran nuestras cuentas. Tenían que comprobar si ganábamos dinero o no.

Sacudí la cabeza. No entendía el problema. Luego continuó.

"Ya hemos pasado por este procedimiento. Su equipo ya había revisado nuestros registros. Parece que han cambiado de opinión o han encontrado una razón para no continuar con el trato", añadió agitada.

Si ella había notado algo extraño, sin duda había un problema.

Intenté pensar. ¿Había ocurrido algo? ¿Alex había decidido que fusionar nuestros negocios sería una mala idea si además estábamos involucrados emocionalmente?

Al principio, cuando se había mostrado tan ansioso por cortejarme, le había dicho que podía mantener separados los negocios y el placer. Ahora tal vez, de alguna manera, las cosas habían cambiado demasiado.

"Sammy, no tenemos registros de los dos primeros años. No existen. ¿Tal vez se trata de eso?"

"No lo sé. ¿Sabía entonces que estaba montando un negocio? No, pensaba que estaba creando una red de intercambio de canguros. Tienen que entender que es así. Tenemos una documentación sólida. ¿Tan importantes son estos datos?", le pregunté.

No nos estaban adquiriendo para el pasado, sino para el presente. Teníamos la documentación al día. Pagábamos a nuestros empleados y declarábamos nuestros impuestos regularmente.

Vanessa negó con la cabeza. "No lo entiendo. Creo que está pasando algo más. ¿Estás segura de que no oíste nada extraño? ¿A Alex no se le escapó nada?".

La miré de reojo. ¿Qué estaba diciendo?

"Algo está pasando entre Alex y tú. No puedo decir si es una relación real o si tal vez estás ganando tiempo para ver cómo funcionan las cosas. Ese tipo, sin embargo, es muy atractivo".

"¿Ganando tiempo? En todo caso, yo debería estar dando largas. Yo no soy la causa de este problema. No sé si tenemos el tipo de relación en la que podría llamarle y preguntarle directamente, pero si crees que ayudaría, lo haré".

Era perfectamente capaz de llamar a Alex para preguntarle cualquier cosa sobre este acuerdo, pero no quería que Vanessa lo supiera. Sus colaboradores tenían que decidir de una vez por todas qué estrategia adoptar. Nos habíamos dirigido a ellos de buena fe y nos habíamos presentado como una oportunidad viable de adquisición o asociación. Cualquier retraso era sin duda culpa suya.

Sus cejas se alzaron como si no me creyera. Entonces cambié de táctica.

"Le llamaré. Le invitaré a una copa y me lo ganaré con mis dotes femeninas, a ver si consigo seducirle y que me cuente algo". Pensé que usando un poco de humor podría disuadir las sospechas de Vanessa.

Pareció funcionar. Su expresión recelosa desapareció y pareció relajarse.

"Sé que esta ha sido tu idea desde el principio", continué. "Estoy totalmente de acuerdo contigo. Trabajar con la Foundation Network Communications sería muy beneficioso para nosotros. No importa de qué forma, sigo estando a favor de esta colaboración. Nos vendría muy bien para hacer crecer Eyes On Care y, francamente, si decidieran absorbernos por completo y liquidarnos, tampoco sería un mal negocio. Déjame llamar a Alex a ver si sabe algo".

Torció la boca hacia un lado. El escepticismo sobre mis habilidades brillaba en su expresión.

"¿Qué tal si me quedo aquí sentada y tú le llamas?".

Me encogí de hombros. "De acuerdo", respondí.

Pulsé el interfono para llamar a la recepcionista y puse el altavoz.

"Hola, ¿puedes llamar al despacho de Alex Stone por mí?".

"Claro".

No solía pedirle a la recepcionista que llamara por mí, pero ya lo habíamos hecho lo suficiente como para que se aprendiera el procedimiento. Llamaba al despacho de Alex y su ayudante nos ponía con él o le avisaba de que habíamos llamado.

Era el tipo de movimiento que los ejecutivos de alto nivel hacían entre sí. Era la forma que tenía Alex de llamarme antes de que aceptara salir con él y le diera mi número de móvil. También era una forma de mantener en secreto que había algo entre nosotros.

"Hola, soy Alex. ¿Por qué me has llamado esta tarde, Sammy?". Su tono de voz era

perfectamente profesional.

"Hola, Alex. Vanessa está aquí conmigo". Otra pista para no caer en lo personal en esa llamada "Ella se encontró con un problema con Harper. Seguro que no es para tanto, pero quería pedirte una aclaración".

Hice lo posible por mostrar toda la preocupación en mi voz. No quería que Vanessa pensara que no confiaba en ella o que la subestimaba. Ya me trataba con demasiada desconfianza.

"Haré lo que pueda, pero Harper es el encargado de completar algunos pasos para sacar esto adelante", añadió.

"Ese parece ser el caso. Ha pedido que se presente documentación a un auditor externo. Eso me parece un paso atrás. ¿Puede confirmarnos que se trata más bien de una especie de comprobación adicional de datos que ya ha visto?". Asentí a Vanessa para confirmarle que le estaba pidiendo la información que necesitaba para estar tranquila.

"Te pongo en espera", dijo Alex.

Vanessa y yo nos miramos en silencio mientras esperábamos a que volviera a ponerse al teléfono.

"¿Estás ahí? Gracias por esperar. Acabo de hablar con Harper. Por lo visto, esta petición vino expresamente de la junta directiva. Supongo que podemos llamarlo un paso casi obligatorio. Hay varios miembros de la junta que están intentando agilizar este proceso", explicó.

"¡Esto no es acelerar nada en absoluto!", soltó Vanessa.

"Estoy de acuerdo, pero tampoco me parece que esté ralentizando mucho las cosas", replicó él.

"Gracias, Alex. Creo que nos has tranquilizado. Nos aseguraremos de hacerle llegar los documentos necesarios a Harper". Luego terminé la llamada.

Vanessa se levantó y se ajustó la falda.

"Sigo pensando que esto no me gusta y que hay algo más debajo. No soy estúpida", dijo mientras salía de mi despacho.

ALEX

Me pasé el fin de semana rebuscando entre mis papeles privados en el despacho que ahora era de Harper. Cuando Red había abandonado el lugar de trabajo, lo había puesto todo en orden, pero eso no significaba que yo pudiera encontrar algo fácilmente. Su sistema de archivo no se había hecho simplemente por orden alfabético.

Las cosas estaban organizadas por temas. El antiguo Shelby Mustang GT 350 estaba archivado en la letra A de automóviles, no en Ford ni en Mustang. Aunque comprendía el sistema que había preferido utilizar, no pude encontrar ninguna información sobre Abigail Sam.

Esperaba que hubiera al menos algún registro de mi licencia de matrimonio. Tenía que haber documentación. No encontré nada. Ni siquiera bajo la letra E de "esposa".

Había llegado el momento de solicitar el divorcio. Le enviaría flores y una nota de agradecimiento junto con los papeles. Abigail Sam había sido una falsa esposa muy útil, pero había llegado el momento de seguir adelante con mi vida. No podía hacerlo mientras estuviera legalmente ligado a ella. Acabara donde acabara.

El lunes por la mañana temprano, Vanessa llegó directamente al despacho de Harper.

"Buenos días, me alegro de verte", le dije, estrechándole la mano.

Cuando se trataba de hablar de todo lo relacionado con Eyes On Care, había pasado la mayor parte del tiempo con Sammy y no con ella.

"¿Qué te trae a nuestra consulta esta mañana?".

Se ajustó la montura de sus gafas rojas en la nariz. La elección del color de sus gafas era casi sorprendente. Cada vez que la veía, llevaba un par distinto.

Vanessa resopló ligeramente molesta.

"Harper y yo pensamos que sería más fácil proporcionarte algunos documentos si estabas presente", dijo.

"Como sabes, la junta ha intervenido y ha expresado su interés en el proceso de adquisición", intervino Harper.

Se lo confirmé. Había tenido una discusión con Roy y mi madre sobre la influencia indebida de la junta en el asunto. Querían tener un papel activo en el funcionamiento de la empresa a toda

costa. Por desgracia, eso significaba más esfuerzo para todos los implicados. Harper había hecho un trabajo magistral manteniendo contentos a Eyes On Care y consintiéndoles todo. No me habría sorprendido en absoluto que ella y Sam hubieran cambiado de opinión y se hubieran cansado de ello.

Si eso hubiera ocurrido, ambas empresas habrían perdido cientos de horas de trabajo y Foundation Network Communications habría dado la impresión de ser incapaz de cerrar un trato. Desde luego, no era la reputación que yo quería crear y, de todos modos, en ese caso, Eyes On Care tendría de repente los ojos del mundo de la tecnología y la informática sobre ella.

Si el consejo hubiera echado por tierra el acuerdo, me habría cabreado.

Quería que Sammy tuviera éxito, pero quería formar parte de ese triunfo y no ser el idiota que lo había arruinado.

"Agradecemos tu disposición a seguir adelante con la junta", le dije a Vanessa. "Harper hará todo lo posible para que todo vaya lo mejor posible. ¿Verdad, Harper?"

"Por supuesto, como siempre".

Harper se aseguró de que Vanessa no pudiera verle la cara y me hizo una mueca con los ojos muy abiertos. Estaba bastante molesto por la intromisión de la directiva.

"Oh, no me hagas caso, sigue con lo tuyo, yo voy a salir a por un café", dijo Vanessa mientras salía del despacho.

Me acerqué al escritorio y bajé la voz.

"Necesito ayuda con un asunto personal".

Harper soltó un suspiro exasperado y abrió los ojos. "Alex, cuántas veces te he dicho que no me interesa convertirme en tu asistente personal también en casa. ¿Por qué no contrataste a alguien en vez de a Red?".

"Porque soy un hombre adulto y en su mayor parte puedo encargarme de todo yo solo. Sin embargo, Red guardó unos documentos personales y no los encuentro en sus archivos".

Sacudió la cabeza. Comprendí su reacción. No se suponía que fuera tan fácil para él.

"¿Por qué crees que sé dónde los guardó Red? ¿Por qué no le llamas o le envías un correo electrónico?", dijo.

"Lo he intentado, pero su bandeja de entrada sigue respondiendo con una de esas respuestas automáticas que dicen que está fuera de la oficina. Lo sé, no debería haberle dejado marchar sin que me dijera exactamente dónde estaba todo".

Harper soltó una carcajada cortante. "Alex, ¿en serio estás mintiendo? Estamos hablando de Red. Te habrá dicho dónde estaba todo. Probablemente estabas demasiado ocupado haciendo pucheros porque se había ido para prestarle atención".

"Yo nunca hago pucheros", repliqué.

"Está bien, jefe. Si tú lo dices".

Parecía muy decepcionado conmigo. Creo que en realidad me dolía más decepcionar a Harper que ser un fracaso a los ojos de mi madre.

Él al menos sabía de lo que yo era capaz, mi madre no tanto.

"¿Puedes intentar averiguar qué abogado tiene mis papeles matrimoniales?", le pregunté.

"Oh, ya está aquí la esposa misteriosa", comentó Harper.

"Mierda, espero que no. Le he perdido la pista y creo que es hora de poner fin a este acuerdo".

"¿Y qué quieres que haga exactamente?", preguntó.

"Pues tienes que hacer tres cosas. Encuéntrala, averigua dónde está mi certificado de matrimonio y consígueme un abogado para el divorcio", le dije.

"Oh, vaya. Un divorcio. Siempre pensé que seguirías casado para siempre con esa mujer misteriosa. En realidad, Alex, ni siquiera creía que estuvieras casado de verdad".

Sabía exactamente a qué se refería. Nunca había dejado que mi matrimonio me impidiera conocer a otras mujeres. Estar casado solo me había impedido salir con una en serio y abiertamente. Ahora que veía a una mujer que realmente deseaba, mi matrimonio no era más que un obstáculo para mí.

"¿Cómo se llama tu mujer?", preguntó Harper.

"Sam. Abigail Sam".

Vanessa entró justo en ese momento con un café en la mano cuando me volví para mirarla. Se había detenido en la puerta y me miraba como un pez de colores, con los ojos grandes y redondos, la boca abriéndose y cerrándose sin hacer ruido. De repente sacudió la cabeza y volvió en sí.

"¿Abigail Sam?", repitió, mientras se sentaba frente a mí.

"Así se llama mi mujer", admití. No tenía sentido ocultarlo o negarlo, al fin y al cabo era de dominio público.

"No sabía que estuvieras casado", afirmó Vanessa.

Me encogí de hombros. "Casi siempre hemos vivido separados. Te he robado demasiado tiempo esta mañana. Harper, ¿es algo de lo que puedas ocuparte?".

"Sí, debería poder averiguar quién tiene los documentos que buscas. Y ya que estoy, tendré que pedir a Recursos Humanos que te busque un asistente personal".

"Si lo hicieran, ¿qué excusa tendría para ir a tu despacho y pedirte favores imposibles?", dije bromeando.

Probablemente tenía razón; debería tener a alguien que se ocupara de mis asuntos personales, no relacionados con los negocios.

Salí de su despacho y subí en el ascensor hasta el mío.

Me molestaba que Vanessa estuviera allí. Era un activo valioso para Eyes On Care, pero su presencia hacía que pareciera que no pensábamos con claridad.

"Llama a Sammy", dije en voz alta.

"Llamo a Sammy Cole", respondió la voz del ordenador.

"Buenos días, Alex", contestó la cálida voz de Sammy por el altavoz.

"Buenos días, quería disculparme oficialmente por las tonterías que está haciendo la junta en estos momentos. Vanessa no parecía nada contenta de estar aquí".

"¿La has visto esta mañana?", preguntó Sammy.

"Sí, está trabajando directamente con Harper. La vi de pasada. No tenía ni idea de que hubiera llegado a esto. Les llamaré dentro de un rato. Me doy cuenta de que es un trabajo innecesario y de que interfiero en lugar de ayudar".

"¿Cómo vas a disculparte adecuadamente ante Eyes On Care para demostrar que se trata de un incidente aislado?", dijo riendo.

"Bueno", bajé la voz y empecé a pensar en todas las formas en que podía demostrarle a Sammy que sentía lo que estaba pasando.

"Supongo que podríamos empezar con una cena fuera. Pregúntale a Dana si está disponible para cuidar al niño".

"Te detendré ahí mismo, Alex. A título personal, aprecio la dirección que estás tomando en el trabajo, pero realmente creo que la junta debe ponerse las pilas".

"Acabo de decirte que hablaré con ellos. Esperemos que piensen lo mismo que nosotros". ¿Puedo volver a la nota personal? Te eché de menos el fin de semana. ¿Puedo verte esta noche?"

"Yo también te he echado de menos, pero esta noche no puedo. Tengo una cena con una amiga a la que hace años que no veo. Está en la ciudad y este era el único tiempo libre que tenía".

"Lo entiendo", le dije. No me hacía ninguna gracia, pero ella tenía derecho a tener amigas. "¿A finales de semana?"

"A ver cómo estoy. Últimamente me siento muy cansada".

"De acuerdo. Recuerda que para mí está más que bien quedar y ver una película tranquilamente", le recordé.

"Sé que te preocupas mucho por mí y también sé que siempre estás disponible. Aprecio mucho eso de ti".

SAMMY

Normalmente, cuando Vanessa venía a mi despacho para charlar, se anunciaba en la puerta, entraba y se sentaba. No importaba lo que yo estuviera haciendo. Esperaba, charlaba y al final llegaba a lo que tenía que decirme.

Teníamos una relación de trabajo muy relajada y familiar. Así que cuando no dijo nada, cerró la puerta tras de sí y se quedó mirándome fijamente, supe que algo iba mal.

Seguía sin sentirme del todo bien. No tenía fuerzas para discutir, ni para complacerla, ni para excusarme por lo que fuera que le molestara.

"Si el consejo de la Foundation Network Communications nos ha fastidiado tanto, yo diría que nos olvidemos de ellos", exclamé antes de que ella tuviera ocasión de decir nada.

Quizá si hubiera sabido que estaba dispuesto a dejarlo pasar antes de permitir que agravaran la situación, no se habría enfadado tanto. Sin embargo, estaba enfadada. No molesta, sino furiosa. No recordaba haberla visto nunca así.

"Abigail-Samantha, ¿a qué coño te crees que estás jugando?", me regañó.

El tono y la brusquedad con que pronunció mi nombre me trajeron recuerdos de mi juventud. Recuerdos que creía guardados y olvidados. Sonaba como mi madre. Mis nervios de guerra entraron en acción. Me corrió el sudor por el labio superior y me estremecí mientras se me erizaban todos los pelillos de la nuca.

Temblé presa de un pánico repentino y de una reacción involuntaria.

Se me secó la garganta en cuanto intenté tragar. No sabía lo que había hecho, igual que cuando era niña. Ni siquiera entonces. De niña no me había dado cuenta de que no era necesario que hubiera hecho algo para que mi madre se volviera contra mí.

Ahora, en cambio, era plenamente consciente de que había hecho algo para que alguien se volviera agresivamente contra mí. Ahora estaba en condiciones de defenderme y no de sentarme y hacerme la víctima.

Me puse en pie. Seguía temblando, pero al menos sabía que no me enfrentaba a mi madre, sino solo a la sombra de un recuerdo que Vanessa había desencadenado.

"Antes de que sigas regañándome como a una niña traviesa, tienes que tomarte un momento", dije con voz severa.

"Y una mierda. Estás casada con él. ¿Qué demonios creías que estabas haciendo?".

Caí de espaldas en la silla con un ruido sordo. Parpadeé. ¿Cómo se había enterado? Alex ni siquiera se había dado cuenta de quién era yo.

"Estaba en el despacho de Harper y empezaron a hablar de Abigail-Sam. Alex ni siquiera dudó en decir que eras su mujer. Y no trató de negarlo. ¿Cuántos Abigail-Sam crees que hay por ahí?".

Estaba desconcertada. No sabía adónde dirigirme ni qué decir. El pánico que Vanessa había desatado se agitó en mi interior. Mi estómago se rebelaba. Intenté respirar lentamente para calmarme. Toda esta situación me estaba poniendo enferma.

"¿Te acostaste con él?"

Levanté la mano. "Deja que te lo explique".

"No, Sammy. No puedes inventar excusas para librarte. ¿Por qué no me dijiste que estabas casada con él cuando empezamos todo esto? No me extraña que la Junta exija auditorías adicionales. ¿Qué implicaciones tiene fusionar las dos empresas cuando son propiedad de la misma pareja?".

"No es así", conseguí decir.

"¿De verdad? Entonces, ¿de qué se trata? Estás casada con Alex Stone, ¿por qué fingimos que no sabe nada de esto?". Apretó los labios y me miró fijamente: "Nos has mentido a todos. ¡A todos! No eres una pobre madre soltera que empezó este negocio por desesperación. Menuda puta mentira. Se ha ido toda la credibilidad que teníamos".

Luego se dio la vuelta y se dirigió a la puerta. "Tengo que decírselo a Cindy y a Brad. Se van a cabrear mucho por esto. ¿Recibiremos siquiera una indemnización cuando se acabe todo este embrollo de la adquisición?".

"¡Basta!", conseguí gritar. Me corrían las lágrimas por las mejillas. Estaba enfadada, humillada y dolida. ¿Cómo podía Vanessa pensar realmente esas cosas de mí?

"No lo sabe. No sabe que soy yo. Llevamos separados prácticamente desde el día después de casarnos". Mi mente iba de un lado a otro, pensando en lo que podía o no podía decirle a Vanessa. Necesitaba que me creyera, que confiara en mí.

Ella soltó una carcajada aguda y desdeñosa.

"¿De verdad me estás diciendo que tu marido no sabe que eres su mujer?".

"Entonces tenía un aspecto completamente distinto. Era rubia y llevaba el pelo corto. Usaba lentillas. Esperé a que se diera cuenta de quién era, pero no lo hizo. Solo me vio un día y luego desapareció. Vamos, Vanessa, ¿de verdad crees que viviría en un piso de dos habitaciones si Alex Stone fuera mi marido de pleno derecho?".

No parecía creerme. Permaneció con los brazos cruzados, negando con la cabeza.

"No lo entiendo. Si no le has visto desde que te casaste, ¿por qué sigues casada? ¿Por qué no anulas el matrimonio o te divorcias? Sammy, hazme comprender lo que está pasando. Dame una razón para creer todo lo que me estás diciendo ahora".

Dejé escapar un largo y lento suspiro. No sabía cómo explicarlo con sensatez.

"No sé por qué crees que no puedes confiar en mí. Nunca he mentido. Soy una madre soltera que montó este negocio por necesidad. Mi marido nunca se ha involucrado. Solo estamos legalmente casados. Y que yo sepa, hay una razón legal para que sigamos casados. Antes de todo esto, la última vez que vi a Alex Stone en persona fue en una habitación de hotel de Las Vegas. Pensé que me reconocería inmediatamente cuando entráramos en su despacho".

Vanessa se quedó mirándome. No sabía si creía mis palabras o no. No mentía, nunca lo había hecho. Mi estado civil nunca había sido un tema de discusión.

"¿Me estás tomando el pelo? ¿Es una especie de venganza personal contra él?".

La pregunta de Vanessa no tenía sentido. *¿Venganza?*

"¿Por qué iba a vengarme de Alex o de su empresa?".

Se encogió de hombros. "No lo sé, dímelo tú".

No se me ocurría ningún motivo. De hecho, apenas podía comprender su enfado. Solo conseguía mirarla con incredulidad.

"Quiero hablar con Cindy y Brad. Quiero ver qué piensan de todo esto".

Cuando se volvió hacia la puerta, encontré por fin una pizca de entereza.

"Adelante. No importa lo que decidáis los tres. Esta empresa sigue siendo mía. Es una empresa unipersonal. Habéis elegido no formar parte de una empresa. Al fin y al cabo, tú sigues siendo una simple empleada. Brad y Cindy también lo son.

Se volvió hacia mí con una rapidez impresionante.

"¿Es eso? ¿Intentas arruinar el acuerdo con ellos para no tener que pagar porcentajes a los empleados, como nos prometiste a todos?"

Todo ese tiempo había pensado que Vanessa era mi amiga. Habíamos construido juntos aquel negocio. Yo había querido que fuera socia, pero ella no había querido. Yo había deseado crear una empresa y repartirnos las acciones, pero ella me había disuadido.

Por primera vez pensé que tal vez, después de tanto tiempo, había tenido razón al tomar aquellas decisiones. Se me revolvió el estómago.

"Piensa lo que quieras, pero sal ahora mismo de mi despacho".

Se marchó enfadada, llevándose consigo años de colaboración y amistad.

Cuando se marchó, tuve un atisbo de esperanza de que reconsiderara su decisión. Me senté e intenté concentrarme y dejar que mis entrañas se calmaran. La cabeza me daba vueltas y el estómago se quejaba incómodo.

Cerré los ojos e intenté no pensar. Quedarme quieta y concentrarme en la respiración no me ayudaba. Me acerqué a la papelera y vomité.

Ya no me sentía bien antes, y mucho menos ahora.

No iba a quedarme mucho tiempo en la oficina. Cerré el ordenador y cogí mi bolso. Tenía que sentarme en el coche hasta que se me pasaran las náuseas y la cabeza dejara de darme vueltas lo suficiente como para sentirme segura para conducir.

Agarré el volante hasta que se me pusieron blancos los nudillos.

Años antes había cometido errores. En aquel momento pensé que aquellas acciones me estaban ayudando, mientras que ahora amenazaban mi negocio, mis amistades y toda mi vida.

Si Vanessa había reaccionado con tanta vehemencia porque yo estaba casada con Alex, ¿cómo demonios reaccionaría él cuando descubriera quién era yo en realidad?

Tenía que aceptar el hecho de que había mentido. Me lo había hecho a mí misma, pensando que podía ser Sammy y dejar atrás a Abigail-Sam, con todos sus recuerdos y sus malas elecciones vitales. En cambio, ya no podía ser lo que había sido en el pasado, por mucho que lo deseara.

Tenía que decidir qué contarle a Alex y, desde luego, no iba a salir bien.

Con solo pensarlo, se me revolvió el estómago. Tuve que parar y vomitar de nuevo.

ALEX

"Eh, jefe", la voz de Harper resonó por los altavoces del teléfono.

"Sí, Harper, dime, ¿qué tienes para mí?". Había esperado todo un día a que me devolviera la llamada. Más valía que se tratara de la información que necesitaba.

"Te envío los datos de contacto del equipo jurídico que tiene tu acuerdo prenupcial y tu certificado de matrimonio. Me llevó un tiempo, pero los localicé".

"¿Cómo que los has localizado? Lo dices como si hubiera sido un calvario. Supongo que entonces Red no recurrió al equipo jurídico de aquí".

"No lo hizo. Es un bufete externo que había utilizado antes. Si lo piensas, tiene sentido. Un abogado interno habría sabido demasiado sobre tu negocio. De todos modos, Royce James está esperando su llamada. He podido confirmar que utilizaste su bufete, pero sin saber para qué. Y como no son ni tú ni Red, únicamente estuvieron dispuestos a darme su información de contacto y eso es todo". Luego continuó. "Lo siento, pero eso significa que tú tendrás que tomar cartas en el asunto. La buena noticia, sin embargo, es que una vez que presentes y firmes los papeles, serás un hombre libre dentro de dos meses".

"¿Dos meses? No estaría nada mal. ¿Cómo sabes que son solo dos meses?", le pregunté.

"Lo he mirado", respondió. "Sé que en algunos lugares no existe el divorcio rápido. Sin embargo, en otros, cuanto más pagues, más rápido podrás conseguir la separación. Pensé que te gustaría saber cuánto más te costaría, pero como te dije el abogado no quiso hablar conmigo. En cualquier caso, si pagas, una vez firmados los documentos tarda unos sesenta días".

Dos meses después de firmar los documentos.

Yo estaba dispuesto a firmar los documentos en aquel preciso momento. No era un plazo especialmente largo, pero en el punto en que me encontraba en aquel momento, casado, comparado con el punto en que quería estar, soltero y capaz de reclamar a Sammy para mí, sesenta días me parecían mucho tiempo.

"Gracias, le llamaré", le dije. No me apetecía esperar ni un segundo más, quería solucionar las cosas.

"¿Eh, Alex?", preguntó Harper antes de que pudiera terminar la llamada.

"¿Sí?"

"¿Estás seguro de que tu mujer no se opondrá? Ya sabes, demandar por la pensión alimenticia, alargarlo por dinero, etc., sería un verdadero lío".

Solté una carcajada. "No, no se opondrá. El acuerdo prenupcial fue muy claro desde el principio".

"¿Así que sabíais que os divorciaríais en algún momento?". Harper solo hacía preguntas cuando la información era pertinente para su trabajo. Sin embargo, aquellas preguntas sonaban francamente entrometidas.

"Gracias por la información y el contacto, Harper". Terminé la llamada sin responder a sus preguntas.

"Llama a recursos humanos", ordené al ordenador.

"Llamada a recursos humanos efectuada", respondió la voz informatizada.

"Sr. Stone, ¿en qué puedo ayudarle hoy?".

"Estoy comprobando el estado de una solicitud que se ha presentado. Necesito un asistente personal", dije.

"Te paso con Marty. Ella se encarga".

Me pusieron en espera hasta que contestó una mujer, que supuse que se llamaba Marty.

"¿Hola, Sr. Stone?"

"¿En qué punto estamos con la contratación de mi asistente personal?", le pregunté.

"Acabo de recibir la solicitud ayer, Sr. Stone. Me he puesto en contacto con dos agencias de la ciudad para que nos ayuden a encontrar candidatos adecuados. ¿Hay algo de lo que deba informar a las agencias? ¿Necesitas a alguien inmediatamente? Puedo encontrar un trabajador temporal". Parecía muy nerviosa y preocupada.

"No, no. Solo quería comprobarlo. Mantenme informado de cualquier progreso y quiero entrevistar a los tres mejores candidatos".

"Sí, señor. Lo haré".

La llamada terminó. Normalmente no intervenía personalmente en una tarea que me habían asignado. Sin embargo, algo en las preguntas de Harper me molestaba.

Probablemente era simple curiosidad. Al fin y al cabo, aunque en la oficina se sabía que estaba casado, mi pequeño golpe que había expulsado a Roy de la oficina no era ningún secreto. Mi mujer, en cambio, sí lo era.

Durante al menos un año, los rumores sobre quién era realmente se propagaron a través de los cotilleos de la oficina. Las teorías conspirativas se habían extendido en oleadas por los pasillos y entre los distintos empleados.

¿Estaba realmente casado? ¿Había un hijo secreto por ahí?

Las especulaciones de que me había casado con cualquiera, desde la hija de un acaudalado barón

petrolero de Texas hasta una supermodelo que no podía revelar que estaba casada debido a obligaciones contractuales, se habían arremolinado entre los cotillas.

Yo los había ignorado a todos. Con el tiempo, las habladurías se calmaron. El matrimonio me había sido más o menos impuesto para obtener lo que me correspondía. No me molestaba que la gente intentara averiguar qué había ocurrido realmente. Ahora, sin embargo, había llegado el momento de poner fin a aquella farsa. Las razones de mis decisiones solo me incumbían a mí.

Llamé al abogado que Harper había localizado. La recepcionista me puso un poco nerviosa cuando se trataba de que hablara directamente con Royce James, hasta que le dije exactamente quién era y por qué llamaba.

Parecía que de repente había pasado de una situación en la que a nadie le importaba que estuviera casada, a otra en la que todo el mundo sabía que lo estaba y que estaba solicitando el divorcio.

"Te paso directamente", dijo por fin.

"Señor Stone, nunca antes había tenido el placer de tratar con usted. Siempre hemos trabajado a través de su colaborador, Red".

Charlamos un poco sobre el hecho de que él ya no trabajaba para mí y que yo había perdido la pista de algunos datos importantes, en particular que ellos eran el bufete que se ocupaba de mi acuerdo prenupcial y que tenían en su poder los documentos del matrimonio.

Royce me explicó que, basándose en la información que Harper había podido proporcionarle, había procedido a recopilar mis datos.

"Tu acuerdo prenupcial es muy específico en cuanto a las consecuencias en caso de que alguna de las partes solicite el divorcio. Puesto que procedes después del plazo establecido en el acuerdo, no debería haber ningún problema".

"¿Con qué rapidez se pueden redactar los documentos?", le pregunté.

"La redacción de los documentos no supone ningún problema. Tenemos la información de contacto de su mujer, pero si está desactualizada, notificar los documentos podría ser otro asunto".

"Si tienes la información de contacto antigua de Abigail, seguro que uno de sus investigadores puede localizar su paradero actual", le dije.

"Por supuesto, eso no debería ser un problema".

Le di el visto bueno para que procediera a redactar el acuerdo de separación y contratara a un investigador para localizar a mi mujer.

"Una cosa más: me gustaría que los documentos se entregaran con flores y una nota de agradecimiento".

"Seguro que podemos ocuparnos de eso", respondió el abogado.

Entonces le dije que me llamara cuando la encontraran con un horario para la entrega de todo. Hecho esto, solo me quedaba otro obstáculo.

Tenía que decírselo a Sammy.

Tenía que saber que me estaba divorciando y que quería estar con ella. Sin embargo, algo dentro de mí me decía que debía esperar. Aún no era necesario que supiera que iba a pedir el divorcio. Podía esperar y decírselo cuando todo estuviera hecho.

No quería que se culpara de mi divorcio. El matrimonio era irrelevante en aquel momento de mi vida. Sammy, en cambio, no lo era.

Cogí el teléfono y la llamé para ver cómo estaba. No quería que estuviera en altavoz, ni siquiera quería que el ordenador hiciera la marcación automática por mí. No con Sammy, era demasiado importante.

"Hola, Alex", contestó.

Sonaba cansada, como si aún no se encontrara bien.

"¿Te encuentras bien? ¿Qué tal la cena con tu amiga?"

"No fui. Estoy más enferma de lo que pensaba, y además ha ocurrido un lío en la oficina".

"Te traeré sopa. ¿Cómo está Xander? Está bien, ¿verdad?".

"Sí", contestó ella. "Tiene un sistema inmunitario de hierro. Está sano como un caballo. Parece que el problema soy yo. Espero que sea una intoxicación alimentaria y no un virus intestinal". Suspiró. "Probablemente sea mejor que no vengas".

"¿Intentas librarte de mí?", me burlé de ella.

"Alex, no, yo simplemente...", hizo una pausa.

"Estaba de broma. No te encuentras bien, ¿verdad?".

"No".

Me pareció oírla sollozar. *¿Estaba llorando?*

"No me quedaré mucho tiempo, pero te traeré sopa después del trabajo. No quiero que te preocupes por cocinar. ¿Quieres que recoja a Xander de la guardería?".

"Alex, no estás en la lista de personas autorizadas a recogerlo de allí. Te agradezco la oferta, pero los de la guardería no te dejarán recogerlo. En cambio, Dana sí está en la lista. La llamaré para ver si puede llevárselo a casa. En cualquier caso, muchas gracias".

"Mira, es bastante tarde y podrías salir antes del trabajo para evitar el tráfico hasta tu casa. Dile a Dana que recoja a Xander y yo vendré más tarde con algunas cosas. Sopa para ti y nuggets de pollo para el niño".

"Alex... no estoy en la oficina".

"No discutas conmigo, mujer. No te encuentras bien. Si te fuerzas demasiado solo conseguirás ponerte más enferma", le dije.

"Tienes razón".

"Claro que tengo razón", me reí entre dientes. "Te veré luego, cuando traiga la cena".

No necesitaba quedarme en el trabajo. Solo quería volver a verla.

SAMMY

El molesto sonido del despertador me sacó de mis sueños. El sueño había sido más hermoso que mi realidad actual y no quería salir de la cama. Quería volver a dormirme y averiguar qué le había ocurrido al gatito que había entrado en mi despacho durante el sueño.

Con un torrente de improperios, me levanté y me dirigí hacia donde guardaba el despertador. Durante años había intentado tenerlo junto a la cama, pero en aquella época tenía la mala costumbre de darle al botón de dormir de la alarma, con lo que me volvía a dormir enseguida. A menudo llegaba tarde al trabajo y entonces alguien me sugirió que trasladara el despertador al otro lado de la habitación.

Por aquel entonces vivía con David y pensaba que las cosas iban bien. Al menos hasta que mi trabajo de entonces se vio repentinamente en peligro. Mi jefe de entonces me había dicho que si volvía a llegar tarde, tendría que buscar otro trabajo.

Así que había puesto el despertador lejos de la cama, cambiándolo de sitio.

Desde entonces, había seguido haciéndolo así. Era un hábito que no me había costado adquirir y ahora el despertador estaba siempre fuera de mi alcance, por lo que tenía que levantarme de la cama para apagarlo.

Pulsé el botón para que se detuviera. Inmediatamente se me revolvió el estómago.

Me apresuré a ir al baño. Aparte de la necesidad de vomitar, me encontraba bien. Me había estado tomando la temperatura los últimos días y no tenía ninguna. Parecía que no era un problema relacionado con lo que comía. Si hubiera empezado al mismo tiempo que la pelea con Vanessa, habría pensado que se trataba de un exceso de estrés. En cambio, los vómitos duraban ya más de una semana.

Me enjuagué la boca, me lavé la cara y luego decidí que podía permitirme el riesgo de cepillarme los dientes. Había mañanas en las que la mera idea de meterme el cepillo de dientes en la boca me ponía enferma.

Abrí la puerta del dormitorio de Xander y encendí la luz. Un poco de iluminación y empezaría a despertarse. Después de preparar el desayuno, volvería para sacarlo de la cama. En aquel momento, sin embargo, me apoyé en la puerta y me quedé mirándole. Era un ángel dormido. *Mi hombrecito.*

Vanessa sabía lo de Alex y yo. No tenía forma de saber si ella iba a decírselo. El día anterior no

había venido a trabajar y cuando le había preguntado por teléfono qué planes tenía, me había contestado que se lo estaba pensando.

No sabía si pensaba seguir trabajando conmigo o si pensaba revelar mis secretos. Si se había dado cuenta de que yo era la mujer de Alex, ¿se había dado cuenta también de que Xander era su hijo? Parecía obvio, después de todo le había puesto el nombre de su padre, Alexander.

Tenía que decírselo a Alex. Y probablemente debería haberme apresurado a decírselo ese mismo día. Fui a la cocina y empecé a preparar café. Puse pan a tostar, pero el olor me revolvió el estómago.

Aquellas náuseas constantes me estaban volviendo loca. Me presioné el estómago para ver si me dolía algo. Siempre había pensado que la vesícula biliar y el apéndice dolían cuando había problemas. Esa era la única razón que se me ocurría para los constantes vómitos.

O... *estaba embarazada*.

Mierda. ¡No se me había ocurrido! Alex y yo habíamos tenido cuidado, pero eso no me había impedido quedarme embarazada la primera vez. Los anticonceptivos siempre fallan.

Volví corriendo a mi habitación y cogí el móvil. Hojeé mi calendario y miré la aplicación de control menstrual. Llevaba demasiado tiempo sin anotar nada. Siete semanas para ser exactos.

Me hundí en la cama y me tapé la boca.

No tenía ninguna prueba de embarazo por ahí. Xander aún no se había despertado. No iba a poder pensar con claridad hasta que lo supiera. Me puse un pantalón de chándal y fui a despertarlo.

"Hola, cariño, vamos a vestirnos y a desayunar, ¿vale?". Podía haberle llevado a la guardería un poco antes, parar en la farmacia y volver a casa para hacer el examen. No quería arriesgarme a hacerlo en la oficina.

El tiempo pasaba con una lentitud impresionante. Lo único en lo que podía concentrarme era en llegar a la farmacia y hacerme la prueba de embarazo, pero también tenía un bebé al que tenía que cuidar y llevar a la escuela infantil.

Hice una pausa para mirar a Xander y luego a mi vientre. Nada parecía haber cambiado, seguía igual que antes.

¿Había otro bebé ahí dentro? Estaba aterrorizada. Aún no había conseguido contarle a Alex lo de su hijo y me preocupaba tener que contarle también lo de un segundo hijo.

A Xander, en cambio, aquella mañana le pareció estupenda.

"Me encantan los donuts de chocolate, mamá". Me lo repetía una y otra vez. Tuve que prometerle que aprendería a hacerlos antes de que fuera a la guardería.

En cuanto entró, me pareció que el tiempo pasaba a cámara lenta.

Compré una prueba de embarazo y una chocolatina y me dirigí a casa.

Una vez hecho el test, no pude concentrarme lo suficiente como para llamar al trabajo. Debería

haber llamado para informarles de que me tomaba la mañana libre. Quizá debería haberme rendido y trabajar desde casa todo el día. Al fin y al cabo, yo era la jefa y no había ninguna razón por la que no pudiera tomarme el día libre.

Miré el reloj de mi smartphone. Los valores del test aún no estaban listos. Me comí la chocolatina lo más despacio posible.

De repente sonó mi teléfono móvil. Di un respingo y grité asustada. Contesté sin mirar el identificador de llamadas.

"¿Es Abigail-Samantha Cole?".

"Sí. ¿Quién es?", pregunté.

"Tenemos una entrega para usted y queríamos saber si está en casa".

"¿No podéis dejar el paquete delante de mi puerta?".

"No, señora. Necesito una firma. Además, no es apropiado dejarlo fuera", contestaron.

"Ahora estoy en casa, ¿cuándo pensáis entregarlo?".

"Bueno, podríamos llegar en veinte minutos, dependiendo del tráfico".

"Bien, entonces os espero", les dije.

"Gracias, señora". La llamada terminó.

Ya era oficial: no iba a ir a trabajar y llamaría para avisar. Entre el estrés de esperar la prueba de embarazo, la ansiedad de preguntarme qué planeaba Vanessa y tener que esperar un paquete de quién sabe dónde, estaba abrumada.

No llamé. Abrí un correo electrónico en el teléfono y envié una nota rápida a todos. Iba a tomarme la mañana libre. Si no llegaba a la oficina antes de la una, no volvería el resto del día. Todos sabían que últimamente no me encontraba bien, así que no sería una sorpresa para nadie.

Volví a mirar el reloj. Aún faltaba un minuto. Me quedé mirando el teléfono y conté el tiempo. Cuando llegó la hora, corrí al baño. La prueba estaba allí esperándome. Me acerqué, conteniendo la respiración con todas las fuerzas que tenía.

Aquel test me diría mi futuro con más exactitud que un vidente con una bola de cristal. Vi las dos rayitas y suspiré. Entumecida, fui a mi habitación y me senté en la cama.

En realidad, no me sentía preocupada en absoluto. No había agitación, ni remordimientos. Debía de estar en estado de shock.

Estaba embarazada de Alex Stone, otra vez.

No sé cuánto tiempo estuve sentada mirando el resultado de la prueba antes de que sonara el timbre. Luego sonó por segunda vez antes de que pudiera levantarme y caminar.

Cuando sonó por tercera vez, grité. " ¡Un momento, ya voy!".

No estaba esperando a que llegaran al otro extremo de la puerta. La abrí de un tirón.

"¿Eres Abigail Samantha Cole?"

"Sí, soy yo. ¿Quién me las ha enviado?". Alargué la mano y cogí las flores.

"Hay una tarjeta y luego unos papeles". Me entregaron un sobre.

"Gracias, espera un momento". Me volví para buscar mi bolso y darles una propina, pero ya se estaban marchando.

Llevé las flores a casa y las coloqué en la mesa del comedor. Eran muy bonitas y olían fantásticamente. Había una tarjeta y un sobre.

"Oh, mierda". Examiné los papeles. Dejándolos caer sobre la mesa, cogí la tarjeta de las flores. Era una tarjeta de felicitación normal con las palabras gracias por todo, pero ahora es el momento de seguir adelante. Te deseo una buena vida. Firmado: "Alex".

Sabía lo que tenía que hacer.

Cogí el móvil.

"¿Estás ocupado? Tenemos que hablar ahora. ¿Puedes venir? Estoy en casa".

ALEX

Dejé todo y fui directamente a casa de Sammy. No hablaba bien por teléfono. El corazón me latía con fuerza en el pecho. No podía alcanzarla lo bastante rápido.

Había estado enferma y no estaba en el trabajo.

Mi mente rebuscaba todas las hipótesis posibles: ¿por qué necesitaba verme con tanta urgencia?

No se me ocurría absolutamente nada bueno. Mis preocupaciones me llevaron a pensar en todas las cosas negativas posibles: desde que Sammy quisiera poner fin a nuestra relación, hasta que ella estuviera gravemente enferma.

Mientras conducía mi coche entre el tráfico, un peso me oprimía el pecho. Intenté no pensar en el hecho de que Sammy pudiera estar gravemente enferma. *¿Era su constante malestar de las últimas semanas un indicio de algo más grave?*

¿Y si no se trataba de ella, y si le pasaba algo a Xander? Aquel niño se había abierto camino en mis emociones.

Los neumáticos de mi coche chirriaron al pisar el freno en cuanto llegué a su entrada. Salí del coche y golpeé la puerta con los puños antes de que el motor se apagara por completo.

No abría la puerta. "¡Sammy! Sammy!" Seguí golpeando. Si hubiera tenido que derribar la puerta, lo habría hecho.

La abrió de un tirón.

"Maldita sea, dame un segundo para cruzar la habitación. ¿Qué le pasa a la gente con mi puerta esta mañana?". Me miró, exasperada.

Me acerqué y le tendí una mano para abrazarla.

Me detuvo. Me empujó y se apartó de mí.

"Entra y siéntate".

Había flores moradas en el centro de su mesa. Parecían caras. Se me apretó el estómago: ¿había otro hombre? *¿Se trataba de esto?*

"¿Quién te ha enviado las flores?". Mi voz sonó más como un gruñido que como una simple pregunta.

Se volvió y me miró, con expresión ausente. No había ninguna emoción en su rostro.

"¿Lo hiciste tú o ya lo has olvidado?".

Fruncí el ceño. ¿Qué? No le había enviado flores.

"No fui yo. Parece que recibiste flores de otra persona".

Me senté. Ver aquel ramo de flores fue como una ducha fría. Seguía tensa esperando saber de qué quería hablarme.

Me entregó una tarjeta. La abrí. Se me hundió el estómago cuando leí las palabras.

"Ese abogado la ha cagado". Aplasté la nota entre mis manos. "No sé cómo ha podido confundir tu dirección con la de mi mujer. De todos modos, esa no era la forma en que quería decírtelo. Escucha, Sammy. Creía que ya sabías que estaba casado. Nadie lo mencionó. Cuando entraste en mi despacho para la presentación de una posible partnership, supuse que habías investigado sobre mí y la empresa". Se dio la vuelta y se alejó de mí. "Debería haberme asegurado de que lo sabías. Llevo años separado de mi mujer. Nunca pedí el divorcio porque la necesitaba para mantener el lugar que me correspondía, sobre todo en lo que respecta a mi madre y a Roy."

Crucé la habitación y me coloqué detrás de ella. Quería ponerle las manos en las caderas y girarla hasta que sus pechos presionaran el mío. Y entonces podría besarla y mostrarle lo que sentía. Ella era más importante para mí que cualquier lucha de poder dentro de las filas de mi familia y, por extensión, incluso de mi empresa.

"Quiero estar contigo", le dije. "Me divorcio de ella para poder recuperar mi vida".

Se volvió y nos acercamos. Medio centímetro y nuestros cuerpos se habrían tocado. Cerré el espacio. Estaba caliente y temblorosa. Mi brazo se deslizó alrededor de su espalda, estrechándola contra mí.

Me puso un sobre de papeles en la mano.

"Creía que eras más listo que eso, Alex".

Con un movimiento brusco se liberó de mi agarre y se apartó. Se sentó en una silla, sin dejarme espacio a su lado. Entonces soltó una carcajada burlona.

Luego empezó el discurso más chocante que jamás había oído.

"Al principio, pensé que te burlabas de mí. Que quizá no te importaba. He estado aterrorizada todo este tiempo, pero", apretó el puño contra el pecho y parpadeó con fuerza, mirando al techo, "tengo que darme cuenta de que has ignorado por completo quién soy en realidad." No entendí lo que decía. Luego continuó. "Nunca has sido capaz de acertar mi nombre. Abre el sobre y lee".

Saqué los papeles y los examiné. Eran los papeles del divorcio. "¡Ese abogado idiota! ¿Por qué demonios te ha enviado todo esto?", le pregunté.

Dio un profundo suspiro de decepción ante mí.

"¿Cómo se llama tu mujer, Alex?".

"Abigail Sam, ¿por qué?".

Ladeó la cabeza. "Léelo bien".

Mis ojos volvieron a escudriñar los papeles. Me quedé paralizado.

¿Pero qué coño...? No podía entenderlo. No se llamaba Abigail. Levanté la vista en dirección a Sammy.

Su mirada era dura e implacable. "Te quiero, aunque parece que no te das cuenta de que soy tu mujer. Lo he sido siempre. Además, no quiero divorciarme de ti aunque siempre hayas pensado que mi nombre era Abigail y mi apellido Sam".

Me pasé una mano por la cara, sorprendido.

"Por eso no dejabas de corregirme. Joder, estoy conmocionado". Me dejé caer de nuevo en el sofá.

Miré los papeles que tenía en la mano y luego volví a mirar a Sammy. Tenía razón, no me había dado cuenta de quién era.

Si no se había molestado en recordarme que ya nos conocíamos, ¿qué otros secretos me estaba ocultando?

"Entonces, ¿de eso querías hablarme?".

"En parte sí", dijo, sin dejar de mirarme.

Sentía su mirada penetrante y no me gustaba. Era tan culpable como yo de toda aquella situación. De hecho, incluso más. Sabía que era mi esposa y que me había engañado.

Me levanté y salí corriendo de su piso.

"¿Ya está? ¿Te vas así como así?", gritó.

Miré los papeles del divorcio que tenía en la mano. Me volví y caminé hacia donde estaba ella. Las lágrimas brillaban en sus mejillas. ¿Ya no pensaba manipularme?

Le arrojé los papeles arrugados.

"Fírmalos. Sesenta días y podrás librarte de mí y de mi ingenuidad".

¿Eso era todo lo que me había mentido? ¿O tal vez había algo más?.

Ella negó con la cabeza, con los ojos llenos de ira.

"Yo no te mentí, igual que tú no me mentiste a mí. Ninguno de los dos dijimos nada, así que no intentes culparme de todo lo ocurrido. Fuiste tú quien me acosó, invitándome a salir incluso cuando no quería".

Me acerqué y apreté los dientes.

"Por lo visto, soy yo la que se ha jodido".

La siguiente vez que me llamó, no paré. Había terminado con Sammy, o Abigail, como coño se llamara. Qué nombre más estúpido.

Arranqué el coche y di marcha atrás. Cuando estaba a punto de alejarme, me detuve de nuevo en su entrada y salté del coche.

Ella seguía en la puerta, abrazada a sí misma, como si hubiera sido la víctima y tratara de consolarse.

"Y una cosa más", gruñí. "No quiero que tu empresa vuelva a tener nada que ver con la mía. Se acabó el trato. Encuentra la forma de arreglártelas por tu cuenta".

"¡Siempre lo he hecho de todos modos!", me gritó mientras me alejaba.

Seguí conduciendo sin saber adónde iba. Tenía que salir de la ciudad, alejarme. Quería poner la mayor distancia posible entre aquella mujer y yo.

"Llama a Harper", dije en el manos libres de mi coche.

"Hola jefe, ¿qué pasa?".

"La situación ha cambiado en lo que respecta a Eyes On Care. Si Vanessa Marche vuelve a entrar en nuestro edificio, por favor, haz que la escolten hasta la salida".

"¡¿Qué demonios está pasando?!", preguntó Harper.

"De momento no tengo más detalles, pero sospecho que hemos sido objeto de una estafa fraudulenta. He observado algunas actividades muy cuestionables por parte de Eyes On Care. Suspende todo hasta que decidamos cuáles son los siguientes pasos".

"Vaya mierda. Me hacía ilusión trabajar con ellos. ¿Quieres que organice una reunión con el equipo de aquí?"

"No, no estoy en la oficina y no pienso volver esta tarde. Bloquéalo todo. Volveré cuando pueda ocuparme de ello".

"¿Estás bien, Alex? Pareces muy nervioso".

"Eso es porque estoy jodidamente cabreado. ¿Crees que divorciarse es fácil? Lo he intentado, pero no lo es, es un lío. Y ahora además tengo que lidiar con una fusión que ha salido mal y...". Golpeé el volante para descargar mi frustración.

Un camión me cortó el paso. Pisé el freno y toqué el claxon. "¡Aprende a conducir, gilipollas!"

"Alex, ¿estás conduciendo?", preguntó Harper.

"Sí. Maldita sea, ¿es que nadie en Dallas sabe conducir?".

"Entonces debería colgar".

"No te atrevas a terminar esta llamada antes de que termine de hablar contigo", solté.

"Alex..."

"No lo hagas", despotriqué. "No des por sentado que sabes lo que es mejor para mí en este momento".

Harper guardó silencio unos instantes y luego habló.

"No sé qué quieres de mí en este momento, Alex. Tienes que terminar la llamada y conducir con cuidado. Yo me ocuparé de la situación con Eyes On Care. ¿Quieres que deje de atender sus llamadas?".

"Hazlo. Sí".

Una vez libre de la distracción de la llamada con Harper, reduje la marcha. El coche se aceleró al aumentar la velocidad. Adelanté al camión y puse el coche a ciento cincuenta con la esperanza de poder resolver mis problemas.

SAMMY

Observé estupefacta cómo Alex huía de mí. No había salido en absoluto como yo había planeado. Un rayo de esperanza extraviado en mi pecho me había dado la esperanza de que él se lo tomaría de otra manera.

Sorpresa, soy tu mujer. Y entonces se habría reído de la locura de todo aquello. De cómo siempre había sabido en secreto quién era yo, pero sin darse cuenta.

Había pensado que al final nos abrazaríamos, llorando lágrimas de alivio.

Un movimiento extraño y quizá estúpido seis años antes nos había ayudado a encontrar a nuestra alma gemela, y qué suerte había tenido. En realidad había sido una casualidad que mi empresa hubiera encontrado un lugar en la lista de adquisiciones que su empresa quería hacer.

¿Nos había unido el destino? Estábamos casados, nuestras empresas se complementaban bien y, para rematarlo todo con nata montada y cerezas, en términos de química nos iba de maravilla; tanto dentro como fuera de la cama.

En el sexo habíamos sido cuidadosos, pero aun así nos habían engañado no una, sino dos veces.

Bueno, la suerte y el destino podían irse a la mierda. En aquel momento, me sentía más sola de lo que había estado en los seis años transcurridos desde el día de nuestra boda. Aquel día había cometido un grave error, que no fue tanto casarme con un hombre rico para obtener beneficios económicos como enamorarme de él.

Alex era y sigue siendo tan guapo y encantador. Si no me hubiera enamorado de él la primera vez que lo vi, lo habría hecho cuando nos volvimos a encontrar.

No sabía qué era peor: estar callada e infeliz sin él durante años o, peor aún, encontrarme sin él después de que se enamorara de mí...

Mi vida era ahora una especie de infierno. Estaba ahí fuera y me odiaba. Incluso Xander se habría sentido fatal si no hubiera vuelto a ver a Alex. Al menos nunca había sabido que aquel hombre era su padre. Mi hijo no había tenido que perder a su padre por segunda vez. Así solo había perdido al hombre con el que salía su madre.

Me pasé las manos por el regazo. Estaba a punto de tener otro bebé y una vez más tendría que hacer de madre y de padre. Realmente deseaba un desenlace distinto al que me enfrentaba.

Mi estómago gruñía de hambre. Me eché a reír. Habría esperado que me diera un berrinche

porque necesitaba vomitar otra vez, pero no, tenía hambre. Después de la mañana que había pasado, no esperaba tener apetito.

Preparé unas tostadas y dejé que mi mente divagara en cosas estúpidas como el brillo del color de la tostadora o alguna mierda por el estilo. Me comí una, intentando encontrar otra cosa con la que distraer mi mente. No pensar en Alex era realmente difícil.

Recorrí todo el pasillo hasta mi habitación y me acurruqué en la cama. Me tapé con las sábanas e intenté olvidarme de todo, mantener la cordura. Sollocé mientras el corazón se me salía del pecho y se me rompía en mil pedazos. Era como si hubiera muchos cristales rotos y yo estuviera en medio de todo ello, descalza. No podía moverme sin cortarme. No había forma segura de salir de aquella situación.

Después de quedarme dormida durante unos minutos, mi teléfono móvil empezó a sonar sin cesar. Intenté ignorarlo, podrían haber dejado un mensaje. En lugar de eso, quienquiera que fuera seguía llamando y llamando.

Aparté las sábanas y me arrastré fuera de la cama. Me tapé la nariz y me pasé una mano por la cara. Aún estaba húmeda de lágrimas. Debía de haber llorado incluso dormida.

Encontré el teléfono y contesté.

"Hola". Mi voz sonaba rota.

"Hola Sammy, soy Cindy. Tenemos un problema. Tienes que venir aquí".

"No me encuentro nada bien. ¿No se puede aplazar hasta mañana?"

"Puede que mañana no haya más Eyes On Care si no vienes ahora. Vanessa está organizando una especie de revuelta y vomitando todo tipo de teorías conspirativas sobre cómo nunca quisiste llegar a un acuerdo con la Foundation Network Communications".

Solté un suspiro. "Joder. Vale, ya voy".

"Nos vemos dentro de un rato", dijo.

Terminé la llamada. Me lavé la cara y metí los pies en las zapatillas. Me detuve en una tienda de comestibles.

Qué extraño, era como si el bebé que llevaba dentro se diera cuenta de que, a pesar de la tristeza, no podía ponerme enferma. Ahora quería y tenía que comer. No debería haberme quejado. Fue bueno no tener que lidiar con las náuseas matutinas cuando de repente me vi obligada a apagar un incendio en el trabajo.

Cuando llegué a la oficina, la situación era exactamente como la había descrito Cindy. Vanessa estaba reuniendo al equipo, convenciéndoles de que a Eyes On Care solo le quedaban unos días.

Me miró con los ojos muy abiertos. Estaba claro que no esperaba que me presentara allí.

"Es fácil convencer a la gente de que no sé lo que hago cuando no estoy aquí, ¿verdad?", dije con más perspicacia y autoridad de la que sentía.

"Has echado a perder el trato con Alex. Nunca volveremos a recibir una oferta de adquisición de

nadie. Se correrá la voz", respondió.

Me encogí de hombros. "Parece que hay algo que ha agriado nuestra relación con Foundation Network Communications y sin duda tiene que ver contigo, Sammy", añadió.

"No hay motivo para pensar que, puesto que la oferta no parece materializarse, esta empresa tenga problemas financieros. Estábamos en buena situación financiera antes de dirigirnos a ellos. La situación no ha cambiado. Vanessa, estás diciendo mentiras que pretenden perjudicar a esta empresa. Creo que deberías marcharte. Y sobre el resto tienes que mantener la boca cerrada o te denunciaré por calumnias e injurias", dijo.

Apretó los labios rojos y me miró.

"No puedes tratarme así...".

Respiré hondo. Realmente odiaba que se sintiera así, pero no tenía otra opción.

"Soy la única propietaria de Eyes On Care. Puedo hacerlo. Estás despedida, lárgate. Cualquiera que quiera seguirte basándose en las historias que has contado, que se vaya, no lo quiero aquí".

Vi que algunos dudaban, luego cambiaban de opinión y volvían a dejar sus cosas en sus escritorios. Habías convencido a la mayor parte del equipo de marketing. Eso habría sido muy penalizador. Era mejor que se marcharan y no que se quedaran allí creando problemas.

Esperé hasta que me pareció que todos los que tenían que irse se habían marchado.

"De acuerdo. No sé lo que os ha dicho Vanessa, pero dejad que os explique algunas cosas. En primer lugar, Eyes On Care se encuentra en una buena situación financiera. Nos acercamos a Foundation Network Communications porque lo vimos como un medio para acelerar las oportunidades de crecimiento que queríamos perseguir. Aún podemos expandirnos a esos mercados de ensueño, solo que nos llevará un poco más de tiempo hacerlo nosotros mismos."

"Dijo que tú ... tuviste una aventura con Alex Stone y que se trataba de eso". No vi exactamente quién intervino, pero fue bueno que saliera a la luz.

"Alex Stone y yo tenemos una historia complicada. Ambos acordamos que lo que ocurriera entre nosotros a nivel personal no afectaría al acuerdo. Yo cumplí mi parte del trato. Ahora, al parecer, algunos miembros de su junta directiva han solicitado una nueva auditoría. Si se cancela el acuerdo entre las dos empresas, será a causa de esa auditoría o de la incapacidad de Alex Stone para mantener sus negocios separados de su vida privada. Sé que Vanessa piensa que he hecho esto para vengarme de ella por alguna mala conducta de Alex, pero no es en absoluto así".

"Si pidieran más comprobaciones, ¿qué encontrarían?", preguntó otra persona.

Me encogí de hombros. "Todos sabéis que empecé este negocio por desesperación y no por ningún sentido de la perspicacia empresarial. Probablemente descubrirán que durante los primeros años fui un desastre dirigiendo un negocio. Pero una vez que me di cuenta de lo que hacía y pude contratar gestores comerciales, gestioné las cosas bastante bien.

Mis palabras parecían hacer que todos asintieran y volvieran lentamente a sus puestos de trabajo. Pensé que podríamos volver a la normalidad, o cómo sería esa normalidad sin la mente brillante de Vanessa al frente de la empresa. Estaba muy enfadada con ella, pero la echaba mucho de

menos.

Durante una semana, estuve más triste que enfadada. De hecho, solo tardé una semana en enterarme de que Vanessa había conseguido que contrataran a Alex en Foundation Network Communications. No solo trabajaba para él, sino que además le proporcionaba información que ponía a su empresa en contra de Eyes On Care.

Al final, le había jugado una mala pasada. Con todas las mentiras que había estado contando por ahí, alguien se lo había tomado en serio y había llamado a Hacienda para obtener información sobre nosotros. Eyes On Care, y yo personalmente, estábamos siendo investigados por fraude fiscal.

Nada de esto era cierto, pero ahora, gracias a esta situación, nadie volvería a cooperar con nosotros. Ni ahora ni nunca.

ALEX

Me senté en mi silla. No pude evitar volver a pensar que, en esta misma sala de reuniones, Vanessa me había hablado. Solo que aquella vez Sammy estaba con ella y yo me había distraído.

Esta vez no estaba distraído, estaba furioso.

Vanessa conocía todos los detalles sobre Eyes On Care. Harper me había dicho que deberíamos haberla involucrado.

"Como ves, al aprovechar tu posición en el mercado, básicamente estás obligando a Eyes On Care a seguir un camino concreto. Les gustaría expandirse en todas las direcciones posibles. Se trata de determinar qué dirección queremos que sigan primero. Si les obligamos a seguir el camino que queremos, entonces socavaremos el mercado y dejaremos fuera a Sammy, que se debilitará."

"¿Quieres decir que Eyes On Care se vería debilitada?" gruñí. Puede que Sammy Cole no fuera mi persona favorita en aquel momento, pero eso no significaba que quisiera destruirla. Lo primero que quería era que firmara los papeles del divorcio. Una vez firmados, me libraría de ella.

Una firma y dos meses habrían bastado para que volviera a sentirme yo mismo.

Dejé escapar una risita histérica, intentando ocultarla con una tos repentina. Dos semanas antes, estaba pensando en que en dos meses Sammy sería completamente mía y que no habría nada que nos separara.

"¿Qué les impediría ir simplemente por otro camino?" preguntó Harper.

Ambos estaban tan confusos como yo. Como había ocurrido durante la primera adquisición de Eyes On Care, sabía que mi percepción sería confusa. Solo que esta vez no serían los impresionantes pechos de Sammy los que me distrajeran.

Cuanto más se hablaba de la empresa, más pensaba en su magnífico cuerpo. Era tan hermosa que me había distraído todo el tiempo... y a la vez tan peligrosa. Debería haberlo sabido.

"¿Qué quieres decir?", preguntó Vanessa.

Dejé caer el dedo en medio de su presentación. "Si, por ejemplo, quisieran expandirse hacia Houston y se lo impidiéramos de alguna manera, aún podrían muy bien dirigirse hacia

Galveston".

"Eyes On Care ya tiene presencia en Houston y Galveston, mientras que no la tiene en el oeste de Texas ni en ningún otro lugar fuera de la región". Vanessa parecía presumida.

"De acuerdo, imaginemos que quieren seguir expandiéndose por el este y que de algún modo conseguimos bloquear la expansión en Jackson o Nueva Orleans, ¿qué cambiaría? Da igual que se trasladen al norte o al oeste. Nada cambiaría para ellos". Exhalé un fuerte suspiro.

Vanessa tenía mucha información útil, pero no era capaz de reflexionar sobre la situación.

"No estoy del todo segura. Además, ahora no tenemos nada que ver con Eyes On Care, hemos terminado con ellos. Empecemos a buscar otras opciones". Me levanté, haciendo saber a todos que la reunión había terminado para mí.

RRHH me esperaba para una entrevista. Seguía buscando una asistente personal en la que pudiera confiar fuera del trabajo. Tenía cosas más importantes que hacer que escuchar los malvados planes de Vanessa, diseñados únicamente para destruir la empresa que ella misma había ayudado a crear poco antes.

"Creo que quiere dejarlo pasar para no tener que volver a encontrarse con Sammy. No le culpo. Yo tampoco quiero tener nada más que ver con ella".

Oí a Vanessa decir esas palabras mientras me alejaba. Me detuve. Caminando de vuelta hacia la sala de reuniones, pensé en decirle algo, pero ¿qué demonios iba a decirle?

Vanessa tenía razón: no quería tener nada más que ver con Sammy.

Sin embargo, si ese era el caso, ¿por qué seguía pensando tanto en ella? Su hermoso rostro y la forma en que prácticamente gemía mi nombre cuando le hacía el amor atormentaban mis sueños.

Sería mejor olvidar el pasado reciente. Eyes On Care tenía potencial, pero no había funcionado. Era hora de dejarlo ir y seguir adelante. También era hora de dejar de obsesionarme con Sammy. Había tenido tantas oportunidades de decirme la verdad, pero nunca lo había hecho.

Ni una sola vez.

Volví hacia mi despacho. Una mujer joven estaba sentada delante del escritorio. Me detuve ante ella. Parecía demasiado joven para poder soportar tanto. Era delgada y tenía los ojos grandes. No pude evitar pensar que parecía un cervatillo, con aquellas piernas flacas y las rodillas nudosas.

"Soy Alex Stone, ¿eres la chica que se ofreció a ser mi ayudante personal?".

"Sí, señor, me llamo Mandy Keyes. Encantada de conocerte". Estaba muy entusiasmada.

Le hice las preguntas que quería y supongo que ella las contestó. Estaba demasiado distraído y llevaba así un rato. Necesitaba concentrarme y volver al trabajo serio. Así no iba a conseguir nada.

"Perdona, tengo que interrumpirte. No creo que seas la adecuada para el puesto".

Me arrepentí inmediatamente de mis palabras.

Sus ojos se abrieron de par en par y se hicieron aún más grandes y se le llenaron los ojos de

lágrimas.

Maldita sea, me había precipitado. Le tendí un pañuelo.

"Lo siento", dijo. "Fue bastante difícil conseguir este trabajo, y llegar a la entrevista fue aún más difícil. La gente me mira y se hace un montón de ideas equivocadas y lo siguiente que sé es que me veo obligada a disculparme por hacerles perder el tiempo. Sin embargo, cuando voy a las entrevistas investigo sobre mi empleador, mientras que ellos no saben nada de mí. Usted mismo no sabe nada de mí. Ni siquiera escuchó una palabra de lo que dije, pero ya ha tomado una decisión. Siento haberme hecho perder el tiempo".

Se levantó y salió de mi despacho. Cuando se marchó, Harper pasó a su lado.

"Supongo que la entrevista ha terminado", dijo. "Mira, antes has sido muy grosero con Vanessa. Supongo que no estás nada contento por algo que te ha pasado y todo el asunto del divorcio te ha disgustado".

Negué con la cabeza. "¿Por qué Vanessa está trabajando para nosotros? Aún no lo he averiguado. Entiendo que se peleara con Sammy, pero ¿por qué está tan centrada en la adquisición de Eyes On Care? No tiene sentido".

Harper se sentó frente a mí.

"¿Quieres mi sincera opinión?", preguntó.

"¿Por qué iba a preguntártelo si no?".

"Vanessa está aquí actualmente como asesora a tiempo parcial. Nos está ayudando a encontrar otras empresas con las que colaborar. Es estupenda y además tiene muchas ideas creativas. Cuando le ofrecí unirse a nosotros de forma más oficial, lo rechazó".

"¿Y qué? A lo mejor se siente culpable por cambiar de equipo".

Harper negó con la cabeza. "Mira, me gustaba Vanessa como persona....". Mis cejas se alzaron; me di cuenta de que Harper estaba utilizando el tiempo pasado. Luego continuó. "Ahora mismo, sin embargo, parece querer patearle el culo a Sammy más que cualquier otra cosa. Siento lo que ha pasado entre vosotros. Sé que no me corresponde hablar de ello, pero Vanessa se lo está tomando como algo personal. ¿Sammy y ella eran muy amigas? preguntó.

Me dolía que Sammy me hubiera ocultado cosas personales tan importantes, pero no quería que la destruyeran así. Estaba enfadado, pero no necesitaba venganza.

"Por lo que tenía entendido, eran mejores amigas. Vanessa ayudó a convertir Eyes On Care en lo que es. Da vergüenza observarla. Tiene unos ojos enérgicos y se vuelve obsesiva cuando habla de destruirles".

"¡Ahí estás!", dijo Vanessa irrumpiendo en mi despacho.

Harper se levantó de repente.

"¿Qué haces aquí?"

Vanessa tenía una sonrisa loca en la cara.

"Me he enterado ahora de que Eyes On Care y Sammy están siendo investigados por fraude fiscal". Se echó a reír.

No tenía sentido. Mi equipo había comprobado sus cuentas. Si hubiera habido algún problema, seguro que se habrían dado cuenta. Joder, ni siquiera el molesto auditor que Roy se había empeñado en contratar había encontrado nada que indicara que asociarse fuera una mala idea.

"Entonces, ¿qué significa esto para nosotros?", pregunté.

Se me apretó el pecho. Sammy debía de estar destrozada. Quería ponerme en contacto con ella, pero ¿qué podía decirle? Bueno, quizá algo como 'Sigo enfadada contigo, pero no te mereces esto'.

"Por un lado", dijo Harper, cruzándose de brazos, "significa que no podemos hacer nada respecto a Eyes On Care mientras dure la investigación. Será mejor que centremos nuestra atención en otra cosa. Vanessa, ¿por qué no empiezas a buscar otras pequeñas plataformas de red especializadas? Seguro que antes de que acabe la semana tendremos una lista. Se lo comunicaré a Thomas".

"¿Qué haces, abandonar el proyecto Eyes On Care como si nunca hubiera existido? Deberías idear una estrategia para golpearles cuando acabe la investigación y Sammy sea multada u obligada a dimitir por fraude", me dijo Vanessa.

"No", empecé yo. "Eyes On Care ya tiene sus propios problemas que resolver y, si está siendo investigada, no queremos que los periódicos hablen de ello y, puesto que saben lo de la adquisición, no podemos permitirnos que nos hagan mala publicidad".

"Alex, estás perdiendo una gran oportunidad de hacerte con esa empresa por unos céntimos. Lo que está ocurriendo destruirá su valor de mercado y podrás comprarla por nada".

"Y si entonces Sammy no fuera condenada por nada", y esto es lo que yo creía, "entonces habríamos perdido mucho tiempo. No, creo que ha llegado el momento de abandonar el tema de Eyes On Care y dejar en paz a Sammy".

Harper dijo algo en voz baja y las dos se marcharon.

La reacción de Vanessa me preocupó no poco. No me alegraba en absoluto de que Sammy tuviera problemas. Desde el punto de vista de los negocios, debería haber intervenido y haberle dado la espalda, pero no podía hacerlo. Nunca podría herir así a Sammy.

SAMMY

Estaba sentada en la sala de reuniones del trabajo. Archie Smith, mi abogado, estaba a mi lado. Solo había recurrido a sus servicios unas pocas veces desde que el negocio había despegado, pero era agradable pensar que podía contar con él.

Estábamos esperando a que los auditores estatales volvieran de comer. Habían pasado la mañana revisando cajas y archivos llenos de documentos. Esas mismas cajas estaban ahora alineadas al fondo de la sala.

"No tienes por qué estar tan nerviosa", me dijo Archie mientras yo me inquietaba.

"¿Y si no sale bien? No me llevarán ante un gran jurado o algo así, ¿verdad?"

"Sammy, no será tan malo".

Archie se acercó más a mí y me apretó el brazo. Sabía exactamente lo que estaba pensando. Cuando me habían informado de aquella investigación, él había sido la primera persona a la que había llamado. Lo segundo que le había pedido era que demandara a Vanessa. Si pensaba que podía difundir mentiras sobre mí sin que yo pudiera reaccionar, estaba muy equivocada. Seguía sin entender por qué se lo tomaba todo tan a pecho. No era su vida privada la que estaba siendo destruida, sino la mía.

"En los documentos que analizaron faltan los dos primeros años". Me mordí el labio con nerviosismo.

"Eso no es tan raro. Esta gente está acostumbrada a perseguir a empresas en las que faltan archivos y documentos de años y años. De hecho, me sorprende que se hayan molestado en investigarte".

Me encogí de hombros. "Creo que hay alguien por debajo intentando jugármela. ¿Te he dicho que Vanessa puso a mis empleados en mi contra? Este asunto está relacionado, estoy seguro. ¿Puedo demandarla por difamación?".

"¿Tienes testigos? ¿Puedes demostrar que lo hizo con mala intención y para intentar destruir tu negocio?"

Archie ya me había sugerido amablemente que superara la investigación y la auditoría antes de plantearme emprender acciones legales contra Vanessa. Tenía razón, no quería agobiarme con las cosas que tenía que hacer. Aún tenía un hijo en casa que me necesitaba.

"Puede ser. Seguro que hay testigos".

La Auditora Jefe, una mujer alta de presencia imponente, volvió a entrar en la sala de reuniones seguida de sus dos ayudantes. Se movían a su alrededor como esbirros.

Archie se acercó a mi oído. "Hablemos de Vanessa más tarde".

Asentí con la cabeza.

"Señora Cole, creemos que debe ser informada de que este procedimiento es consecuencia directa de lo que se ha considerado una denuncia válida de fraude fiscal".

Asentí. "'Fue Vanessa', siseé en voz baja.

"Nos falta bastante documentación. Nuestras notas indican que presentó declaraciones de impuestos bajo tres nombres de empresa distintos. Sin embargo, solo tienes los documentos relativos a la entidad Eyes On Care".

"Sí, me costó decidir cómo llamar a la empresa".

"Así que eso nos da una fecha oficial, por así decirlo, a partir de la cual debemos tener los documentos, y ella no los tiene".

Sacudí la cabeza. Sabía que no los tenía, pero también sabía que en aquel momento tampoco tenía muchos ingresos. Gastaba mucho más de lo que ganaba.

"¿Extractos bancarios?", preguntó.

"No abrí una cuenta hasta que tuve empleados a los que pagar".

"Necesitaremos sus registros personales, extractos de tarjetas de crédito y préstamos de aquel periodo. Cualquier cosa que pueda mostrarnos los gastos e ingresos de su negocio".

Tragué saliva con dificultad. En aquella época no guardaba mis registros. No sabía que los necesitaba.

"Las compañías de tarjetas de crédito deberían tener acceso a esos documentos, al igual que el banco. Deberían conservar los recibos. ¿Hay alguna razón por la que sus cuentas pasaron de ser prácticamente inexistentes a guardarlo todo?".

Señaló todos los archivadores con un gesto.

"Ahora tengo un contable. En aquella época me las apañaba sola, además iba a clase en la universidad y luchaba por encontrar una canguro para mi bebé". Señalé los archivadores e hice una mueca. "Fue entonces cuando Vanessa empezó a trabajar para mí y empezamos a obtener beneficios".

Cuando empezaron a sacar las cajas del despacho, tuve que excusarme. Llevaban a cabo la mayor parte de la revisión en sus despachos. La fase inicial era lo que ella llamaba el "proceso de descubrimiento". Si "descubrían" que faltaban documentos importantes, se pondrían en contacto conmigo y me darían la oportunidad de facilitar la información que faltaba.

Me encerré en el último servicio de señoras y me eché a llorar. Todo iba tan bien. Me parecía que todos aquellos años de penurias habían quedado por fin atrás. También tenía amigos de

confianza y un negocio de éxito que estaba a punto de convertirse en algo verdaderamente extraordinario. Y entonces... tuve a Alex.

Y luego, en una gran oleada de épica, mal momento y pérdida de confianza, todo se había desvanecido. Vanessa ya no apoyaba mi sueño, la empresa estaba controlada y Alex quería el divorcio.

Me entregué a la autocompasión durante el tiempo que pensé que tardarían los matones de Hacienda en llevar mis cajas a su furgoneta. Luego me lavé la cara y volví a la sala de reuniones, donde me esperaban la imponente mujer y Archie.

Llegó hasta mí y me estrechó la mano.

"Gracias por cooperar tanto. No siempre es así".

Archie y yo seguimos a su equipo hacia la salida. Solté un gran suspiro que sonó como un sollozo reprimido.

"Qué alivio", dijo Archie.

"¿Qué quieres decir?", le pregunté.

Era horrible, me estaban quitando los papeles. Tenía que convencer a mis empleados de que todo iba bien mientras los agentes de Hacienda buscaban pruebas de fraude. No había nada bueno a la vista.

"Solo se llevaron las cajas con los documentos. No confiscaron ningún ordenador ni emitieron ninguna citación. Ya te he dicho que eres un caso menor para ellos. He visto otros casos en los que se presentan con una orden judicial y se van llevándoselo todo, incluidos los teléfonos personales de todos".

Me estremecí. "Eso suena terrible".

"A ese nivel llegarán si realmente sospechan de un fraude grave".

Me froté los brazos y volvimos a entrar.

"¿Has tenido ocasión de abordar también el otro problema?", le pregunté.

"Ya lo he hecho. ¿Con quién más has hablado de tu embarazo?", preguntó mientras me miraba atentamente el vientre.

No me verían durante un tiempo e incluso cuando empezara a tener un bulto evidente, la mayoría de la gente simplemente asumiría que estaba engordando.

"No se lo he dicho a nadie más que a mi médico". Luego me mordí el labio. "Y aún no he enviado los papeles del divorcio", admití.

Después de que me pareciera que el mundo se me había derrumbado encima y consiguiera volver a ponerme en pie, le había pedido a Archie que leyera los papeles del divorcio. Le había proporcionado una copia del acuerdo prenupcial. Quería asegurarme de que todo iba bien, pero sobre todo quería asegurarme de que Alex no había incluido una cláusula o frase oculta que le concediera la custodia de los hijos.

Archie me aseguró que no había nada en ninguno de los dos documentos sobre descendencia.

"Tienes que enviarlos, Sammy. Si te los quedas no significa que no puedas divorciarte. Podrá decir que hizo todo lo posible por ponerse en contacto contigo y que se entregó correctamente. Tu falta de acción no impide nada. Simplemente lo alargará más".

Tenía razón. Aferrarme a los papeles del divorcio no iba a hacer que Alex volviera a mí por arte de magia.

¿Y por qué iba a quererlo? Por las mismas razones por las que nunca había dejado de pensar en él después de aquel primer encuentro. Me había enamorado de verdad de mi marido.

No debería haber albergado esos sentimientos. Era cierto que le interesaban mis asuntos.

Me imaginé a Vanessa frotándose las manos y riendo mientras dirigía la carga detrás de Alex para atacar y conquistar mi negocio como una horda de invasores. Solté una carcajada histérica al imaginármela con su elegante atuendo de negocios haciendo todo lo posible por destruirme.

Archie decía la verdad. Tenía que firmar y enviar los papeles y dejar atrás esa parte de mi vida.

"Entonces, ¿entiendo que no piensas pedirle ningún tipo de ayuda económica? Sabes muy bien que el tribunal podría asegurarse de que se ocupa de ti. Tienes pruebas de que estuvisteis casados y él te dejó".

"Nos distanciamos", señalé.

"No por lo que me ha contado. Amuebló una pequeña habitación para Xander en su casa del lago. Puede que estuvierais distanciados, pero sus acciones de los últimos meses sugieren que os habéis reconciliado. Sammy, estás embarazada. Sobre el papel, eso suena a reconciliación".

"Sería muy difícil que Xander supiera lo que ha pasado. Es un niño criado con tanto cuidado. Descubrir que su padre le abandonó le rompería el corazón".

"No tienes por qué decírselo", dijo Archie.

"¿Qué se supone que tengo que decirle cuando le claven agujas para tomar ADN para la prueba de paternidad?".

Archie se rió: "No funciona así. Utilizan un bastoncillo de algodón largo y le raspan el interior de la mejilla. No duele nada".

"No, no quiero pedirle a Alex una ayuda para el niño. Si lo hiciera, le daría la oportunidad de quitármelos y no lo permitiré".

"Dos hijos no son baratos", señaló Archie.

"Puede que no, pero sigo siendo la directora general y fundadora de una prometedora empresa tecnológica. Puedo ganar mi propio dinero".

"Creo que puedes y que lo harás, Sammy". Me dio una palmada en la espalda.

Parecía que, más que creer en mí, se limitaba a complacerme.

ALEX

Una de las cualidades de un buen líder era escuchar, prestar atención a las personas a las que se encomendaba un determinado trabajo. De nada servía delegar si al final se ignoraban los consejos de los demás.

Un buen líder tenía que ser mentor y consejero. Se rodeaba de gente inteligente, con experiencia y escuchaba los consejos de los demás.

Si había contratado a gente buena y la había colocado en puestos destacados, era por algo. Tenía que poder confiar en su criterio. Y también tenía que ser capaz de separar mis sentimientos de lo que era beneficioso para mi empresa.

No me gustaba la idea de utilizar Foundation Network Communications para abalanzarme como un buitre sobre Eyes On Care en el momento en que su empresa era más vulnerable. Quería a Sammy fuera de mi vida y la mejor forma de hacerlo era dejarla en paz a ella y a su negocio.

Mi equipo, sin embargo, pensaba lo contrario. Y con la auditoría fiscal contra Eyes On Care, que había paralizado toda actividad ajena a las operaciones cotidianas normales, mi equipo había tenido tiempo suficiente para convencerme de que no pensaba con claridad.

Vanessa ya no tenía ninguna relación con Eyes On Care. No teníamos una fuente fiable de información privilegiada, así que tuvimos que observar lo que era de dominio público y seguir de cerca las acciones de su empresa.

Como Vanessa había trabajado estrechamente con Sammy durante años, fue ella quien reunió la información necesaria. Thomas seguía el valor de mercado y la situación financiera de la empresa. Harper rellenaba los huecos. Como equipo eran perfectos.

"No me gusta lo rápido que parece estar sucediendo esto", dijo Thomas.

Una vez que todos pudieron convencerme de que siguiera adelante con el proceso de adquisición, empezamos a reunirnos cada quince días. Se consideró que una reunión semanal sería demasiado, sobre todo porque un proceso de auditoría como el suyo podía durar meses. Reunirnos cada quince días nos habría cubierto las espaldas en caso de que la situación cambiara rápidamente.

"¿Qué quieres decir?", preguntó Harper. Entró en mi despacho, empezando a echar un vistazo a los bocadillos y postres que se habían pedido para comer.

La sesión fue informal. Hablamos de estrategias y consideraciones durante la pausa para comer. Me dio la oportunidad de ver las cosas desde otra perspectiva. Además, las conversaciones parecían fluir más espontáneamente cuando había comida de por medio.

"Quiero decir que parece que la auditoría de sus cuentas ha terminado o casi. Como resultado de los intercambios e informes, Eyes On Care se mantiene firme. Los datos de los analistas del sector muestran que la confianza en la empresa se ha mantenido sólida."

"Sólida pero precaria", comentó Vanessa.

"No". Thomas se inclinó sobre la mesita que había en medio de mi despacho y le enseñó un impreso. "No es precaria en absoluto. Ya tendríamos que haber visto un nuevo desplome. Hubo un descenso inicial cuando empezó el proceso de la auditoría. La confianza en la empresa había caído, pero ahora se ha recuperado".

"¿No era de esperar? Las caídas iniciales se producen cuando la gente está asustada, pero si no parece ocurrir nada las cifras vuelven a sus niveles iniciales", dijo Harper.

"Por supuesto, era de esperar. Pero con un proceso prolongado como éste, la gente empezará a ponerse nerviosa. Querrán saber qué está pasando. Con cualquier tipo de investigación prolongada, las cifras vuelven a bajar y se recuperan rápidamente cuando se anuncian resultados positivos, o reciben un golpe con las malas noticias", continuó explicando.

"Parece que están en medio de una investigación prolongada. Yo no me preocuparía. Aún no han recibido el golpe definitivo".

Vanessa se rio entre dientes. "Pero lo recibirán, y entonces atacaremos".

"¿Tenemos preparada una oferta?", pregunté.

"Tenemos varias, dependiendo de los resultados de la auditoría fiscal. Si la situación es tan mala que Sammy tendrá que venderlo todo para mantener la empresa a flote, con lo que cuento, podemos hacer una oferta muy baja", señaló Vanessa. Luego continuó. "Le encanta lo que ha creado. La empresa es su bebé, como lo es Xander. Quizá más, porque fue capaz de crear esa empresa por sí misma, sin que un rollo de una noche le tendiera una trampa".

Lancé una mirada a Vanessa y luego aparté la vista antes de que nadie se diera cuenta de mi reacción.

Sammy no era mi persona favorita en aquel momento, pero seguía sintiéndome posesivo con ella cuando la gente hablaba mal de ella. Era extraño, pero me habría gustado devolverle el golpe a Vanessa.

¿Cómo se atrevía a cuestionar a Sammy o a Xander? El niño no tenía nada que ver con esto. Era inocente, no debía involucrarse en ninguno de los asuntos de su madre. Ni siquiera debía ser nombrado.

El gruñido que oí se me atascó en la garganta. De todos modos, habría protegido a aquel niño del resto del mundo, aunque su madre y yo no estuviéramos juntos.

"Ah, unos bocadillos. ¿Hay suficientes para mí también?", preguntó mi nueva ayudante personal Mandy al entrar en mi despacho.

Había acertado en muchas cosas durante nuestra entrevista. Yo había hecho suposiciones sobre ella, pero me había equivocado y, cuando se había marchado, me había dado cuenta inmediatamente de que me había equivocado. Así que, días después, volví a llamarla y la contraté. Había hecho bien.

Mandy Keyes había trabajado bien. Sabía más de mí de lo que mi madre debería haber sabido. Habíamos acordado un período de prueba de noventa días antes de que uno de los dos decidiera si funcionaría o no. Hasta ahora, en su primer mes de trabajo, había demostrado ser justo lo que yo necesitaba.

Llenó un pequeño plato de comida y se sentó a mi lado. Luego me entregó un sobre.

"Creo que estabas esperando esto", me dijo.

Cogí el sobre y lo abrí. Eché un vistazo al interior. Se me hizo un nudo en el estómago cuando me di cuenta de lo que era. Lo dejé a un lado y volví a centrarme en la conversación.

"Sammy probablemente estará muy contenta si presentamos una oferta en efectivo", dijo Thomas.

En algún momento perdí el hilo de la conversación. Afortunadamente, el propósito de aquel almuerzo de trabajo se centraba exclusivamente en la adquisición de Eyes On Care, así que no pude perderme demasiado. No tuve que pedir más aclaraciones, pues siempre se trataba de Sammy. Siempre se trataba de ella. Cada comentario, cada estrategia era una ofensiva contra Sammy.

Mis ojos volvían una y otra vez al sobre. Mandy se fijó en él y asintió en su dirección; sus cejas se alzaron en señal de curiosidad.

Haciéndome el tonto, se lo devolví a Mandy.

"Déjalo en mi mesa".

"Tu mesa está exactamente dos metros detrás de ti y yo estoy comiendo", me contestó.

Era un hueso duro de roer. No sabía si eso era algo bueno de ella o si me cabrearía en el futuro. Aún me quedaban dos meses para decidir si la contrataba a tiempo completo o no.

Me levanté y dejé el sobre sobre la mesa. Aproveché para estirarme.

"Sammy no tiene ningún registro de sus dos primeros años en el negocio, no puedo entender cómo no le dejan salirse con la suya', dijo Vanessa.

Gemí. Aquella reunión estaba siguiendo el mismo patrón que las demás. Quizá el almuerzo había sido demasiado largo.

Una vez hubimos discutido la nueva información y revisado los datos, la charla volvió a la mala gestión empresarial de Sammy, al hecho de que la única razón por la que Eyes On Care había subido tan alto era Vanessa, que ahora trabajaba para nosotros.

Sammy era constantemente masacrado.

A mi Sammy, aquella chica hermosa, encantadora y dulce, la destrozaban como si no fuera una

persona de verdad, sino una moneda de cambio que había que rebajar.

Volví a mirar el sobre. Ella ya no era mía. Los documentos que contenía eran las últimas cicatrices de nuestra relación. Por fin había firmado los papeles del divorcio.

"¿Sabes una cosa? Hemos terminado. Yo he terminado. No estáis diciendo nada nuevo. Sammy Cole puede ser muchas cosas, pero nunca fue la malvada mujer de negocios que estáis pintando que es".

"¿Estás pensando en no volver a hacer esta adquisición, Alex?", preguntó Harper.

"Puede que sí. O quizá me estoy cansando de oír a esta mujer hablar mal de alguien a quien hace solo unos meses todos tratábamos como a una amiga".

"Alguien que nos traicionó", afirmó Vanessa.

"¿En serio? ¿Tú no lo hiciste? Antes trabajabas para ella codo con codo y ahora nos hablas en secreto de las estrategias y los planes que ha puesto en marcha su empresa. Aunque todavía no estoy seguro de que me haya traicionado, la verdad es que no".

Me volví hacia mi escritorio, cogí el sobre con los papeles del divorcio y me apresuré a salir.

Unas cuantas páginas aplastadas en mi mano y todo mi mundo cambiaría. Había pensado que sería lo mejor, pero lo único que deseaba en aquel momento era coger aquellos papeles y destruirlos. Quería verlos arder. Y quería hacerlo rodeando con mis brazos el cuerpo suave y cálido de Sammy.

Era tan cierto: un buen líder escuchaba a sus colaboradores, pero también era capaz de darse cuenta de cuándo decían un montón de tonterías.

SAMMY

Otra reunión, esta vez en sus oficinas. Estaba sentada en una pequeña sala de la oficina de Hacienda del Estado. La habitación no era muy acogedora. No había una pared de cristal como en la mía. Parecía más bien una celda de detención, con pequeñas ventanas al exterior. La vista daba a la parte trasera de otro edificio bajo de hormigón del gobierno de los Estados Unidos.

Archie vino conmigo y yo estaba muy nerviosa. Había conseguido hacer llegar a los auditores todos los documentos que me habían pedido en tres semanas, superando su plazo. Había tenido que rogar a la compañía de mi tarjeta de crédito que me facilitara copias de los extractos de los dos primeros años desde que había puesto en marcha Eyes On Care.

Después de entregarles, tuve que esperar. Los auditores no habían pedido nada más y me dijeron que se pondrían en contacto conmigo. Pero nunca lo hicieron. Me entró el pánico. ¿Por qué no tenía noticias de ellos?

No podía hablar con el personal que me quedaba y cada semana ese número parecía reducirse más y más.

Archie estaba sentado a mi lado y de vez en cuando me tocaba el hombro. No podía decir si era un gesto de condescendencia o un intento legítimo de calmar mis nervios. La edad de Archie era fácilmente comparable a la que imaginaba que habría tenido mi abuelo, así que quizá fueran ambas cosas.

La auditora, la mujer alta y sus secuaces se sentaron frente a nosotros. Era menos estricta de lo que yo recordaba y sus hombres parecían aburridos. Deslizó una carpeta de documentos por la mesa hacia mí. "Te devolvemos los documentos que nos has proporcionado".

Extendí la mano y tomé la carpeta. No estaba preparada para llevarme también todas las cajas a la oficina. Me había preparado mentalmente para que me detuvieran o para algo demasiado dramático.

Se deslizó hacia mí un simple trozo de papel. "Si puedes firmar para confirmar que te han devuelto los documentos", dijo uno de los subordinados.

Miré a Archie. Estaba confusa. En cambio, él sonreía. Esperaba que significara buenas noticias. Saqué un bolígrafo y garabateé mi firma.

"Tus registros de los dos primeros años de tu negocio son un desastre", me dijo.

"Lo sé", confesé. "En aquella época, aún no sabía lo que hacía".

"Por supuesto", dijo, mientras una risa reprimida rebotaba entre su equipo.

"¿De verdad son una porquería?", le pregunté.

Sabía que la respuesta sería afirmativa.

"Sí. También encontramos algunos pequeños errores que repitió un par de veces".

Me quedé boquiabierta. ¿Qué concepto tenían de pequeños errores?

Hice una mueca. Estaba preparada para recibir una multa.

"No pagaste al Estado cuatrocientos setenta dólares y cuarenta y tres céntimos".

"¿Cómo dice?", exclamé.

Señaló con la cabeza una carpeta. En la parte superior había una declaración y la leí. Debía menos de quinientos dólares. Tanto estrés, tanta preocupación, ¿y todo se reducía a unos pocos cientos de dólares?

Miré a Archie. Sonrió y volvió a asentir.

"No me he traído la chequera", confesé.

"No hay problema, puedes pagar al cajero cuando te vayas. Creo que aceptan tarjetas de crédito".

"¿Qué se supone que tengo que hacer con todas mis cajas? No sabía que tenía que traerlas de vuelta".

"No te preocupes", dijo Archie. "Pediré a alguien de mi bufete que las recoja".

"Muchas gracias".

Cuando terminó la reunión, me sentí como flotando en un sueño y Archie me guió por el edificio hasta el mostrador donde pagué la cantidad solicitada. Todo parecía surrealista.

No me iban a detener, no había motivo para pensar que mi empresa fuera a fracasar. Lo había pensado más de una vez y estaba segura de que mis empleados también.

La semana anterior había perdido a otros dos. Quizá esto se hubiera visto como una señal positiva y podríamos haber empezado a cambiar las cosas. Seguíamos teniendo cuota de mercado, seguíamos siendo sólidos. Sin embargo, si nos hubiera caído otro duro golpe, Eyes On Care no habría sobrevivido.

Quizá debería haberla vendido. Podría haberla vendido y trasladarme a Silicon Valley, el centro del mundo de las tecnologías de la información. Era lo suficientemente lista como para que me contratara una start-up o una empresa más establecida. Quizá podría haber trabajado para una de las grandes empresas del sector y convertirme en uno de los muchos trabajadores anónimos de los que no se esperaba mucho más que las tareas que me asignaban.

Había que tomar decisiones y yo era la única que podía hacerlo.

Creo que debería haber empezado con la búsqueda de un nuevo Director General y un nuevo

Director de Ventas. Así demostraría a todo el mundo que Eyes On Care no estaba en crisis.

Dejé escapar un gran suspiro.

"Qué alivio". Le dediqué a Archie una sonrisa cansada. "Aunque al final no tenga la culpa, ¿puedo demandar a Vanessa por el trauma que sufrió?".

"¿Seguro que quieres hacerlo? Han sido seis semanas de tensión jurídica relativamente baja. Probar un caso de difamación requiere mucho trabajo. Tienes que tener testigos dispuestos a presentarse. Tienes que demostrar que sus mentiras también te han perjudicado económicamente".

"Perdí muchas horas de sueño y trabajo para reunir la información para los auditores", subrayé.

"Me parece que el Estado tiene cosas mejores que hacer que ocuparse de cosas como ésta contra ti. Eso, si se dan cuenta de que fue ella quien dio el soplo. Ya han tenido a tres o más personas trabajando en tu caso durante al menos seis semanas. Y, suponiendo que solo hayan trabajado en tu caso, eso significa", calculó rápidamente con los dedos, "trescientas sesenta horas de trabajo, no, espera, setecientas veinte horas de trabajo. Incluso si los tres trabajaron en tu caso un tercio del tiempo, siguen siendo más de doscientas horas de trabajo. Tu caso costó al Estado mucho más de lo que recuperaron con esos miserables cuatrocientos setenta miserables dólares".

"Y cuarenta y cinco céntimos", añadí, soltando una carcajada nerviosa.

Archie volvía a tener razón; probablemente no merecía la pena seguir persiguiendo a Vanessa.

"¿Una copa para celebrarlo?", preguntó.

"Por supuesto", respondí.

Fuimos a un bar cercano y Archie pidió un Jack Daniel's con hielo y una limonada con gas para mí. Por supuesto, Archie ya lo sabía todo sobre el embarazo. Se lo había contado a la hora de revisar los papeles de mi divorcio. Sin embargo, a estas alturas era bastante obvio que estaba embarazada de nuevo. Con solo tres meses ya se podían ver los signos del embarazo, que eran mucho más evidentes de lo que yo había previsto.

Brindamos por nuestra exitosa supervivencia al cheque fiscal.

"Ahora, ¿cómo está tu otra situación?", preguntó.

Me mordí el labio. "He enviado los papeles", le expliqué. "Pero aún no me han contestado. ¿No debería el otro abogado avisarme de que los han presentado o algo así?".

"No soy abogado de divorcios, pero sí, deberías haber recibido algún tipo de notificación de que se han presentado los documentos. Puedo pedirle a alguien del bufete que lo compruebe".

Archie tenía a alguien en el bufete que podía comprobar, seguir e investigar cualquier cosa. Les pagaba más que suficiente para poder hacerlo.

Tenía que encontrar a alguien que pudiera ocuparse de todas las pequeñas cosas que había que hacer.

Sobre todo ahora que esperaba un segundo hijo. Alex tenía un ayudante parecido a un

mayordomo cuando le conocí. Red se había ocupado de muchos pequeños detalles. Ese era su trabajo: ocuparse de los detalles para que el jefe pudiera hacer las cosas importantes.

"¿Cómo podría conseguir un asistente personal?" le pregunté. "Quiero tener alguien en la oficina que pueda hacer las cosas que se necesitan'".

"¿Qué cosas?", preguntó Archie.

"Bueno, tú, por ejemplo, tienes a alguien que puede comprobar si se han presentado los papeles de mi divorcio. Y tienes a alguien que puede asegurarse de que mis cajas con documentos se recuperan de la oficina de los auditores. Quiero esto. Mi negocio no quebrará pronto". Archie primero sonrió y luego empezó a reírse entre dientes. "Déjame adivinar, ¿también tienes a alguien en la oficina a quien puedas pedir que compruebe esto?", le pregunté.

"Exacto. Ahora que sabes que Eyes On Care no corre peligro por los impuestos, ¿cuáles son tus planes?".

Me encogí de hombros. "Tengo que ocuparme del control de daños. La confianza de los empleados ha caído peligrosamente. Esta sentencia a mi favor debería levantar la fortuna de la empresa. Nunca me di cuenta de lo mucho que me ayudaba Vanessa hasta que se marchó. Me tomaré este tiempo para analizar realmente dónde podemos optimizar nuestros flujos de trabajo", respondí.

"Comprendo. Y en cualquier caso, no se trataba de un juicio, ya que no abrieron ningún proceso", explicó.

Me senté y suspiré.

"Tengo que hacer algo para recompensar a los empleados que se quedaron. El barco no se hundió, pero las ratas se fueron como si lo hubiera hecho".

Archie enarcó una ceja en mi dirección.

"No creo que, aparte de Vanesa, los demás tengan toda la culpa. No sabían exactamente qué hacer y abandonaron por miedo a quedarse en la calle".

Reflexioné un momento sobre lo diferente que habría sido todo esto si Eyes On Care se hubiera constituido adecuadamente. En cambio, financieramente, todo había recaído sobre mis hombros. La carga financiera era la razón por la que Vanessa no se había interesado en asociarse.

Lo añadí a mi lista mental. Cuando volviera a la oficina, tendría que trasladar todas aquellas ideas al papel.

ALEX

Conduje durante horas. No tenía ningún destino en mente, solo quería alejarme de todo lo que había ido mal. Y tenía la sensación de que todo acababa saliendo fatal. Trabajar con mi equipo me recordaba demasiado a la relación que tenía con Roy y mi madre.

Eso no era lo que yo quería.

Quería construir una confianza y un vínculo no solamente con Sammy, sino también con su empresa. Vanessa nos hizo sentir como si tuviéramos que llevar a cabo una venganza. Un castigo contra la que había sido su mejor amiga.

Todo era completamente equivocado.

Conduje hasta que no hubo más edificios y el sol se ocultó bajo el horizonte. Encendí los faros y seguí conduciendo en la oscuridad. Aceleré. Como si la velocidad pudiera darme el consuelo esperado para el dolor y las emociones que sentía.

En un momento dado, paré en un área de servicio y dormí en el coche. Algo completamente absurdo para mí. La gente conducía para ir de un sitio a otro. Los camioneros transportaban mercancías y comían la comida que vendían las paradas de camiones.

Siempre había pasado por alto ese aspecto. Siempre sabía adónde iba, excepto ese día. ¿De un destino a otro, todos los días? No, eso no era para mí.

¿Adónde iba esa gente cuando necesitaba una escapada?

Por la mañana entré en una cafetería y me tomé un café y un burrito bastante cuestionable. En cuanto a comida basura, no estaba mal. Me recordó a Taco Bell después de una noche de juerga en mi época universitaria. Me senté y me quedé mirando el vasto paisaje de Texas. Parecía tan vacío como yo me sentía. Inmenso, yermo, abandonado y solitario.

Un hombre podría haberse perdido allí y vagar durante años. Quizá eso era justo lo que necesitaba hacer: perderme en la naturaleza. Tomé un sorbo de café y otro bocado de burrito y me di cuenta de que nunca podría sobrevivir sin la civilización.

Volví al coche y eché un vistazo al sobre que tenía en el asiento del copiloto. No necesitaba perderme en un entorno hostil para sentirme solo. Ya me había ocupado de eso. Arranqué el motor y me dirigí hacia el este. Pasé la ciudad y me dirigí hacia el lago.

Cuando abrí la puerta y apagué la alarma, me di cuenta de que tal vez había sido un error ir allí.

Las huellas de Sammy y Xander estaban por todas partes.

Abrí la nevera y cogí una cerveza. No había mucho más, salvo un poco de salsa y zumo. Agarrando una segunda cerveza, atravesé la puerta trasera y llegué al muelle. Me senté, me quité los zapatos y los calcetines y sumergí los pies en el agua.

La belleza de mi entorno me resultaba muy familiar. Me sentía más cómodo cuando estaba rodeado de vegetación y, sobre todo, había encontrado consuelo en el agua. Estaba confuso y no tenía ni idea de lo que quería ni de adónde iba.

Mi móvil vibró y lo cogí. Otro mensaje de Mandy. Lo único que había hecho desde que salí de mi despacho era llenarme el teléfono de mensajes.

Estoy vivo, déjame en paz, tecleé rápidamente. *Pídeme una coca-cola y una pizza*, le envié otro mensaje con mi dirección. Al fin y al cabo, le estaba pagando por algo.

Miré por encima del hombro. Seguía esperando que Xander saliera corriendo con su gracioso chaleco salvavidas. Sammy había sido demasiado, demasiado paranoica. No quería que jugara cerca del agua sin llevarlo puesto.

Quizá debería haber puesto un columpio en el jardín. Diablos, no, no había necesidad de hacer eso. No había necesidad de ningún columpio, ni de ningún niño. Ni familia. Habían estado allí el tiempo suficiente para llenar aquel lugar con los fantasmas de sus risas, recuerdos y alegría. Aunque su estancia en la casa del lago había sido breve, había sido nuestro hogar, el de los tres.

El divorcio parecía real y no falso como lo había sido el matrimonio. No lo había previsto. Al fin y al cabo, nada de aquella unión había sido real. Había tenido una esposa de conveniencia, solo sobre el papel. Aquel divorcio no era más que una firma en un otro papel.

Entonces, ¿por qué me dejaba un vacío tan profundo?

Quizá porque mi vida con Sammy y Xander había sido más real que todo aquello y cuando había pasado tiempo con ellos, me había dado cuenta de que eran mi familia. Luego, los documentos de aquel sobre lo habían derrumbado todo.

Recorrí las fotos en mi smartphone. Aún las tenía todas. En momentos de ira, justo después de que hubiéramos discutido, me había negado a mirar sus fotografías y las había ignorado. Ahora, en un momento de duda y confusión, me encontré mirándola una y otra vez.

Simplemente quería admirar cómo se curvaban y redondeaban sus mejillas cuando sonreía.

¿Qué me pasaba? Tenía que borrar esas fotos.

Mi pulgar se movió hacia la derecha: sí, tenía que dejar de pensar en ella. Borrarla de mi mente y de mi teléfono. Mi dedo se detuvo en el icono de la papelera. No podía hacerlo. Tenía los dedos paralizados. Bastaba con que pulsara sobre la pantalla para que todo desapareciera.

Yo, sin embargo, no quería que desapareciera en absoluto. Era tan hermosa, una mancha de pecas sobre una nariz quemada por el sol. La risa en sus ojos. Aquella foto me hizo revivir aquel momento. Un instante en el que éramos felices, todos juntos. La vida con ella era diferente, más hermosa. No quería perderlo todo.

Miré otras fotos y una imagen mía de niño llenó la pantalla. ¿Cómo demonios había llegado allí? Se suponía que no debía tener fotos de mi infancia en mi smartphone. ¿Me la había enviado mi madre?

Me senté y me quedé mirando la imagen. No era yo, era Xander.

"Mierda", exclamé.

Mi teléfono vibró y una notificación desplegable cubrió la imagen. Había llegado mi pizza.

Me puse en pie y atravesé la casa hasta abrir la puerta.

El repartidor había traído una pizza gigante con coca-cola. Saqué un billete de veinte de mi cartera y se lo entregué.

Mandy había hecho un buen trabajo.

Puse la lata sobre la mesa y revisé la pizza. Entonces llegó un mensaje a mi teléfono:

No sabía lo que querías. Te he pedido una pizza de cuatro sabores.

Y pensar que durante la entrevista la había descartado en pocos minutos.

Cogí un trozo del cartón y le di un mordisco. Tenía más hambre de lo que pensaba, así que me apoyé en la encimera de la cocina.

Le envié la foto de Xander a mi madre. *¿Te resulta familiar?* escribí.

Consígueme la partida de nacimiento de Xander Cole, le escribí a Mandy poco después.

¿Te refieres al hijo de Sammy Cole?

Sí, me refiero a su hijo. Debería tener unos cinco años.

¿Por qué?

El motivo no es asunto tuyo. Hazlo y punto.

Sonó mi teléfono.

"Hola, mamá", dije, levantando el auricular.

"¿Por qué me envías fotos antiguas tuyas? ¿Hay algo que deba recordar de ésta?". Tenía muchas preguntas.

"Soy yo, ¿verdad?", le pregunté. Necesitaba saber que no era el único que pensaba así.

"Sí, eres tú. Tu pelo se oscureció cuando empezaste el colegio. De pequeño eras incluso más rubio. Eras un niño tan guapo. Tendrías unos hijos preciosos. ¿Cuándo me daréis nietos tú y tu misteriosa esposa?".

Terminé la llamada. No tenía ningún deseo de continuar aquella conversación en particular. No sabía cómo decirle que mi mujer y yo ya le habíamos dado un nieto, solo que había estado demasiado centrado en mí mismo para darme cuenta. Cada vez me convencía más de que tenía que ser mi hijo.

Tomé otro trozo de pizza y volví a hojear las fotos. Cada vez me centraba más en Xander. Se parecía demasiado a mí para ser solo una coincidencia. Era un maldito imbécil. Se llamaba Xander, diminutivo de Alexander.

Por alguna razón, se me había escapado por completo.

Estúpido. Estúpido. Estúpido.

Debería haber sido más listo. Debería haber sido lo bastante inteligente como para reconocer a Sammy, aunque tuviera el pelo diferente y gafas en vez de lentillas. Pero no lo había hecho. El día de la boda apenas la había mirado y luego nos habíamos emborrachado y no recordaba prácticamente nada de ella. Era atractiva, era mi tipo, pero eso era todo lo que recordaba. No había vuelto a verla ni a saber nada de ella.

¿Por qué el hecho de volver a verla no había hecho saltar las alarmas en mi cerebro?

Probablemente porque nunca había imaginado que mi mujer se presentaría en mi sala de reuniones para exponerme su empresa. Y, desde luego, nunca esperé que su hijo fuera mío.

No encuentro mucho sobre el bebé. Mandy me envió un mensaje. *Pero por la página de Facebook de Sammy, parece que su cumpleaños es en enero. Necesitaré más tiempo para ver qué puedo encontrar en los documentos oficiales. Es más difícil con niños.*

Enero... Conté hacia atrás con los dedos. Conocía nuestro aniversario porque recordaba el día en que había obligado a mi tío Roy a jubilarse, y no por otra razón. Por supuesto, podría haber encontrado la confirmación de la fecha en los documentos de aquel maldito sobre, solo que no quería ver la firma de Sammy aceptando poner fin al matrimonio y ver que la fecha de la boda había sido en abril.

"¡Joder, tengo un hijo!", dije en voz alta.

No solamente tenía un hijo, sino que además lo había conocido.

SAMMY

Sonó el timbre y al cabo de unos segundos también oí que llamaban a la puerta. Comprendía que mi casa era pequeña, pero ¿por qué la gente ni siquiera me daba tiempo a ir a abrir?

Refunfuñé: "Dame un segundo" y empecé a salir de la comodidad del sofá como una especie de foca embarrancada que intenta salir de una roca en marea baja.

Xander, por su parte, se levantó del sofá chillando: "¡Yo voy!".

Me apresuré a seguirle con un gemido. Aunque solo estaba embarazada de tres meses, me sentía mucho más adelantada, ya que mi cuerpo crujía y no cambiaba de posición una vez que me ponía cómoda. Conseguir estar a gusto me llevaba una eternidad. Aquél iba a ser un embarazo muy largo.

No habría podido detener a Xander ni apartarlo del peligro si insistía en abrir la puerta principal a cualquier hora del día. Tenía que instalar cámaras exteriores como las de los vecinos.

"Xander, ¿qué te he dicho sobre abrir la puerta principal? Nunca se sabe quién puede estar ahí...".

El niño chilló aún más fuerte y luego soltó una risita. Me quedé petrificado.

"¡Eh, chaval! Te he echado de menos", dijo una voz familiar.

Alex estaba allí de pie, con un aspecto encantadoramente desconsolado. Levantó a Xander en brazos.

"¿Dónde has estado todo este tiempo? Mamá me dijo que siempre estabas ocupado", dijo el niño.

"Lo estaba. Siento que todos esos compromisos me alejaran de ti durante tanto tiempo". Levantó la vista hacia mí y nuestras miradas se encontraron. "En este último periodo necesitaba pensar con claridad", añadió.

La sinceridad de su voz me llegó directamente al pecho, como una esperanza que ya había perdido.

"Ya que estás aquí, será mejor que entres", le dije.

Alex soltó a Xander de su agarre.

"No puedo creer lo grande que se ha hecho. No ha pasado tanto tiempo, ¿verdad?".

Xander salió corriendo, volviendo a su película, que no habíamos pausado.

Entonces, la mirada de Alex se posó en mi vientre. Sus ojos se abrieron de par en par y sus fosas nasales se encendieron. Se irguió más, esforzándose por permanecer imperturbable. En cambio, pareció darse cuenta de que estaba embarazada.

La esperanza en mi pecho se desvaneció: ¿sabía Alex siquiera que era el padre? ¿O tenía tan mala opinión de mí que pensaba que me lo había dado otra persona?

En general, como era madre soltera, a menudo me sometían a juicios que no siempre eran positivos. Demasiada gente daba por sentado que no estaba casada, que había tomado decisiones irresponsables; me culpaban de todo y nunca preguntaban por el padre de Xander. No es que nada de eso les preocupara. Al contrario.

Solo que ahora no quería que Alex también me juzgara mal. Ya había sido objeto de reacciones negativas por su parte y eso era otra cosa que no quería. No de él, sobre todo de él.

"¿Podemos hablar? Parece que realmente lo necesitamos", preguntó.

Se quedó junto a la puerta, aunque yo lo había invitado a entrar.

"Xander y yo estábamos terminando de ver una película antes de irnos a la cama. ¿Te gustaría unirte a nosotros? Podemos hablar después de que se duerma".

Intenté que no se filtrara ninguna emoción en mi voz. No quería que el niño entendiera que estaba enfadada, nerviosa y un poco asustada al mismo tiempo. Tampoco quería que Alex percibiera la desesperación que sentía.

Xander volvió hacia nosotros y tiró de Alex para que fuera a sentarse con él. Al final cedió, obedeció, se acercó al sofá y se sentó.

Me embargaban demasiadas emociones a la vez. Sentados uno junto al otro, como tantas otras tardes, no sabía qué pensar.

Cuando terminó la película, Alex no dijo nada, simplemente cogió a un Xander somnoliento y cansado y se lo llevó a la cama, como había hecho antes. Había echado de menos que estuviera allí con nosotros, como un padre de verdad. Un papá fuerte, que levantaba a su hijo como si no pesara nada, ayudándole a crecer y jugando con él.

Habían establecido un fuerte vínculo emocional y los últimos meses habían sido difíciles para ambos.

Xander no entendía por qué Alex ya no venía a cenar ni veía películas con él. Tampoco entendía por qué ya no podíamos ir al lago. Había hecho todo lo posible por hacerle comprender que no era culpa suya en absoluto. En realidad no era culpa de nadie, sino que Alex tenía que trabajar y dirigir su propio negocio y que eso era más importante para él en aquel momento. Hacía todo lo posible por mantener mi tristeza y mi rabia fuera de la vida de mi hijo. Mamá y papá se iban a divorciar, pero no podía decírselo porque no sabía que Alex era su padre ni que estábamos casados.

Xander se había alegrado mucho de volver a ver a Alex. Iba a dejar que hicieran juntos su rutina habitual a la hora de acostarse. Después de todo, podría haber sido la última vez. Contuve las

lágrimas. No quería que fuera así en absoluto. Ni siquiera me atrevía a esperar que la llegada de Alex significara lo que yo deseaba tan desesperadamente que ocurriera.

Me quedé en el sofá mientras aquel hombre encantador arropaba a Xander y le leía un cuento.

Saber que estaban juntos me tranquilizaba porque sabía que mi hijo... nuestro hijo, estaba a salvo con él.

Al cabo de unos veinte minutos, Alex volvió hacia mí y me miró fijamente. Le devolví la mirada. Le observé con cuidado. Estaba un poco desaliñado. La barba incipiente y sexy había dado paso a una más larga y desordenada. Hacía días que no se peinaba ni se alisaba el pelo. Sus ojos entonces... parecían tan cansados y tristes como me sentía yo.

"¿Qué haces aquí, Alex?". conseguí preguntarle por fin. "¿Qué quieres de mí?"

Sacó un sobre doblado del bolsillo de la chaqueta. Lo dejó caer sobre la mesita, delante de mí.

"Desde luego, no quiero esto", exclamó señalando con un dedo el lugar donde estaba el sobre.

No supe qué era hasta que lo cogí, en parte porque estaba muy arrugado. Eran los papeles del divorcio.

"Los devolví firmados", dije, confusa.

"Se los devolviste al abogado. Me los entregaron a mí porque tengo que ser yo quien los entregue personalmente en el registro civil", dijo. Luego guardó silencio durante un buen rato, paseándose de un lado a otro en la pequeña sala de estar. "Pero no pude hacerlo". Dejó de andar y me miró fijamente: "No entendía por qué había tardado tanto en firmar y devolver aquellos papeles, y luego los encontré en mis manos. Y no, no pude hacerlo".

Se me cortó la respiración y el corazón empezó a latirme desbocado. La mariposa de la esperanza en mi pecho desplegó sus alas. Quería sonreírle, pero me aterraba la idea de haberlo malinterpretado todo.

"¿Qué es lo que quieres, Alex?".

Me levanté, con los papeles del divorcio arrugados aún en la mano.

Me dejó allí y fue a la cocina. Rebuscó en un cajón tras otro.

"¿Qué buscas?", le pregunté.

"¡Esto!", respondió, blandiendo un largo mechero que utilizaba para encender velas.

Me tendió la mano y me condujo al patio trasero. Cogiendo el sobre de mis manos, encendió el mechero hasta que apareció una llama en la punta. La acercó a la esquina del sobre y la mantuvo allí hasta que prendió.

Las llamas lamieron los documentos y rápidamente convirtieron nuestro divorcio en carbón. Luego lo tiró todo al suelo.

Me quedé mirando las llamas y luego a él. Se acercó a mí y me acarició la mejilla.

"Quiero seguir casado contigo. Quería divorciarme para poder estar contigo, ya que no me daba

cuenta de que eras la misma persona. No me di cuenta de que ya estábamos casados. Quería tener esa familia que no sabía que ya tenía".

Las lágrimas brotaron copiosamente de mis ojos y él las secó con el pulgar.

No sabía qué decir; luchaba contra mis emociones para poder respirar. "Alex".

"¿Por qué no me hablaste de Xander? ¿Quizá porque era tan idiota que no podía verme en él cuando me miraba fijamente? Le envié una foto suya a mi madre y pensó que era yo. Mi cabeza estaba tan ocupada pensando en mí, Sammy, que no pude reconocer la verdad cuando la tenía delante".

"Alex, yo...", me quedé paralizada. Luego respiré hondo.

Tenía que hacerlo ahora, antes de que se me fuera de las manos. Antes de que volviera a perder el control. "Te quiero", dije por fin.

Me rodeó con los brazos y me estrechó contra su pecho. Sus manos acariciaron mi pelo y luego mi espalda mientras me besaba.

"Nunca pensé que oiría esas palabras de ti. Pensé que lo había estropeado todo". Se apartó un momento, lo suficiente para que pudiera mirarle a los ojos. "Yo también te quiero. Muchísimo".

Sus labios se posaron sobre los míos. Era el tipo de beso que intentaba recuperar el tiempo perdido.

De suave pasó a ser más intenso.

"Abigail Samantha Cole, por favor, no nos divorciemos".

"¡Has dicho bien mi nombre!" Aún me caían lágrimas de los ojos, pero sonreía. "Me encantaría seguir casada. Pero entonces, ¿qué hacemos?". Señalé el puñado de polvo carbonizado que había en mi jardín, donde estaban los papeles del divorcio quemados.

Alex se encogió de hombros.

"Le diré a mi ayudante que les diga a los abogados que ha habido un cambio de planes".

"Bueno, ha habido *muchos* cambios en este tiempo", dije.

ALEX

Atraje a Sammy aún más hacia mí. "No sé si ha habido algún otro cambio, pero ahora mismo quiero disfrutar del momento".

"Vale, seguiremos con esto más tarde", dijo ella, tirando hacia arriba con la nariz.

Las lágrimas de felicidad podría soportarlas, pero no las lágrimas de tristeza por si había otros problemas.

"¿No estás enfadado por lo de Xander?", preguntó con un filo en la voz.

"¿Por qué iba a estar enfadado? Es un gran chico. Vale, quizá esté un poco triste porque me he perdido más de cinco años de su vida. Sin embargo, ahora no es el momento de enfadarse. Creo que entiendo por qué hiciste lo que hiciste. Después de todo, se suponía que no debía haber nada entre nosotros. Todo este tiempo seguí ignorando el error que cometí en nuestra noche de bodas".

"¿Error? No digas eso, Alex. Para mí no fue un error".

"No estaba en nuestro acuerdo acabar en la cama, pero eras tan condenadamente atractiva".

Sammy se rio entre dientes.

"Mira, yo también me había propuesto que no pasara nada entre nosotros. Puede que acostarme contigo no fuera la jugada más inteligente, pero ¿cuántas veces volvería a tener un tío con abdominales esculpidos? Creo que aquella noche ya me enamoré de ti, Alex. Me hiciste sentir especial. No tenías por qué, pero me hiciste sentir como una novia de verdad en mi noche de bodas. Y como regalo de despedida, me quedé con Xander".

"Él no sabe quién es su padre, ¿verdad? No se lo has dicho".

"No, no se lo dije. Alex, me marché de aquella noche en Las Vegas con un gran cheque en el bolsillo que me permitía comprar esta casa y asistir a la universidad, con el acuerdo de que nunca tendría que ponerme en contacto contigo, salvo a través del número de teléfono de un abogado que me había dado tu ayudante. También sabía que me enviarías más cheques únicos si seguíamos casados".

Asentí con la cabeza. El acuerdo prenupcial había sido muy claro en su contenido. Debería haberme evitado y no haber dicho a la gente que estaba casada conmigo.

Había sido idea de un hombre estúpido que tenía todas las razones equivocadas para hacerlo.

Estaba utilizando algo que debería haber tenido tanta carga emocional como un matrimonio, como palanca para conseguir el trabajo que me correspondía. Había sido egoísta por mi parte, pero al final, gracias a aquel acuerdo, había conocido a Sammy.

"Sabes que elegí el sector informático por ti", me dijo.

La aparté lo suficiente para mirarla. "¿A qué te dedicaste? ¿Y por qué lo hiciste?"

Me cogió de la mano y me llevó dentro. "Vamos, te lo contaré. ¿Quieres beber algo?", me preguntó.

"Tomaré lo mismo que tú", contesté.

Pensé que tomaría vino. Normalmente tomaba un vaso después de que Xander se acostara las noches que yo había ido a su casa.

"Es té dulce. Espero que esté bien". Me tendió un vaso alto de té helado. Lo miré fijamente. ¿Cuándo había comprado vasos? Siempre los tenía de plástico. Recordé la primera vez que había acudido a ellos.

"¿Por qué solo tenéis vasos de plástico aquí?", le había preguntado entonces, buscando un vaso en los armarios.

Ninguno de los vasos de cristal encajaba entre sí y, desde luego, no coordinaban con sus platos. Esto se me había quedado grabado en la memoria porque nunca me había fijado en los diseños de los platos de la gente.

"El plástico no se rompe, solo se derrama. A los niños de cinco años se les caen los vasos y los *derraman mucho", había contestado.*

"Pero Xander no usa estas copas, tiene sus propias gafas con tapa", había replicado yo. Me había quedado muy confuso.

"No he dicho que él derramara los suyos, sino los míos y los de unos amigos que vinieron de visita. De todas formas, si tanto te molestan los vasos de plástico, iré a comprar unos de cristal solo para ti".

En aquel momento no había sido capaz de distinguir si me estaba tomando el pelo o no. Ahora, sin embargo, mientras miraba el vaso lleno de té, tuve que admitir que no lo había hecho.

"Al final sí que los compraste", le dije.

"Los compré. La verdad es que el té helado sabe mejor en vidrio".

"¿Así que los compraste para mí?"

"Hice muchas cosas por ti", asintió.

"De todos modos, ¿qué decías del sector informático?".

Soltó una risita y se sentó en el sofá. Me puse a su lado. Se acurrucó contra mí. Por primera vez en semanas, sentí que la tensión de mis hombros se relajaba. Volver a tener a Sammy en mi vida, a mi lado, era el bálsamo que necesitaba.

"Cuando te encontré para casarme contigo, acababa de salir de una larga relación. David me había dicho que me ayudaría a pagarme la universidad. Acababa de terminar la carrera de Dirección Hotelera. Ya sabes, gestión de hoteles, resorts, etc. Se suponía que yo iba a obtener el mismo título y así íbamos a intentar gestionar hoteles y complejos turísticos por todo el mundo. Pero entonces cambió de opinión y me quedé sola. La universidad seguía siendo mi proyecto, y no sabía cómo iba a resultar. Después de aquella noche de bodas en la que desapareciste de repente, me decidí por la rama de informática también porque había buscado información sobre ti y había leído que intentabas dirigir una empresa muy reputada en la misma rama. En un momento dado tuve la esperanza de que te fijaras en mí y reconocieras el trabajo que estaba haciendo".

Me eché a reír. Había cumplido su deseo. Definitivamente, el trabajo de Eyes On Care había llamado mi atención. Vale, habían tenido que venir a hacer una presentación a mi empresa para que eso ocurriera, pero había sucedido.

"Y yo ui demasiado estúpido para darme cuenta de que eras tú".

"Sabes, me habías visto solamente unas horas y yo era completamente diferente. Encaja...", respondió ella.

Sus labios se curvaron en una media sonrisa. Era adorablemente sexy.

Dejé mi té y cogí con cuidado el suyo de sus manos, colocándolo en la mesa a mi lado. La abracé y nos tumbamos en el sofá. Su peso sobre mis piernas era un placer que me había negado durante demasiado tiempo.

"¿Qué estás haciendo?", dijo sonriendo.

"Lo estoy intentando todo para que no puedas resistirte a mí. Bésame", le dije.

Para mi deleite, Sammy no se resistió.

Sus labios eran suaves y su cuerpo caliente. Estaba en lo cierto, había sido un tonto y eso era un hecho. Había dejado marchar a aquella mujer porque había herido mi ego. Nada más que unos sentimientos heridos, y casi había destruido algo maravilloso, algo bueno.

Gemí entre los suaves besos, hambriento de más, pero satisfecho por lo que recibía. Sammy se retorcía contra mí y si no me paraba, ocurriría algo más.

Quería tomarme la velada con calma, saboreando cada segundo en su compañía, cerca de ella, con ella.

"¿Te quedas?", preguntó.

"Si me dejas, sí, me encantaría", respondí.

"¿Te apetece mudarte aquí conmigo y con Xander?".

No me esperaba aquella pregunta. No tenía ni idea de dónde íbamos a vivir. Estábamos casados y llevábamos saliendo bastante tiempo, así que también tenía sentido que viviéramos juntos.

"No había pensado en eso. Creo que necesitamos un hogar para la familia, ¿no? Mi casa del centro...".

"No es adecuada para los niños. Es bonita y elegante, de verdad, pero no es adecuada para niños", dijo rápidamente.

Sammy apoyó los brazos en mi pecho y me miró como una especie de esfinge.

"¿Y la casa del lago?", le sugerí.

"Está demasiado lejos del trabajo tanto para ti como para mí. Además, no quiero preocuparme constantemente de estar en el agua con niños pequeños. Está bien para los fines de semana, pero no todos los días".

"Estoy de acuerdo. Entonces supongo que me mudaré aquí mientras buscamos una casa nueva lo bastante grande para todos".

"¿Hablas en serio?", exclamó, mirándome con cierto asombro. "Creía que querías quedarte en tu casa hasta que encontráramos algo nuevo".

La sacudí el pelo.

"No volveré a dejarte. Quiero aprender de mis errores. Alejarme de ti fue el mayor que he cometido y no pienso volver a hacerlo. Cuando nos casamos debería haberte prestado más atención. Ver cómo te iban las cosas de vez en cuando y si estabas bien. Y también presentarte a mi madre. Quizá si me hubiera tomado un poco más en serio mi papel de marido, aunque solo fuera sobre el papel, podría haber evitado hacerte daño. No quiero que vuelva a ocurrir".

"Dios mío, ahora tendré que conocer oficialmente a tu madre, ¿no?".

Solté una carcajada. "Y también tendremos que decirle a Xander que soy su padre".

"Eso será más fácil de lo que imaginamos. Ya te adora. Tu madre, en cambio, es algo totalmente distinto. Cree que soy una fulana de pacotilla y que solo me traes porque descuidas a tu verdadera esposa".

Gemí. "¿Oíste todo eso de ella aquella noche?".

Asintió. "Oí algo y, lo que es más importante, leí sus expresiones. Tu tío es un asqueroso y no me gustó que me mirara así. Como si estuviera esperando su turno para tocarme".

Cerré las manos en puños. Un gruñido grave escapó de mi garganta.

Sammy se inclinó y me besó. "Estaré bien, sabiendo que estarás dispuesto a defender mi honor si tu tío se pasa de la raya. Será mucho más fácil evitarle a él que a tu madre".

"Parecen una pareja muy unida", le dije.

Sammy negó con la cabeza. "Seguro que si le dices a tu madre que hay nietos de por medio, cambiará de opinión".

"Mimará mucho a Xander. Espera, ¿has dicho nietos, en plural?".

Me dio un vuelco el corazón.

SAMMY

Alex me miró sorprendido. Sus ojos se abrieron de par en par, al igual que su boca, y entonces la O se convirtió en una sonrisa. "¿Estás de broma?", dijo.

Se levantó nervioso, obligándome a cambiar de postura. Me moví y dejé que la gravedad me arrastrara de nuevo al sofá. Me pasé una mano por el vientre redondo.

"¿Cómo no te has dado cuenta? Ya estoy enorme".

"No lo estás en absoluto". Sus ojos siguieron mi mano y luego extendió la suya.

Mientras dudaba, le agarré de la muñeca y coloqué su mano sobre mi vientre. Parecía tan emocionado que no sabía qué decir o hacer.

"¿De verdad vamos a tener otro bebé?".

"Sí, y esta vez tú también estarás".

El rostro de Alex se puso serio. "Nunca debí ponerte en semejante situación. Nunca más tendrás que enfrentarte a nada sola". Luego continuó. "Esto me gusta. Me gustas tú". Suspiró. "¡Te quiero!"

Alex se inclinó y me besó el vientre antes de volverse para mirarme. Su expresión se volvió oscura y seria. "Dímelo a mí también", dijo.

"¿Qué? ¿Que te quiero? Ya te lo he dicho antes".

Su mano se posó en mi nuca. Me atrajo hacia él y me besó.

Una oleada de lujuria me recorrió el cuerpo hasta los dedos de los pies. Era el tipo de beso que echaba de menos de este hombre. Cuando me besaba, siempre me transmitía algo nuevo. Su necesidad de mí, su atención, su disculpa, todo se transmitía en la forma en que me besaba.

El mensaje de este beso era muy claro: me deseaba.

Y eso era bueno, porque yo también le deseaba.

Le echaba de menos desesperadamente y tenerle de vuelta era un milagro. No iba a perder el tiempo jugando. Íbamos a tomarnos las cosas con calma, si eso era lo que él quería. Pero no lo era. El deseo ardía y había que complacerlo de inmediato.

Alex se desabrochó los botones de la camisa hasta abrirla por completo. Me cogió la mano y la pasó por sus abdominales.

"¿Has dicho que te gustan o me equivoco?".

"Me gusta todo de ti", confesé. "Tus abdominales son una especie de extra o algo así".

"Y a mí me gusta tu silueta", dijo de un modo que me puso al borde del abismo.

"Pero yo no tengo abdominales", le dije.

"No, pero tienes todo lo demás. Tus formas son suaves y redondas y hacen bebés".

Era lo más sexy que había oído nunca.

Le agarré la cintura del pantalón.

"Tenemos que ir a mi habitación y cerrar la puerta", le dije. Estaba más que dispuesta a ayudarle a desnudarse y dejar que me tomara.

Por suerte, una parte de mi mente había pensado que Xander podría despertarse si oía ruidos.

"Vamos ahora mismo a tu habitación, Sammy. Yo cerraré la puerta principal".

Alex, en modo marido, era de lo más sexy que podía haber. No creía que saber que mi marido, el padre de mis hijos, cerraba la puerta principal mientras yo estaba en mi habitación pudiera tener un efecto tan afrodisíaco en mí, pero así fue.

En aquel momento me sentí más atraída por él que en ningún otro momento que recuerde. Y para alguien tan increíblemente sexy como él, eso significaba mucho.

No podía quedarme en la habitación. Quería observarle.

Ver a mi marido ocuparse de nosotros, verle caminar hacia mí con todas las intenciones de naturaleza sexual que ya se habían anunciado, me volvía loca.

Volví a mi habitación y comprobé que Xander dormía.

Luego fui al lavadero contiguo, donde guardaba la lavadora, y la puse en marcha.

"¿Estás haciendo la colada? ¿Ahora?", preguntó Alex.

"Pensé que el ruido de la lavadora podría enmascarar el nuestro".

Extendió la mano hacia la mía. La cogí y dejé que me arrastrara hasta el dormitorio. Ahora era *nuestro* dormitorio.

Alex se quitó completamente la camisa y se la enrolló antes de tirarla. Con un movimiento de muñeca, se quitó el cinturón y se desabrochó los pantalones.

Me arrastré hasta la cama y empecé a desnudarme.

"Me gustaría hacerlo yo, eres como un regalo que quiero desenvolver", me dijo.

Me desnudó y me pasó la mano por la espalda mientras me besaba el hombro y la parte superior

del pecho.

Me estremecí de deseo y excitación. Se me erizaron los pelitos de la base del cuello.

"¿Te estremeces?"

"Sí", me temblaba la voz, "me gusta, sigue".

Sus dedos se posaron sobre mi piel, dejando estelas calientes. Su boca, sus labios, sus dientes, su lengua, mordisqueó, lamió y mordió.

Luego me quitó el sujetador a la fuerza. Mis pezones ya estaban turgentes de excitación.

Cuando me agarró uno de los pechos con su mano grande y cálida, solté un suspiro que se convirtió en jadeo cuando se lo llevó a la boca. Lo mordisqueó antes de pasar la lengua por encima y luego volver a chuparlo.

Me retorcí ante sus caricias. Necesitaba sus manos y yo quería entender qué podía hacer con las mías.

Deseaba tocar toda su piel, pasar los dedos por su pelo y estrecharlo contra mí. Había demasiadas opciones, demasiadas elecciones y no podía pensar con claridad. Su boca estaba sobre mí y eso era todo lo que quería, todo lo que había necesitado.

Se puso de rodillas sobre la cama. Nuestras miradas se cruzaron. Era como si ambos supiéramos que había llegado el momento. Apreté los talones contra el colchón mientras él me quitaba las bragas. Se bajó de la cama, se quitó los calzoncillos y volvió hacia mí.

Me rodeó con sus brazos en un movimiento envolvente que me hizo pensar en un vampiro con su capa cubriendo a su víctima antes de hacerla suya.

Deslicé mis piernas sobre las suyas, toqué su piel, acaricié su naturaleza salvaje. Estiré una mano sobre su ingle hasta encontrar su polla; era grande y estaba caliente. Empecé a acariciar aquel gran tronco mientras él gemía bajo mis caricias.

Gimió y jadeó mientras exploraba su cuerpo como si fuera la primera vez. En cierto modo, lo era. Aparte de nuestra noche de bodas, aquella era la primera vez que estábamos juntos como una pareja casada, con el conocimiento de ambos. Todo era diferente para mí.

"¿Cómo deberíamos hacerlo?", preguntó Alex.

"¿Hace tanto tiempo que dejamos de hacerlo que has olvidado cómo hacer el amor conmigo?", me burlé de él.

"Quería decir con el bebé. ¿Cómo puedo hacer el amor con mi mujer embarazada sin hacerte daño a ti ni al bebé?".

"Yo diría que te lo tomes con calma. Si algo no va como debería, paramos y tal vez cambiamos de postura".

Alex se sentó a horcajadas sobre mí, separándome los muslos. Luego levantó mis piernas sobre sus caderas. Su polla acarició mi entrada y chocó contra mi clítoris.

"Dime si peso demasiado". Su expresión era preocupada; tenía las cejas fruncidas y parecía

concentrado.

"Tranquila, estarás bien, suponiendo que puedas seguir adelante". Me eché a reír.

Era estupendo ver su preocupación, el hecho de que me preguntara qué era lo mejor para mí. Si no hubiera estado ya enamorada de él, lo estaría desde ese momento.

Se deslizó lentamente dentro de mí. Cerré los ojos. Me sentía tan bien teniéndole así dentro de mí. Giré las caderas. Sus manos se aferraron a mis muslos mientras me levantaba lo suficiente para que mi posición no fuera incómoda. Se retiró un momento, flexionó los muslos y volvió a empujar hacia delante, esta vez llenándome por completo.

Sentí todo mi cuerpo cargado de energía. Estaba completamente excitada, con espasmos y escalofríos. Sentí que podía llegar al orgasmo en cuestión de segundos, algo que nunca me había ocurrido. Era la sensación más increíble que había experimentado nunca. No quería que terminara y, sin embargo, sentía que llegaba al clímax ultrarrápidamente.

Movía las caderas en cuanto me acordaba de hacerlo, pero sobre todo intentaba no soltar gritos fuertes y me aferraba a todo lo que podía: el brazo de Alex, su hombro, las sábanas. Se introdujo más, acercándome cada vez más al orgasmo. Pero, ¿cómo podía acercarme a algo que parecía durar eternamente? Estaba disfrutando mientras mis paredes internas palpitaban, apretando su polla y haciéndole gemir a él también.

Entonces, de repente, vi una explosión de estrellas en mis ojos. Una luz que se expandía cada vez más. Quería gritar el nombre de Alex, quería llorar de alegría, pero cada sonido quedaba atrapado en mi garganta mientras me olvidaba de respirar. El mío era un fuego artificial que acababa de explotar.

Alex me siguió unos instantes después, gruñendo de placer. Me aferró con fuerza mientras me llenaba con su semilla caliente. Cuando pudo moverse de nuevo, fue muy cuidadoso; se apartó y me abrazó.

"¿Estás bien? ¿No te habré hecho daño?".

Había vuelto aquella expresión de preocupación.

Le acaricié la mejilla.

"No, relájate, sigo disfrutando. No pasa nada. Te quiero, ha sido genial".

La respiración agitada de Alex se convirtió en una risita.

"Sí, lo ha sido. Creo que debería pedirte que te cases conmigo, si no lo hemos hecho ya. Lo dejaremos así, seguiremos siendo marido y mujer".

"Estamos casados, ¿te das cuenta?", exclamé.

Era un poco surrealista y aún no podía hacerme a la idea.

"Sí, lo estamos. Somos una familia".

"Alex, no podría estar más contenta de seguir casada contigo. Después de todo el tiempo que ha pasado, podremos estar juntos de verdad. Eso es estupendo. Eres increíble".

Me besó. "Somos increíbles".

"Lo somos. ¿Cómo le decimos a la gente que estamos casados? ¿Debería cambiarme el apellido ahora?"

"Creo que Sammy Stone suena muy bien. Tenemos que ir a comprar un anillo. Mi mujer no puede ir por ahí sin un anillo en el dedo. Que piensen que fue una boda rápida en Las Vegas. Lo único que me importa es estar contigo, los demás no me importan".

Estaba casada con un hombre muy especial.

EPÍLOGO

ALEX

Un año después.

La adquisición de Eyes On Care se llevó a cabo según lo previsto inicialmente, antes de la agitación debida al descubrimiento de la verdadera identidad de Sammy. Foundation Network Communications incorporó su empresa y sus empleados a nuestra estructura actual, conservando todo lo posible del negocio existente.

En seis meses, Eyes On Care cambió su nombre por el de Eyes On y empezó a expandirse en el sector de la atención a la tercera edad, llegando simultáneamente a otras zonas geográficas.

No nos habíamos abalanzado como buitres para recoger los pedazos de un negocio roto. La actividad de Sammy no estaba en absoluto destruida: sus finanzas eran sólidas.

Por desgracia, esto enfureció a algunas personas de mi equipo. Les había hecho comprender que el hecho de que se tratara de negocios no significaba que tuviera que seguir perjudicando a Sammy.

El mundo de los negocios no tenía por qué ser despiadado. Se podía llegar a acuerdos que beneficiaran a todos y, en nuestro caso, así era.

Se trataba de mi mujer y de la madre de mis hijos. La quería y mi trabajo consistía en protegerla, tanto personalmente como en los negocios.

Despidieron a Vanessa y Harper y Mandy la siguieron por motivos personales. Durante un tiempo había pensado que había perdido empleados competentes, pero con Sammy lo había ganado todo y más.

"No, estoy segura". Hablaba como si estuviera conversando, pero la única persona que estaba cerca de ella era la niña, Lexi, sentada en la tumbona. Un auricular blanco me hizo saber que Sammy estaba al teléfono. Luego se levantó, con la niña en brazos.

Me senté en el borde de un arenero donde mi madre y Xander recogían arena con camiones de juguete y la movían de un lado a otro. Se había unido a nosotros para pasar un fin de semana en el lago. Se estaba convirtiendo en una costumbre suya. Ahora que tenía nietos, parecía una mujer distinta. De niño nunca había jugado conmigo en un arenero.

Mi tío Roy ya no seguía su estela ni la arrastraba como antes.

Lo que hubiera habido entre ellos se había acabado. Seguía entrometiéndose en las actividades

diarias de la Foundation Network Communications, pero ya no utilizaba a mi madre como una especie de manipuladora psicológica.

Sammy caminaba de un lado a otro discutiendo seriamente con alguien.

"Mira, agradezco tu oferta, de verdad, pero aunque quisiera, no creo que pudieras ofrecerme nada que me hiciera moverme de donde estoy ahora. Gracias de todos modos. Que tengas un buen día".

Luego se acercó a donde estábamos y se sentó en una tumbona, manteniéndose alejada de la arena.

"¿Quién era?", le pregunté.

"Es el responsable de contratación de esa start-up de San José. Piensan que después de haber puesto en marcha, vendido y hecho crecer con éxito Eyes On Care, estoy lista para volver a hacerlo".

"Sabes, Sammy, no deberías trabajar. Ahora tienes hijos", dijo mi madre.

"Sé que no tengo que hacerlo, pero me gusta trabajar. Por ahora trabajo muy poco. Hago consultoría externa para empresas", respondió Sammy.

"Alex, ¿por qué trabaja tu mujer? Ganas más que suficiente para que ella haga otras tareas".

"Me gusta trabajar. He trabajado casi toda mi vida. No tengo otros intereses", suspiró Sammy.

"Tienes a tus hijos. Ellos deberían ser tu propósito en la vida", replicó mi madre.

Son mi propósito. Los niños son mi vida, pero me gustaría hacer más".

"Deberías unirte a uno de mis comités. Recaudar fondos es una actividad que merece la pena".

"Mamá, ha dicho que le gusta trabajar. No a todo el mundo le interesa organizar grandes eventos elegantes y conocer a la élite financiera".

Resopló: "Solo dices eso porque formas parte de esa élite financiera. Y no se trata únicamente de eso. También se trata de entretenimiento, de moda, de diversión. He organizado cientos de fiestas y recaudado cientos de miles de dólares. Es algo que merece la pena, es gratificante. Si alguna vez hubiera tenido que trabajar, creo que habría sido una organizadora de bodas espectacular. Sabes que nunca me permitieron organizarte un banquete de boda de verdad. Habría sido maravilloso".

Sammy esbozó una sonrisa triste. "Mi madre nunca se habría encargado de organizar la boda. No habría estado allí, aunque lo hubiera sabido".

"Mamá", intenté tranquilizarme. Xander no necesita las discusiones de los adultos hablando por encima de su cabeza. Le negué con la cabeza.

"Está bien. Pero tengo muchas ganas de celebrar una fiesta. Nos divertimos mucho en el sexto cumpleaños de Xander, ¿verdad?".

"¿Podemos volver a dar un paseo en poni?".

Xander interrumpió la conversación en cuanto oyó pronunciar su nombre.

"Podríamos repetirlo este año, pero también podrías hacer algo diferente, como llamar a unos payasos o a unos magos".

Mi madre tenía los ojos desorbitados, pero estaba planeando algo exagerado.

Había insistido en organizar el cumpleaños de Xander desde que lo conoció. Era el sobrino perfecto y, como era de esperar, lo estaba mimando muchísimo. Si hubiera querido traer todo un espectáculo circense para montarlo en el césped de su mansión, nadie se lo habría impedido.

Aún me sorprendía que no hubiera empezado a planear el primer cumpleaños de Lexi. A falta de poco menos de seis meses, era la niña más perfecta y encantadora del universo. No habría renunciado a pasar una sola noche en vela ayudando a Sammy, por nada del mundo.

Si Xander se parecía a mí de bebé, Lexi se parecía toda ella a su madre. Sammy no tenía ninguna foto suya de niña; no había tenido el tipo de familia que había capturado aquellos momentos de la forma adecuada. Juntos nos aseguramos de que nuestros hijos fueran queridos y adorados. Y gracias a Lexi, pudimos ver cómo era Sammy de bebé: preciosa.

Mi madre seguía hablando de la planificación de la fiesta.

La conversación se habría convertido en una discusión si ella no hubiera dejado el tema.

"Tuve la suerte de tener unos nietos tan encantadores. Sin embargo, seguiré triste pensando que me perdí vuestra boda. Faltan cuatro años para vuestro décimo aniversario. No es demasiado pronto para pensar en reservar un lugar de celebración. Podríais renovar vuestros votos".

"Cambia de tema, por favor", le dijo Sammy entre dientes apretados.

"No digas eso. Nunca he planeado una boda. Deja que lo haga yo".

"Pues hazlo por cualquier otra persona, pero no por Alex y por mí. Ya estamos felizmente casados".

"Claro que lo estáis, querida. No quería decir que no lo estuvierais. Simplemente empezasteis de una forma tan poco convencional. Tu familia y tus amigos no han tenido la oportunidad de celebrarlo contigo".

Sammy suspiró y se levantó. "Los amigos que tengo ahora no son los mismos que tenía cuando Alex y yo nos casamos. De todos modos, no habrían estado allí".

Lexi se retorció y se agachó como si intentara liberarse del agarre de Sammy.

"¿Por qué no juegas con la abuela?".

Sammy le entregó a Lexi a mi madre, que inmediatamente dejó de centrarse en la organización de la fiesta de boda y pasó a ocuparse de la niña que tenía en brazos.

"¿Nos ayudarás a organizar una fiesta para tus padres?", le dijo mi madre a la niña.

Sammy se volvió hacia mí y me miró mal.

"Discúlpanos, ¿quieres?". Me levanté de la silla y seguí a Sammy al interior de la casa. "¿Qué

pasa? ¿Qué ha dicho esta vez?"

"¡Qué ha dicho! ¿No estabas escuchando? Dice que está planeando una gran boda para nosotros dentro de menos de tres años".

"No puedo creer que vayamos a cumplir diez años de casados tan pronto". Sonreí y la estreché entre mis brazos.

Sammy me dio un puñetazo en el pecho.

"Alex, esa no es la cuestión y lo sabes. No quiero recrear una ceremonia nupcial solo para hacer feliz a tu madre. Ya tuvimos nuestra boda y salió como salió. De hecho, fue mejor así porque éramos solamente tú y yo".

Estuve de acuerdo con ella, éramos sólo nosotros y los testigos legales.

"Aunque me encantaría la idea de arreglarme y exhibirte", le dije.

"Me parece bien, pero no la parte de la boda. Podemos hacer una fiesta si quieres, pero no me pondré un vestido de novia. Olvidaste demasiado pronto cómo te trató tu madre durante años y lo que pensaba de mí. ¿Sabes qué sería mejor hacer?".

Me encogí de hombros. "¿Qué te haría más feliz?"

"Para nuestro décimo aniversario, deberías llevarnos a los tres a algún lugar mágico y no invitar a tu madre".

Besé a mi mujer en la nariz.

"Vale, encontraré el lugar adecuado. A ti y a los niños os encantará. Mi madre lo odiará y no vendrá".

"Gracias. Te quiero", dijo ella.

Aproveché que estaba con ella y la besé como es debido, haciéndole saber que la quería más que a nada.